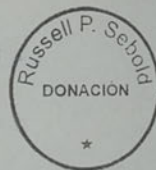


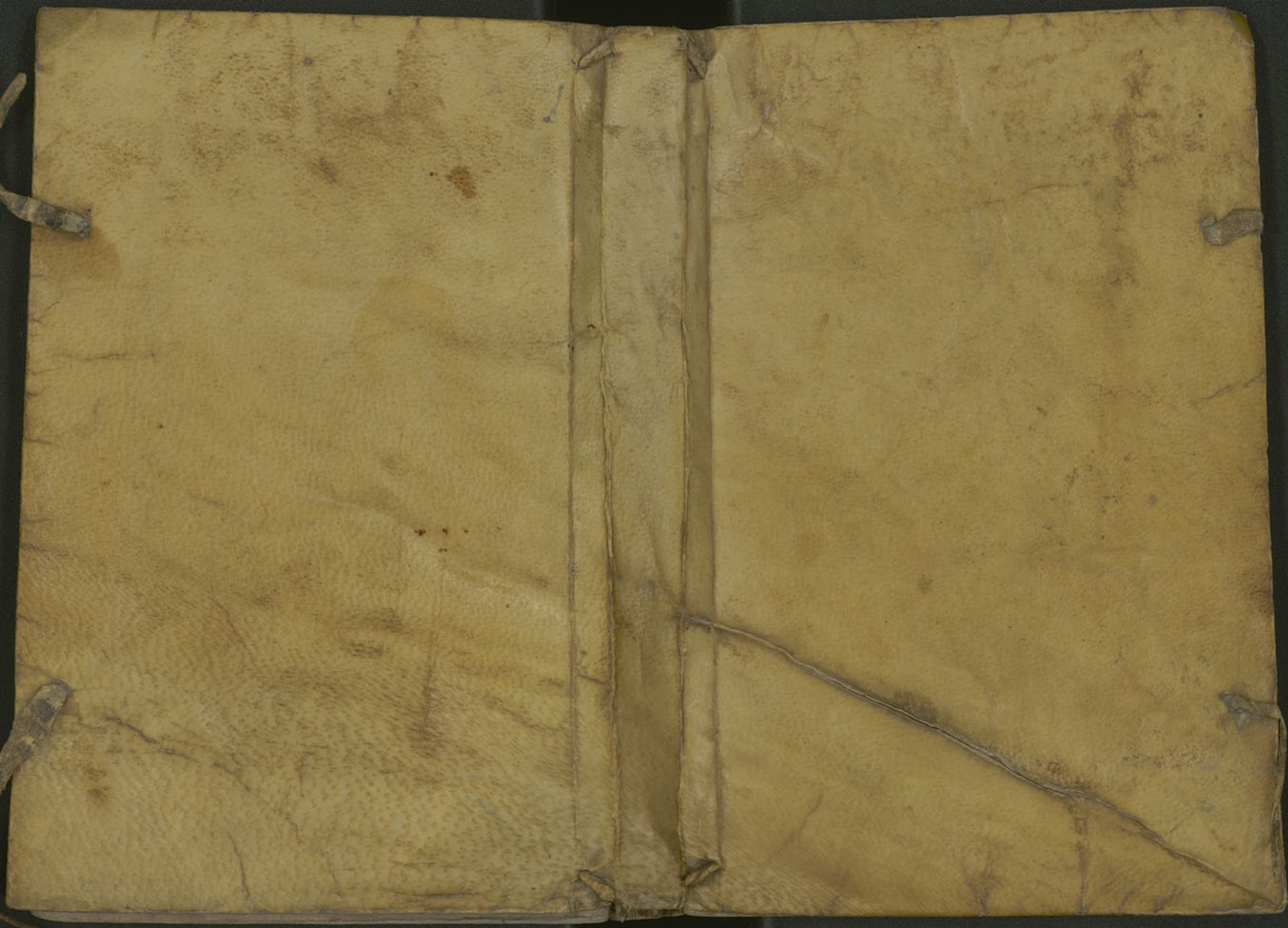
DRPS
FA
889



UNIVERSITAT D'ALACANT
Biblioteca Universitaria



0500770573



Ex Libris



Russell Perry Schold, III

VIDA,
ASCENDENCIA , NACIMIENTO,
CRIANZA , Y AVENTURAS

DE EL DOCTOR

DON DIEGO DE TORRES
Villarroël, Cathedratico de Prima de
Mathematicas en la Universidad
de Salamanca.

DEDICADA

A LA EXCELENTISSIMA SEÑORA
Doña Maria Teresa Alvarez de Toledo, Haro,
Silva, Guzmán, Henriquez de Ribera, &c.
Duquesa de Alva, Marquesa de el Carpio,
Duquesa de Huescar, Condesa de Oliva-
res, Duquesa de Galistèo, y de
Montoro, &c.

ESCRITA

Por el mismo Don Diego de Torres Villarroël.

CON LICENCIA:

En Valencia, en la Imprenta de Geronimo Conejos,
enfrente San Martin. Año 1743.
*Se hallará en casa Vicente Navarro, Mercader de Libros,
enfrente la Diputacion.*

FL DRS FA/0889

0500220573

A LA EXC.^{MA} SEÑORA
DOÑA MARIA TERESA
ALVAREZ DE TOLEDO,

Haro, Silva, Guzmán, &c. Duquesa de
Alva, Marquesa de el Carpio, Du-
quesa de Huescar, &c.

Don de la biblioteca de Isidoro Clavellos

EXC.^{MA} SEÑORA:



N el breve , y humilde
bulto de estas planas es-
tán resumidos (Excelen-
tísima Señora , y unica
veneracion de mi respeto) los torpes
passos , las culpables quietudes , y las
me-

melancolicas desventuras de mi miserable Vida. Refiero en ellas el ocio, los empleos, los afanes, los descuidos, y las malicias que han pasado por mi, desde que entré en el Mundo, hasta aora que estoy bien cercano à salir de él. Descubro entre poquíssimas felicidades las persecuciones con que me ha seguido la fortuna, las miserias à que me condenò mi alterneria, los precipicios adonde me asomaron mis costumbres, y los mas de los errores, que dieron justamente à mi Vida el renombre de mala vida. Lo mas que contiene este angustiado Compendio son perversas locuras, sucesos viciosos, y tristíssimas casualidades; y siendo tan escandaloso este culto, ni me averguenzo de sacrificarlo à los pies de V. Exc. ni desespero de que

que su discretíssima compasión dexede admitir mis ansias reverentes; porque no los dedico como dones de sacrificante presumptuoso, sino como promessas de un infelice delinquente, que busca en el delicioso sagrado de V. Exc. su patrocinio, su honor, y sus seguridades.

Tiene este humiladíssimo cortejo el semblante de malhechor; mas no le faltan venturosas desgracias, que le prometen toda la piedad de V. Exc. Es un resumen de culpas, infortunios, escandalos, castigos, y desazones: pero yo no sacrifico à V. Exc. mis delitos, sino mis trabajos: no retiro à su sagrado mis locuras, sino mis aflicciones; y finalmente no pongo en el clementíssimo altar de V. Exc. lo que he pecado, sino lo que he padecido.

Por

Por estas razones , y la de averse fabricado en casa de V. Exc. este voto, en aquellas horas en que (con sentimiento de mi veneracion) me retirava de sus pies , creo que no es indigno de las aceptaciones ; y mas quando lo acompaña mi rendimiento , mi gratitud , y mi fidelissima servidumbre.

Suplico à V. Exc. rendidamente se digne de recibir la vida que gozo , y la Vida que escrivo ; pues sobre una, y otra han puesto las honras de V. Exc. un dominio apetecible , y una esclavitud inexcusable : de modo que no le ha quedado à mi eleccion , à mi afecto , ni à mi codicia la libertad de pensar en otro Dueño para Patrono de el desdichado culto de esta Obrilla. V. Exc. lo es solo de todas mis acciones ; y en reconocimiento à sus gra-

cio-

ciosissimas piedades , ofrezco mi Vida, obras , y trabajos , lo que he sido , lo que soy , y lo que pueda valer, y vivir.

Nuestro Señor guarde à V. Exc. muchos años , como se lo ruego , y nos importa. De esta Casa de V. Exc. Madrid, y Mayo 12. de 1743.

EXC.^{MA} SEÑORA.

B.L. Pies de V. Exc. su rendidissimo Siervo,

El Doctor Don Diego de Torres:

APRO-

APROBACION
DE DON DIEGO DE HEREDIA,
Canonigo del Sacro Monte de Gra-
nada, &c.

S E ñ O R.

HE leído de orden de V. S. la Vida, Ascendencia, Crianza, y Aventuras de Don Diego de Torres, escritas por el mismo, y no contiene voz, clausula, ni expresion alguna, que se oponga à la pureza de las buenas costumbres, ni à los Estatutos, Mandamientos, ni Leyes de nuestra Catholica Religion, por lo que puede V. S. darle la licencia que pide, salvo, &c. De mi Posada, oy 26. de Abril de 1743.

Don Diego de Heredia.

LICENCIA DEL ORDINARIO.

NOS el Licenciado Don Miguel Gomez de Escobar, Inquisidor Ordinario, y Vicario de esta Villa de Madrid, y su Partido, &c. Por la presente, y por lo que à Nos toca, damos licencia para que se pueda imprimir, è imprima el Libro intitulado: *Vida, y Ascendencia de Don Diego de Torres*, escrita por el mismo; atento que de nuestra orden, y comission ha sido visto, y reconocido, y parece no contiene cosa que se oponga à nuestra Santa Fè Catholica, y buenas costumbres. Dada en Madrid à catorce de Mayo de mil setecientos y quarenta y tres.

Lic. Escobar.

Por su mandado,

Isidro Martinez.

[APRO-

APROBACION DE D. ANTONIO

*Fernandez de la Cruz, Cathedratico de
Propiedad de Filosofia en la Univer-
sidad de Sevilla, Abad de la Iglesia
Colegial de nuestro Salvador de Gra-
nada, &c.*

M. P. S.

HE leído con escrupuloso cuidado la Vi-
da del Doctor Don Diego de Torres,
que V. A. remite à mi censura, y no con-
tiene voz, ni clausula que se oponga à las
Regalias, Providencias, y Estatutos de el Rey
nuestro Señor, por lo que puede muy bien
V. A. darle la licencia que pide para su im-
pression. Así lo siento, salvo, &c. Madrid, y
Abril 24. de 1743.

*Don Antonio Fernandez
de la Cruz.*

LICENCIA DEL CONSEJO.

Don Miguel Fernandez Munilla, Secre-
tario del Rey nuestro Señor, su Escri-
vano de Camara mas antiguo, y de Govier-
no del Consejo: Certifico, que por los Se-
ñores de él, se ha concedido licencia al Doc-
tor Don Diego de Torres Villarroel, del
Gremio, y Claustro de la Universidad de Sa-
lamanca, para que por una vez pueda im-
primir, y vender un Libro que ha escrito,
intitulado: *Vida, Ascendencia, Nacimiento,
Crianza, y Aventuras de Don Diego de Torres,*
con que la impressiion se haga por el origi-
nal que vâ rubricado, y firmado al fin de mi
firma; y que antes que se venda se trayga al
Consejo dicho Libro impresso, junto con su
original, y certificacion del Correcor de
estar conformes, para que se tasse el precio
à que se ha de vender, guardando en la im-
pressiion lo dispuesto, y prevenido por las
Leyes, y Pragmaticas de estos Reynos. Y
para que conte lo firmè en Madrid à veinte
y nueve de Abril de mil setecientos y qua-
renta y tres.

Don Miguel Fernandez Munilla.

FEE DE ERRATAS.

EL libro, que he visto, intitulado : *Vida, y Ascendencia del Doctór Don Diego de Torres*, escrita por el mismo, està bien impresso, y corresponde con su original. Madrid, y Mayo 16. de 1743.

Lic. Don Manuel Licardo de Rivera.
Corrector General por su Magestad.

SUMA DE LA TASSA.

TAsaron los Señores del Real Consejo de Castilla este Libro, intitulado : *Vida, Ascendencia, Nacimiento, Crianza, y Aventuras del Doctór Don Diego de Torres*, escrita por el mismo, à seis maravedis cada pliego, como mas largamente consta de su original. Madrid, y Mayo 16. de 1743.

PRO=

PROLOGO AL LECTOR.

TU diràs (como si lo oyera) luego que agarres en tu mano este Papel, que en Torres no es virtud, humildad, ni entretenimiento escribir su Vida, sino desvergüenza pura, truhanada sólida, y Filosofia insolente de un picaron, que ha hecho negocio en burlarse de si mismo, y gracia estar haciendo zumba, y gresca de todas las gentes del mundo. Y yo dirè, que tienes razon, como soy Christiano. Prorrumpiràs tambien, despues de averlo leído (si te coge de mal humor) en decir, que no tiene doctrina deleitable, novedad sensible, ni locucion graciosa, sino muchos disparates, locuras, y extravagancias, rebueltas entre las brutalidades de un idioma cerril, à ratos sucio, à veces basto, y siempre desabrido, y mazorral. Y yo te dirè con mucha cachaza, que no ay que hacer ascos; porque no es mas limpio el que escucho salir de tu boca, y casi tan hediondo, y pestilente el que despues de muy fregado, y relamido pone tu vanidad en las Imprentas. Puede ser que digas (por meterle à Doctór, como acostumbra) que porque se me han acabado las ideas, los apodos, y las satiras, he querido pegar con mis huesos, con los de mis difuntos, y con los de mi Padre, Ma-

y Madre , para que no ^{de} que en este mundo , ni
el otro , vivo ni muerto , que no aya babosea-
do la grosera boca de mi pluma. Y yo te dirè,
que esto es mentira , porque yo encuentro con
las ideás, los apodos , y los equivococ quando
los he menester, sin mas fatiga, que menearme
un poco los sesos: y si te parece que te engaño,
arrimate à mi, que juro ponerte de manera, que
no te conozca la madre que te parió. Malicia-
rás acafo (yo lo creo) que esta inventiva es un
solapado arbitrio para poner en el publico mis
vanidades, dissimuladas con la confesion de
quattro pecadillos ; queriendo vender por hu-
mildad rendida , lo que es una sobervia refina-
da. Y no sospechas mal: y yo, si no hago bien,
hago à lo menos lo que he visto hacer à los mas
devotos, contenidos, y remilgados de concien-
cia ; y pues yo trago tus hipocresias , y sus fin-
gimientos , embocaos vosotros (pese à vuestra
alma) mis artificios , y anden los embustes de
mano en mano, que lo demás es irremediable.
Dirás ultimamente, que porque no se me olvi-
de ganar dinero, he salido con la invencion de
venderme la Vida. Y yo dirè, que me haga buen
provecho: y si te parece mal , que yo gane mi
vida con mi Vida , ahorcate, que à mi se me dà
muy poco de la tuya. Mira hombre, yo te digo
la verdad: no te aporrees, ni te mates por lo que

no

no te importa; fofsiegate , y reconoce, que dàs
con un vergante que desde aora se empieza à
reir de las alabanzas que le pones , y de las ta-
chas que le quitas: y yà que murmures sea blan-
damente , de modo que no te haga mal al pe-
cho , ni à los livianos, que primero es tu salud,
que todo el mundo. Cuida de tu vida, y dexa
que yo lleve, y traiga la mia donde se me an-
tojare, y vamos viviendo , sin añadir pesadum-
bres escusadas à una vida , que apenas puede
con los petardos que sacò de la naturaleza. En
las hojas inmediatas , que yo llamo Introduc-
cion, pongo los motivos, que me dieron la ga-
na, y la paciencia de escribir mi Vida ; leelos,
sin prevenir antes el enojo, y te pareceràn , si
no justos, decentes ; y dissimula lo demás, por-
que es lo de menos. Yo sè que cada dia te bru-
man otros Escritores con estilos, y voces, unas
tan malas, y otras tan malditas como las que yo
te vendo , y te las engulles sin dàr una arcada:
conmigo solamente guardas una ojeriza irre-
conciliable , y juro por mi vida , que no tienes
razon. Seamos amigos ; vida nueva, dexemos
historias viejas, y aplicate à esta reciente de un
pobreton , que ha dexado vivir à todo el mun-
do, sin meterse en sus obras, pensamientos , ni
palabras. En este Prologo no ay mas que ad-
vertir. Quedate con Dios.

DON.

DONDE ESTA VIDA SE HALLARAN
los Libros, y Papeles siguientes del Doct.
D. Diego de Torres.

*La Vida de la V. M. Gregoria de Santa Teresa de
Jesus, Carmelita Descalza.*

El Arte de hacer Kalendarios de veras.

*El Hipocrates chiquito, Doctor à pie, y Medicina
de mano en mano.*

Carta à un amigo, de su muerte.

Tabla de Computos hasta el año de 1800.

*Pasquas, y Aguinaldo, que dà, y remite el dicho
Don Diego de Torres à los aficionados à la buena
leccion de las Musas.*

*Instruccion de Alcaldes Ordinarios, y del Amotacen:
Extracto de Piscatores.*

*Deprecacion à nuestra Señora de la Cueva Santa,
Medicina Theorica, y Practica.*

Secretos de Curbo.

Reflexiones sobre el Genesis.

¶ Estas Obras se hallaràn en Valencia, en
casa de Vicente Navarro, enfrente de la Dipu-
tacion: en Barcelona, en casa de Juan Piferrer,
à la Plaza del Angel: en Zaragoza, en casa de
Estevan Gregorio: y en Murcia, en casa de
Francisco Benedicto.

IN-



INTRODUCCION.

MI Vida, ni en su vida, ni en su
muerte merece mas honras, ni
mas epitafios, que el olvido, y
el silencio. A mi solo me toca
morirme à escuras, ser un difun-
to escondido, y un muerto de
monton, acinado entre los demàs que se des-
vanecen en los podrideros. A mis gusanos,
mis zancarrones, y mis cenizas deseo que no
me las alboroten, yà que en la vida no me han
dexado huefio sano. A la eternidad de mi pe-
na, ò de mi gloria no la han de quitar, ni po-
ner trozo alguno los recuerdos de los que vi-
van: con que no rebaxandome Infierno, ni
añadiendome Bienaventuranza sus comemo-
raciones, para nada me importa que se sepa,
que yo he estado en el mundo. No aspiro à
mas memorias, que à los piadosísimos sufra-
gios, que hace la Iglesia mi Madre por toda
la

la Comunidad de los Finados de su gremio. Cogeràme el torvellino de Resposos del dia dos de Noviembre, como à todo pobre, y me consolarè con los que me reparta la piedad de Dios. Hablo con los antojos de mi esperanza, y la liberalidad de mi deseo. Yo me imagino desde acà Anima del Purgatorio, porque es lo mejor que me puede suceder. La multitud horrible de mis culpas me confunde, me aterra, y me empuja à lo mas hondo del Infierno: pero hasta aora no he caído en èl, ni en la desesperacion. Por la gracia de Dios espero temporales los castigos; y confiado en su misericordia, aun me hago las cuentas mas alegres. Su Magestad quiera, que este ultimo Pronostico me salga cierto, yà que ha permitido que mienta en quantos tengo derramados por el mundo.

A los Frayles, y los ahorcados (antes y despues de calaveras) los escribe el uso, la devocion, ò el entretenimiento de los vivientes las vidas, los milagros, y las temeridades. A otras castas de hombres vigorosos en los vicios, ò en las virtudes, tambien les hacen la caridad de immortalizarlos un poco con la relacion de sus hazañas. A los muertos, ni los sube, ni los baxa, ni los abulta, ni los estrecha la honra, ò la ignominia, con que

los

los sacan segunda vez à la plaza del mundo los que se entrometen à Historiadores de sus aventuras; porque yà no estàn en estado de merecer, de medrar, ni de arruinarse. Los aplausos, las afrentas, las exaltaciones, los contentos, y las pesadumbres todas se acaban el dia que se acaba. A los vivos les suele ser lastimosamente perjudicial el cacarè de sus costumbres; porque à los buenos los pone la lisonja disimulada en una entonacion desvanecida, y en un amor interessado, antojadizo, y peligroso. Regodeanse con los chismes del aplauto, y con las monerías de la vanagloria, y dãn con su alma en una soberbia intolerable. Los malos se irritan, se maldicen, y tal vez se complacen con la abominacion, ò las acusaciones de sus locuras. Un requiebro de un Adulador desvanece al mas humilde. Una advertencia de un bienintencionado encoloriza al menos rebelde. En todo ay peligro: es ciencia dificultosa la de alabar, y reprehender. Todos presumen que la saben, y ninguno la estudia; y es raro el que no la practica con satisfaccion.

A los que leen dicen, que les puede servir al escarmiento, ò la imitacion la noticia de las virtudes, ò las atrocidades de los que con ellas fueron famosos en la vida. No niego al-

A 2

gun

gun provecho ; pero tambien descubro en su lectura muchos daños , quando no lee sus acciones el ansia de imitar las unas , y la buena intencion de aborrecer las otras , sino el ocio impertinente , y la curiosidad mal empleada. Lo que yo sospecho es , que si este estilo produce algun interès , lo lleva solo el que escribe : porque el muerto , y el lector pagan de contado , el uno con los huesos que le desentierren , y el otro con su dinero. Yo no me atreverè à culpar absolutamente esta costumbre , que ha sido loable entre las gentes ; pero afirmo , que es peligroso meterse en vidas ajenas : y que es dificil describirlas sin lastimarlas. Son muchas las que estàn llenas de nimiedades , ficciones , y mentiras. Rara vez las escribe el desengaño , y la sinceridad , sino es la adulacion , el interès , y la ignorancia. Lo mas seguro es , no despertar à quien duerme. Descansen en paz los difuntos : los vivos vean como viven : y viva cada uno para si , pues para si solo muere quando muere.

Las relaciones de los sucesos gloriosos , infelices , ò temerarios de infinitos vivientes , y difuntos podran ser utiles , importantes , y aun precisas. Sean enhorabuena para todos : pero à mi , por lado ninguno me viene bien,

ni vivo , ni muerto la memoria de mi vida : ni à los que la ayan de leer les conduce para nada el examen , ni la ciencia de mis extravagancias , y delirios. Ella es tal , que ni por mala , ni por buena , ni por justa , ni por ancha puede servir à las imitaciones , los odios , los cariños , ni las utilidades. Yo soy un mal hombre : pero mis diabluras , ò por comunes , ò por frequentes , ni me han hecho abominable , ni exquisitamente reprehensible. Peco como muchos , emboscado , y hundido , con miedo , y con verguenza de los que me atisban. Mirando à mi conciencia soy facineroso ; mirando à los testigos soy regular , passadero , y tolerable. Soy pecador solapado , y delinquente obscuro , de modo que se sospeche , y no se jure. Tal qual vez soy bueno ; pero no por esto dexo de ser malo. Muchos disparates de marca mayor , y desconciertos plenarios tengo hechos en esta vida ; pero no tan unicos , que no los ayan executado otros infinitos antes que yo. Ellos se confunden , se disimulan , y passan entre los demàs. El uso plebeyo los conoce , los hace , y no los estraña , ni en mi , ni en otro ; porque todos somos unos , y con corta diferencia , tan malos los unos como los otros.

A mi parecer soy medianamente loco ; al-

go libre, y un poco burlon; un mucho holgazan, un si es no es presumido, y un perdurario incorregible: porque siempre he conservado un aborrecimiento espantoso à los intereses, honras, aplausos, pretensiones, puestos, ceremonias, y zalamerias del mundo. La urgencia de mis necesidades, que han sido grandes, y repetidas, jamás me pudo arrastrar à las Antefalas de los Poderosos: sus paredes siempre estuvieron quexosas de mi desvío, pero no de mi veneracion. Nunca he presentado un Memorial; ni me he hallado bueno para Corregidor, para Alcalde, para Cura, ni para otro oficio, por los que afanan otros tan indispuestos como yo. A este dexamiento (que en mi juicio es mal humor, ò filosofia) han llamado sobervia, y rusticidad mis enemigos: puede ser que lo sea; pero como soy Christiano, que yo no la distingo, ò la equivoco con otros desordenes. Unas veces me parece genio, y otras altanería desvariada. Lo que aseguro es, que quando se me ofrece ser humilde, que es muchas veces al día, siempre encuentro con las sumisiones, y con el menosprecio de mi mismo, sin el mas leve reparo, ni retiro de mi natural orgullo. Sujeto con facilidad, y con alegría mis dictámenes, y sentimientos à qualquiera

pa-

parecer. Me escondo de las porfiadas conferencias, que son frecuentes en las conversaciones. Busco el asiento mas obscuro, y mas distante de los que presiden en ellas. Hablo poco, persuadido à que mis expresiones, ni pueden entretener, ni enseñar. Finalmente estoy en los concursos cobarde, callado, con miedo, y sospecha de mis palabras, y mis acciones. Si esto es genio, política, negociacion, ò sobervia, apurelo el que vâ leyendo, que yo no sè mas que confesarlo.

Sobre ninguna de las necedades, y delirios de mi libertad, pereza, y presuncion se puede fundar ni una breve Xacara de las que para el regodèo de los picaros componen los Poetas tontos, y cantan los Ciegos en los cantones, y corrillos. Yo estoy bien seguro, que es una culpable majadería poner en Coronica las sandeces de un sugeto tan vulgar, tan ruin, y tan desgraciado, que por extremo alguno puede servir à la complacencia, al exemplo, ni à la risa. El tiempo que se gaste en escribir, y en leer, no se entretiene, ni se aprovecha, que todo se malogra: y no obstante estas inutilidades, y perdiciones, estoy determinado à escribir los desgraciados pasages que han corrido por mi en todo lo que dexo atras de mi vida. Por lo mismo que ha

tar-

tardado mi muerte, yà no puede tardar: y quiero antes de morirme, desvanecer con mis confesiones, y verdades, los enredos, y las mentiras, que me han abultado los criticos, y los embusteros. La pobreza, la mocedad, lo desentonado de mi aprehension, lo ridiculo de mi estudio, mis Almanagues, mis Coplas, y mis enemigos me han hecho hombre de novela, un Estudianton extravagante, y un Escolar entre brujo, y Astrologo, con visos de diablo, y perfidivas de hechicero. Los tontos, que pican en eruditos, me sacan, y me meten en sus conversaciones: y en los estrados, y las cocinas detras de un aforismo del Kalandrío me ingieren una ridicula quixotada, y me pegan un par de aventuras descomunales; y por mi desgracia, y por su gusto ando entre las gentes hecho un mamarracho, cubierto con el sayo que se les antoja, y con los parches, è hisopadas de sus negras noticias. Passo entre los que me conocen, y me ignoran, me abominan, y me saludan, por un Guzmàn de Alfarache, un Gregorio Guadaña, y un Lazaro de Tormes: y ni soy èste, ni aquel, ni el otro; y por vida mia que se ha de saber quien soy. Yo quiero meterme en corro; y yà que qualquiera monigote presumido se toma de mi mormuracion, mormuremos à medias, que yo lo puedo hacer con

mas

mas verdad, y con menos injusticia, y escandalo que todos. Sigase la conversacion, y crea despues el mundo à quien quisiere.

No me mueve à confessar en el publico mis verdaderas liviandades el deseo de sossegar los chismes, y las parlerias con que anda alborotado mi nombre, y foragida mi opinion: porque mi espiritu no se altera con el aire de las alabanzas, ni con el ruido de los vituperios. A todo el mundo le dexo garlar, y decidir sobre lo que sabe, ò lo que ignora; sobre mi, ò sobre quien agarra al buelo su voluntad, su rabia, ò su costumbre. Desde muy niño conosci, que de las gentes no se puede pretender, ni esperar mas justicia, ni mas misericordia, que la que no le haga falta à su amor propio. En los empeños de poca, ò mucha consideracion cada uno sigue su comodidad, y sus ideas. Al que me alaba, no se lo agradezco; porque si me alaba, es porque le conviene à su modestia, ò su hipocresia, y à ellas puede pedir las gracias que yo no debo darle. Al que me corrige, le oygo, y lo dexo descabezar: riome mucho de ver como presume de Consejero muy repotente, y gustoso con sus proprias satisfacciones. Assi me compongo con las gentes, y assi he podido llegar con mi vida hasta oy sin especial congoja de mi espiritu, y sin mas trabajos que las indispen-

Vida, Ascendencia, Crianza, &c.
pensables corrupciones, y lamentos, que para el Rey, y el Labrador, el Pontifice, y el Sacristan tiene la naturaleza repofados en su misma fabrica, y vitalidad.

Dos son los especiales motivos, que me están instando à sacar mi Vida à la verguenza. El primero nace de un temor prudente, fundado en el hambre, y el atrevimiento de los Escritores agonizantes, y desfarrapados, que se gastan por la permission de Dios en este siglo. Escriben de quanto entra, passa, y sale en este mundo, y el otro, sin reservar asunto, ni persona; y temo que por la codicia de ganar quatro ochavos, salga algun tonto levantando nuevas maldiciones, y embustes à mi sangre, à mi flema, y à mi colera. Quiero adelantarme à su agonía, y hacerme el mal que pueda; que por la propia mano son mas tolerables los azotes. Y finalmente, si mi Vida ha de valer dinero, mas vale que lo tome yo, que no otro; que mi vida hasta aora es mia, y puedo hacer con ella los vilages, y transformaciones, que me hagan al gusto, y à la comodidad: y ningun vergante me la ha de vender mientras yo viva; y para despues de muerto les queda el espantajo de esta Historia, para que no lleguen sus mentiras, y sus ficciones à picar en mis gusanos. Y estoy muy contento de presumir, que bastará

la diligencia de esta escritura que hago en vida, para espantar, y aburrir de mi sepulcro los grajos, abejones, y moscardas, que sin duda llegarian à zumbarme la calavera, y roerme los huesos.

El segundo motivo que me provoca à poner patentes los disparatorios de mi vida es, para que de ellos coja noticias ciertas, y asunto verdadero el Orador que aya de predicar mis honras à los Doctores del reverente Claustro de mi Universidad. A mi opinion le tendrá cuenta, que se arreglen las alabanzas à mis Confesiones; y à la del Predicador le convenirá no poco predicar verdades. Como he pasado lo mas de mi vida sin pedir, ni pretender honores, rentas, ni otros interesses; tambien deseo, que en la muerte ninguno me ponga, ni me añada mas de lo que yo dexare declarado que es mio. Materiales sobrados contiene este Papel para fabricar veinte Oraciones Fúnebres: y no hará demasiada galanteria el Orador en partir con mi Alma la propina, porque le doy hecho lo mas del trabajo. Acuerdese de la felicidad que se halla el que recoge junto, distinguido, y verdadero el asunto de los Funerales: que es una desdicha ver andar à la rastra (en muriendo uno de nosotros) al pobre Predicador mendigando virtudes, y estudiando pondè-

deraciones , para sacar con algun lucimiento à su Difunto. Preguntan à unos , examinan à otros, y al cabo de uno, dos, ò mas años no rastrean otra cosa que ponderar del muerto , sino es la caridad ; y esta la deduce , porque algun dia lo vieron dar un ochavo de limosna. Empeñanse en canonizarlo , y hacerle Santo, aunque aya sido un Pedro Ponce, y es preciso que sea en fuerza de fingimientos, ponderaciones, y metafisicas. A mi no me puede hacer bueno ninguno despues de muerto, si yo no lo he sido en vida. Las bondades que me apliquen , tampoco me pueden hacer provecho. Lo que yo haga , y lo que yo trabaje , es lo que me ha de servir, aunque no me lo cacareen. Ruego desde aora al que me predique , que no pregunte por mas ideás , ni mas asuntos , que los que encuentre en este Papel. Soy hombre claro, y verdadero , y diré de mi lo que sepa con la ingenuidad que acostumbro. Agarrese de la misericordia de Dios, y diga, que de su piedad presume mi salvacion ; y no se meta en el verengenal de hacerme virtuoso , porque mas ha de escandalizar , que persuadir con su Plática. Si mi Universidad puede suspender la costumbre de predicar nuestras Honras , yo deseo que empiece por mi, y que me cambie à Missas , y Responfos el Sermon, el Tumulo, las can-

candelillas , y los epitafios. Gaste con otros sugetos mas dignos , y mas acreedores à las pompas sus exageraciones , y el bullage de los sentimientos enjutos ; que yo moriré muy agradecido sin la esperanza de mas Honras, que las especiales que me tiene dadas en vida. Estos son los motivos que tengo para sacarla à luz de entre tantas tinieblas : Y antes de empezar conmigo, trasplantaré à la vista de todos el rancio alcarnoque de mi Alcurnia, para que se sepa de raíz , qual es mi tronco , mis ramos, y mis frutos.

*ASCENDENCIA DE DON DIEGO
de Torres.*

S Alieron de la Ciudad de Soria , ni sè si arrojados de la pobreza , ò de alguna travesura de mancebos , Francisco , y Roque de Torres , ambos hermanos de corta edad, y de sana, y apreciable estatura. Roque, que era el mas bronco , mas fornido , y mas adelantado en dias , paró en Almeida de Sayago , en donde gastó sus fuerzas , y su vida en los penosos afanes de la Agricultura , y en los cansados entretenimientos de la Aldea. Mantuvóle soltero, y celibato ; y el azadon, el arado, y una templada dieta, especialmente en

el vino, à que se sujetò desde mozo, le alargaron la vida hasta una larga, fuerte, y apacible vejez. Con los repuestos de sus miserables salarios, y alguna ayuda de los dueños de las tierras que cultivava, comprò cien gallinas, y un borrico: y con este poderoso Asiento, y crecido negocio empezò la nueva carrera de su ancianidad. Siendo yà hombre de cinquenta y ocho años, metido en una chia, y rebuelto en su gavan, se puso à Arriero de huevos, y trugiman de pollos, acarreado esta mercaderia al Corrillo de Salamanca, y à la plaza de Zamora. Era en estos Puestos la diversion, y alegria de las gentes, y en especial de las mozas, y los compradores. Fue muy conocido, y estimado de los vecinos de estas dos Ciudades, y todos se alegraban de ver entrar por sus puertas al Sayaguès: porque era un viejo desasqueredado, gracioso, sencillo, barato, y de buena condicion. Con la afabilidad de su trato, y la tarèa de este pobre comercio desquitava las resistencias del azadon, y burlò los ardides, y tropelias de la ociosidad, la vejez, y la miseria. Viviò noventa y dos años, y lo sacò de este mundo (segun las señas que dieron los de Sayago) un colico convulsivo. Dexò à su Alma por heredera de su borrico, sus gallinas, sus zuecos, y gavan, que eran

todos sus muebles, y raizes: y hasta oy que se me ha antojado à mi hacer esta memoria, nadie en el mundo se ha acordado de tal hombre.

Francisco, que era mas mozo, mas habil, y de humor mas violento, llegò à Salamanca; y despues de aver rodado todas las Porterias de los Conventos, assentò en casa de un Boticario: recibìele para sacar agua del pozo, lavar peroles, machacar raizes, y arrullar à ratos un niño que tenia. Fuesse instruyendo insensiblemente en la patarata de los rotulos: entrometiòse en la golosina de los xaraves, y las conservas; y con este baño, y algunas unturas que se dava en los ratos ociosos con los Canones del Messue, saliò en pocos dias tan buen Gramatico, y famoso Farmaceutico como los mas de este exercicio. Fue examinado, y aprobado por el reverendo Tribunal de la Medicina, y le dieron aquellos señores su Cedulòn, para que sin incurrir en pena alguna, hiciesse, y despachasse los unguentos, los zerotes, los julepes, y las demàs porquerias que encierran estos Oficiales en sus caxas, botes, y redomas. Muriò su amo pocos meses despues de su examen; y antes de cumplir el año de muerto se casò, como era

regular, con la viuda; la que quedò moza, bien tratada, y con tienda abierta: y entre otros hijos tuvieron à Jacinto de Torres, que por la pinta fue mi legitimo Abuelo. Fue Francisco un buen hombre, muy assistente à su casa, retirado, y limosnero: murió mozo, y creo piadosamente que goza de Dios.

Quedò mi Abuelo Jacinto en poder de su madre; y criòse como hijo de viuda, libre, regalado, impertinente, y vicioso. La libertad de la crianza, y la violencia de su genio lo echaron de su casa; y despues de muchas correrias, y estaciones parò en Flandes. Sirvió al Rey de poco; porque à los dos años del assiento de su plaza, que fue de Soldado raso, le embarò el movimiento de una pierna un carbunco que le salió en una corva. Coxo, invalido, y sin sueldo se hallava en Flandes; y acosado de la necesidad, discurrió en elegir un oficio para ganar la vida. Aprendió el de Tapicero, y salió en el primoroso, y delicado, como lo juran varias obras suyas, que se mantienen oy en Salamanca, y otras partes. Yà Maestro, y hombre de treinta y quatro años, se bolvió à su patria, assentò su rancho, y puso sus telares, su tabla à la puerta con las Armas Re-

les, y su rotulòn: *Del Rey nuestro Señor Tapicero*. Casò con Maria de Vargas, que fue mi Abuela, y vivieron muchos años con embidable serenidad, y moderada conveniencia: porque su oficio, su economia, y su paz les multiplicava los bienes, y el trabajo. De este Matrimonio salió Pedro de Torres mi buen Padre, Maria de Torres, y Joseph de Torres. Este murió Carmelita Descalzo en Indias con opinion de escogido Religioso, y mi Padre en Salamanca, aviendovivido del modo que dirè brevemente.

Mi Padre Pedro de Torres estava estudiando la Gramatica Latina quando murieron mis Abuelos. Entrava en el Estudio con desabrimiento, como todos los muchachos; y luego que se viò libre, y sin obediencia, se desahizo de Antonio de Nebrixa, aburrió à su patria, y fue à parar à la Estremadura. Sirvió en Alcantara à un Cavallero llamado Don Sancho de Arias y Paredes, de quien ay larga generacion, buena memoria, y loables noticias en aquel Reyno. Tres años estuvo en su casa, sin otro cuidado que acompañar al Estudio à dos hijos de este Cavallero. Aficionòse como niño à hacer lo que los otros; y al mismo tiempo que sus amos, se instruyó en los systemas Filosoficos de Aristoteles.

Marchò à Madrid , no sè si voluntario , ò despedido : solo supe , que sus amos sintieron tiernamente su ausencia , porque le amaban como à hijo. Cansado de solicitar conveniencias , yà para servir , yà para holgar , como hacen todos los que se hallan sin medios en la Corte , se puso al oficio de Librero. Aprendiòle brevemente , y bolviò à Salamanca , en donde asentò su Tienda , que en aquel tiempo fue de las mas furtidas , y famosas. Casòse con Manuela de Villarroel , y salimos de este Matrimonio diez y ocho hermanos : y solo estamos oy en el mundo mis dos hermanas Manuela , y Josepha de Torres , y yo , que todavia estoy medio vivo. El caudal , y el trabajo de mis Padres sostenia con templanza , y con limpieza la numerosa porcion de hijos que Dios les avia dado , hasta que por los años de setecientos y tres se empezó à desmoronar la Tienda con las frequentes faltas , que mi Padre hacia de su Amostrador , y sus Andenes. Fue la causa averle nombrado por Procurador del Comun , y poner en su desvelo la Ciudad de Salamanca la asistencia de los Almacenes de polvoras , armas , y otros pertrechos , y dexar solo à su cuidado los aloxamientos de la Tropa , que por aquellas cercanias transitava à

la

la guerra de Portugal. Acabòse de arruinar la Libreria con la duracion de los nuevos encargos , à que acudia mi honradissimo Padre : y el Real Consejo de Castilla , informado de la lealtad , zelo , promptitud , y desperdicio de bienes , y trabajo con que avia servido al Rey , mandò à la Ciudad , que le diessen quatrocientos ducados anuales , y trescientos doblones , para que por una vez se reforzasse de sus perdidas. Con esta ayuda de costa viviamos estrechos , pero sin trampas , ni sensible miseria. Hechas las paces con Portugal , reformaron , con otros , el triste sueldo de mi Padre , y quedò pobre , viejo , y sin el recurso à sus Libros , y tareas.

Era yo à esta sazón un mozote de diez y ocho años , que solo servia de estorvo , de escandalo , y de añadidura à la pobreza : y viendo que la extrema necesidad estava yà à los umbrales de nuestras puertas , dexè la compania de mis Padres , con la deliberacion de no permitir , que la miseria , y los desconsuelos se apoderassen de su cansada vida. La piedad de Dios premiò mis buenos deseos con la vista de sus alivios. Fue el caso , que marchè à Madrid , y à pocos dias logré amistad con Don Jacobo de Flon , Superintendente entonces de la Renta del Ta-

baco de la Corona : y la piedad de este Cavallero me dió quatrocientos ducados con un titulo postizo de Visitador de los Estancos de Salamanca , para que mi Padre comiesse sin las zozobras en que yo le dexè amenazado. Pude agregar à este anual socorro la Administracion de los Estados de Acevedo del Excelentísimo Señor Conde de Miranda mi Señor ; y con su producto , y los forzosos repuestos de mis tareas logró una feliz , y descansada vejez. Fue mi Padre hombre muy gracioso , de agradable trato , y de conversacion entretenida , y variamente docta. No salia de su Tienda comprado , ò vendido libro alguno antiguo , ò moderno , que no lo leyessè antes con cuidado , è inteligencia. En la Historia fue famoso , y puntualísimo ; y en las Facultades Escolasticas entendia mas que lo que regularmente se presume de un lego con atencion à otros cuidados. Gozò de unos humores apacibles , un animo suave , fofegado , y continuamente festivo. Fue verdadero en sus tratos , humilde en sus obras , y palabras ; y pacifico , y conforme en todas las adversidades. Muriò de sesenta y ocho años , con ayuda de los Medicos , de una calentura uftiva , que declinò en unas parotidas , que ellos llaman Symptomaticas : y en

todo el tiempo de su enfermedad mantuvo la alegria , y la gracia del genio ; pues hasta la ultima hora no dexò las preciosas agudezas de su buen humor. Mi Madre Manuela de Villarroel vive oy , cargada con setenta y quatro años : pero la fortaleza de sus humores , y la robustez del genio arrastran la pesadumbre de la edad sin penosa fatiga , ni defazon desesperada. La memoria se le ha hundido un poco ; pero las demás potencias las usa con prontitud , y con deleyte. Mi Madre fue hija de Francisco Villarroel , y èste sustentò una dilatada familia con una Tienda de lienzo , que tenia en la Plaza de Salamanca , unas Viñas , y una casa Bodega en el Lugar de Villa-Mayor , que son las unicas raices que conocì en toda mi generacion.

Yà he destapado los primeros entresijos de mi descendencia : no dudò que en registrando mas rincones , se encontrará mas basura , y mas limpieza ; pero ni lo mas tuçio me darà bascas , ni lo mas relamido me hará saborear con gula reprehensible. Mis disgustos , y mis alegrías no estàn en el arbitrio de los que passaron , ni en las elecciones de los que viven. Mi afrenta , ò mi respeto estàn colgados solamente de mis obras , y de mis

palabras : los que se murieron , nada me han dexado : à los que viven no les pido nada ; y en mi fortuna , ò en mi desgracia no tienen parte , ni culpa los unos , ni los otros. Lo que asseguro es , que pongo lo mas humilde , y que he entrefacado lo mas asqueroso de mi generacion , para que ningun sobervio presumido imagine , que me puede dár que sentir en callarme , ò descubrirme los parientes. Algunos tendrian , ò estarán aora en empleos nobles , respetosos , y ricos ; el que tenga noticia de ellos , calielos , ò descubralos , que à mi solo me importa retirarme de las persuasiones de la vanagloria , y de los engreimientos de la sobervia. Los hombres todos somos unos : à todos nos rodea una misma carne , nos cubren unos mismos elementos , nos alienta una misma alma , nos afligen unas mismas enfermedades , nos asaltan unos mismos apetitos , y nos arranca del mundo la muerte. Aun en las aprehensiones , que producen nuestra locura , no nos diferenciamos quasi nada. El paño que me cubre es un poco mas gordo de hiladura que el que engalana al Principe ; pero ni à el le desfigura de hombre lo delgado , ni lo libra de achaques lo pulido ; ni à mi me desearra del gremio de la racionalidad lo burdo del estam-

estambre. Nuestra raza no es mas que una : todos nos derivamos de Adán. El arbol mas copetudo tiene muchos pedazos en las Zapaterias , algunos zoquetes en las cardas , y muchos estillones , y mendrugos en las horcas , y los tablados : y al revès ; el tronco mas rudo tiene muchas estatuas en los tronos , algunos Oraculos en los Tribunales , y muchas Imagenes en los Templos. Yo tengo de todo , y en todas partes , como todos los demás hombres : y tengo el conuelo , y la vanidad , de que no siendo Hidalgo , ni Cavallero , sino Villanchon redondo , segun se reconoce por los quatro costados , que he descolido al sayo de mi Alcurnia , hasta aora , ni me ha desamparado la estimacion , ni me ha hecho dengues , ni gestos la honra , ni me han escupido à la cara , ni al nacimiento los que reparten en el mundo los honores , las abundancias , y las fortunas. Otros con tan malos , y peores Abuelos como los que me han tocado , viven triunfantes , poderosos , y temidos ; y muchos de los que tienen sus raizes en los tronos , andan infames , pobres , y despreciados. Lo que aprovecha es , tener buenas costumbres , que estas valen mas que los buenos parientes ; y el vulgo , aunque es indomito , hace justicia à

à lo que tiene delante. Los Abuelos ricos fueren valer mas que los nobles; pero ni de unos, ni otros necesita el que se acostumbra à honrados pensamientos, y virtuosas hazañas. Un Christiano viejo, sano, robusto, lego, y de buen humor es el que deve detear para Abuelo el hombre defengañado de estas fantasmas de la sobervia: que sea Procurador, Abogatero, ò Boticario, todo es droga. Yo finalmente estoy muy contento con el mio, y he sido tan dichoso con mis picaros parientes, que à la hora que esto escrivo, à ninguno han ahorcado, ni azotado, ni han advertido los rigores de la justicia de modo alguno la obediencia al Rey, à la Ley, y à las buenas costumbres. Todos hemos sido hombres ruines; pero hombres de bien, y hemos ganado la vida con oficios decentes, limpios de hurtos, petardos, y picardias. Esta descendencia me ha dado Dios, y esta es la que me conviene, y me importa. Y yà que he dicho de donde vengo, voy à decir lo que ha permitido Dios que sea.



NACIMIENTO, CRIANZA, Y ESCUELA
de Don Diego de Torres: y sucesos hasta los primeros diez años de su vida, que es el Primer Trozo de su vulgarissima Historia.

YO nací entre las cortaduras del papel, y los rollos del pergamino, en una casa breve del Barrio de los Libreros de la Ciudad de Salamanca: y renací por la misericordia de Dios en el Sagrado Bautismo en la Parroquia de San Isidoro, y San Pelayo, en donde consta este carácter, que es toda mi vanidad, mi consuelo, y mi esperanza. La retayla del Abolorio, que dexamos atrás, està bautizada tambien en las Iglesias de esta Ciudad, unos en San Martin, otros en San Christoval, y otros en la Iglesia Cathedral: menos los dos hermanos Roque, y Francisco, que son los que trasplantaron la casta. Los Villarroëles, que es la derivacion de mi Madre, tambien tiene de trescientos años à esta parte asentada su raza en esta Ciudad: y en los libros de bautizados, muertos, y casados se encontraràn sus nombres, y exercicios. Crième como todos los niños con teta, y moco, lagrimas, y caca, besos, y papilla. No tuvo mi Madre en mi preñado, ni

en mi nacimiento antojos, revelaciones, sueños, ni señales de que yo avia de ser Astrologo, ò Sastre, tanto, ò diablo. Pafsò sus mefes sin los assombros, ò las pataratas que nos cuentan de otros nacidos; y yo salí del mismo modo naturalmente, sin mas testimonios, mas pronosticos, ni mas señales, y significaciones, que las comunes porquerias en que todos nacemos, arrebujados, y sumidos. Enfuciando pañales, faldas, y talegos, llorando à chorros, gimiendo à pausas, hecho el hazme reir de las viejas de la vecindad, y el embelesamiento de mis Padres, fui pasando hasta que llegó el tiempo de la Escuela, y los sabañones. Mi Madre cuenta todavia algunas niñadas de aquel tiempo; si dixé este despropósito, ò la otra gracia; si tiré piedras; si embadurné el baquero; el papa, caca, y las demas sencilleces que refieren todas las madres de sus hijos: pero siendo en ellas amor disculpable, prueba de memoria, y vezèz referirlas, en mi será necedad, y molestia declararlas. Quedemos en que fui como todos los niños del mundo, puerco, y llorón; à ratos gracioso, y à veces terrible: y están dichas todas las travesuras, donayres, y gracias de mi niñez.

A los cinco años me pusieron mis padres la Cartilla en la mano; y con ella me clavarón en el corazon el miedo al Maestro, el horror à la Escuela, el lusto continuado à los azotes, y las demás angustias, que la buena crianza tiene establecidas contra los inocentes muchachos. Pagué con las nalgas el saber leer, y con muchos sopapos, y palmetas el saber escribir: y en este Argel estuve hasta los diez años, aviendo padecido cinco en el cautiverio de Pedro Rico, que así se llamava el Comitre que me retubo en su galera. Ni los alhagos del Maestro, ni las amenazas, ni los castigos, ni la costumbre de ir, y bolver de la Escuela pudieron engendrar en mi espíritu la mas leve aficion à las letras, y las planas. No nacia este rebellion de aquel comun alivio que sienten los muchachos con el ocio, la libertad, y el esparcimiento; sino de un natural horror à estos trastos, de un apetito proprio à otras niñerías mas ocasionadas, y mas dulces à los primeros años. El trompo, el reguilete, y la matraca eran los idolos, y los deleytes de mi puerilidad: quanto mas crecia el cuerpo, y el uso de la razon, mas aborrecia este linage de trabajo. Aseguro, que aviendo sido mi nacimiento, mi crianza, y toda la

ocupacion de mi vida entre los libros , jamás tomè alguno en la mano , deseoso del entretenimiento , y la enseñanza , que me podian comunicar sus hojas. El miedo al ocio , la necesidad , y la obediencia à mis Padres me metieron en el Estudio ; y sin saber lo que me sucedia , me hallè en el gremio de los Escolares , rodeado del vade , y la sotonna. Quando niño , la ignorancia me apartò de la comunicacion de las lecciones : quando mozo , los passeos , y las altanerias no me dexaron pensar en sus utilidades : y quando me sentì barbado , me desconsolò mucho la variedad de sentimientos , la turbulencia de opiniones , y la consideracion de los fines de sus Autores. A los libros ancianos aun les conservava algun respeto ; pero despues que vi , que los libros se forjavan en unas cabezas tan achacosas como la mia , acabaron de poseer mi espiritu el desengaño , y el aborrecimiento. Los libros gordos , los magros , los chicos , y los grandes son unas alhajas que entretienen , y sirven en el comercio de los hombres. El que los cree , vive dichoso , y entretenido : el que los trata mucho , està muy cerca de ser loco : el que no los usa , es del todo necio. Todos estàn hechos por hombres , y precisamente han

han de ser defectuosos , y oscuros como el hombre. Unos los hacen por vanidad , otros por codicia , otros por la solitud de los aplausos , y es rarissimo el que para el bien publico se escribe. Yo soy Autor de doce libros , y todos los he escrito con el ansia de ganar dinero para mantenerme. Esto nadie lo quiere consejar ; pero atisvemos à todos los hypocritas , melancolicos , embusteros , que suelen decir en sus Prologos , que por el servicio de Dios , el bien del proximo , y redencion de las Almas dãn à luz aquella Obras ; y se hallarà , que ninguno nos la dà de valde , y que empieza el petardo desde la Dedicatoria , y que se espiritan de corage contra los que no se la alaban , è introducen. Muchos libros ay buenos , muchos malos , è infinitos inutilis. Los buenos son los que dirigen las Almas à la salvacion por medio de los preceptos de enfrenar nuestros vicios , y pasiones. Los malos son los que se llevan el tiempo sin la enseñanza , ni los avisos de esta utilidad : y los inutilis son los mas de todas las que se llaman Facultades. Para instruirse en el idioma de la Medicina , y comer sus Aforismos , basta un Curso qualquiera , y passan de doce mil los que ay impresos , sin mas novedad que repetirse , tras-

ladarse , y maldecirse los unos à los otros: y lo mismo sucede entre los Oficiales , y Maestros que parlan , y practican las demás Ciencias. Yo confieso , que para mi perdieron el credito , y la estimacion los libros, despues que vi que se vendian , y apreciavan los mios , siendo hechuras de un hombre loco , absolutamente ignorante , y relleno de delvarios , y estrañas inquietudes. La lastima es , y la verdad , que ay muchos Autores tan parecidos à mi , que solo se diferencian del semblante de mis locuras , en un poco de moderacion afectada : pero en quanto à necios , vanos , y defectuosos , no nos quitamos pinta. Finalmente la natural ojeriza , el desengaño ageno , y el conocimiento proprio , me tienen dias ha desocupado , y fugitivo de su conversacion : de modo , que no avia cumplido los treinta y quatro años de mi edad , quando derrenegué de todos sus cuerpos ; y una mañana que amaneciò con mas furia en mi cerebro esta especie de delirio , repartí entre mis amigos , y contrarios mi corta Libreria ; y solo dexè sobre la mesa , y sobre un sillon que està à la cabecera de mi cama , la Tercera Parte de Santo Thomàs , Kempis , el Padre Croset , Don Francisco de Quevedo , y tal qual Devociona-

nario de los que aprovechan para la felicidad de toda la vida , y me pueden servir en la ventura de la ultima hora.

En los ultimos años de la Escuela , quando estava yo aprendiendo las formaciones , y valor de los guarismos , empezaron à hervir à borbotones las travesuras del temperamento , y de la sangre. Hice algunas picardiguelas reparables en aquella corta edad. Fueron todas nacidas de falta de amor à mis iguales , y de temor , y respeto à mis mayores. Creo que en estas osiadas no tuvieron toda la culpa la simplicidad , la destemplanza de los humores , ni la natural inquietud de la niñez ; tuvo la principal accion en mis reboltolas travesuras la necesidad de un barbaro Oficial de un Texedor vecino à la casa de mis Padres : porque este bruto (era Gallego) diò en decirme que yo era el mas guapo , y el mas valiente entre todos los niños de la barriada ; y me ponía en la ocasion de reñir con todos , y aun me llevaba à pelear à otras Parroquias. Azuzavame como à los perros contra los otros muchachos , yà iguales , yà mayores , ò jamàs pequeños ; y lo que logró este salvaje fue llenarme de chichones la cabeza , andar puerco , y roto , y con una mala inclinacion pegada à mi genio ; de

de modo, que yà sin su ayuda me fallà à repartir, y à recoger puñadas, y mogicones sin causa, sin colera, y sin mas destino que exercitar las malditas lecciones que me diò su brutal entretenimiento. Esta inculpable descompostura puso à mis Padres en algun cuidado, y à mi en un trabajo riguroso; porque así su obligacion, como el carino de los parientes, y los vecinos, que amaban antes mis sencilleces, procuraron fosegar mis malas mañas con las oportunas advertencias de muchos sopapos, y azotes, que añadidos à los que yo me ganava en las pendencias, componian una pesadumbre yà casi insufrible à mis tiernos, y débiles lomos. Esta aspereza, y la mudanza del salvaje del Texedor, que se fue à su país, y sobre todo la verguenza que me producía el mote de *Piel del Diablo*, con que yà me vexavan todos los Parroquianos, y vecinos, moderaron del todo mis travesuras, y bolví sin especial sentimiento à juntarme con mi inocente apacibilidad.

Sali de la Escuela, leyendo, sin saber lo que leía, formando caracteres claros, y gordos; pero sin forma, ni hermosura; instruído en las cinco reglillas de fumar, restar, multiplicar, partir, y medio partir: y finalmente

mente bien alicionado en la Doctrina Christiana: porque repetia todo el Catecismo sin errar letra, que es quanto se le puede agradecer à un muchacho, y quanto se le puede pedir à una edad, en la que sola la memoria tiene mas discernimiento, y mas ocasiones, que las demás potencias. Con estos principios, y yà enmendado de mis travesuras, pasé à los Generales de la Gramática Latina en el Colegio de Trilingue, en donde empecé à tropicar Nominativos, y Verbos, con mas miedo que aplicacion. Los provechos, los daños, los sentimientos, y las fortunas que me siguieron en este tiempo, los diré en el segundo Trozo de mi vida, pues aquí acabaron mis diez años primeros, sin aver padecido en esta estacion mas incomodidades, que las que son comunes à todos los muchachos. Sali, gracias à Dios, de las viruelas, el sarampion, las postillas, y otras plagas de la edad, sin lesión reprehensible en mis miembros. Entré crecido, fuerte, robusto, gordo, y felizmente sano en la nueva fatiga: la que seguí, y finalicé, como verá el que quiera leer, u oír.



**TROZO SEGUNDO DE LA VIDA DE DON
Diego de Torres. Empieza desde los diez
años hasta los veinte.**

DON Juan Gonzalez de Dios, oy Doctor en Filosofia, y Cathedratico de Letras humanas en la Universidad de Salamanca, hombre primoroso, y delicadamente sabio en la Gramatica Latina, Griega, y Castellana, y entretenido con admiracion, y provecho en la dilatada amenidad de las buenas letras, fue mi primer Maestro, y Conductor en los preceptos de Antonio de Nebrixa. Es Don Juan de Dios un hombre silencioso, mortificado, ceñudo de semblante, extatico de movimientos, retirado de la multitud, sentencioso, y parco en las palabras, rigido, y escrupulosamente reparado en las acciones; y con estas modales, y las que tuvo en la enseñanza de sus Discipulos, fue un venerable, temido, y prodigioso Maestro. Para que aprovechase sin desperdicios el tiempo, me entregaron totalmente mis Padres à su cuidado, poniendome en el pupilage virtuoso, esparcido, y abundante de su casa. Poco aficionado, y felizmente medroso cumplia con las tareas del estudio, y los demás exercicios que tenía impuestos la prudencia.

dencia del Maestro, para hacer dichosos, y aprovechados à los Pupilos. Procurava poner en la memoria las lecciones que me señalava su experiencia, con bastante trabajo, y porfia; porque mi memoria era tarda, rebelde, y sin disposicion para retener las voces. El temor à su aspecto, y à la liberalidad del castigo vencia en mi temperamento esta pereza, ò natural averfion, que siempre estuvo permanente en mi espiritu à esta casta de entretenimientos, ò trabajos. La alegria, el orgullo, y el bullicio de la edad, me los tenia ahogados en el cuerpo su continua presencia. Interiormente hallava yo en mi muchas disposiciones para ser malo, reboltofo, y atrevido; pero el miedo me tuvo disimuladas, y sumidas las inclinaciones. La rigidez, y la opresion importa mucho en la primera crianza: el gesto del Preceptor à todas horas sobre los muchachos les detiene las travessuras, les apaga los vicios, les sofoca las inconsideraciones, y modera aun las inculpables altanerías de la edad. A la vista del Maestro ningun muchacho es malo, ninguno perezoso, todos se animan à parecer aplicados, y liberales; y la repeticion, y el vencimiento les va trocando las inclinaciones, y haciendo que tomen el gusto à las virtudes. Regañando interiormente, lleno de hastio, y

disimulando la inapetencia à los estudios, y à la doctrina traguè tres años las lecciones, los consejos, y los avisos; y à pesar de mis achaques sali bueno de costumbres, y medianamente robusto en el conocimiento de la Gramatica Latina. De muchos niños se cuenta, que estudiaron esta Gramatica en seis meses, y en menos tiempo. Yo doy gracias à Dios por la crianza de tan posibles penetraciones; pero creo lo que me parece. Lo que aseguro es, que en mi compañía cursavan quatrocientos muchachos las Aulas de Trilingue, y à todos nos tocò ser tan rudos, que el mas ingenioso se detuvo el mismo tiempo que yo; y otros permanecieron por muchos dias. Es verdad que estos adelantamientos, y milagros se los he oïdo referir à sus padres; y como estos son partes tan apasionadas de sus hijos, se puede dudar de sus ponderaciones. Adelanta poco un niño en saber la Gramatica de corta edad; es gracia que sirve para el entretenimiento; pero es muy poca la disposicion que adquiere para la inteligencia de las facultades superiores. No pierde tiempo el que gasta tres, ò quatro años entre los Horacios, los Virgilio, los Valerios, y los Ovidios: entretanto crece la razon, se dilata el conocimiento, se madura el juicio, se reposa el ingenio, y se preparan sin violencia el deseo, la atencion, y la porfia para

vencer las dificultades. Mas allà del uso de la razon ha de passar el que toma la tarèa de los Estudios. El silogizar no es para niños. Nada malogra el que se detiene hasta los quince, ò diez y seis años entretenido en las construcciones de los Poetas. Hasta aqui hablo con los que han de seguir los Estudios para oficio, y para ganancia. Los que no han de comer de las facultades, en qualquiera tiempo, edad, y ocasion que las soliciten, caminan con ventura: porque es todo adelantamiento quanto emprenden, gracia quanto saben, y virtud quanto trabajan.

Sali del pupilage detenido, docil, cuidadoso, y poco castigado, porque vivì con temor, y reverencia al Maestro. Gracias à Dios, no mostrè entonces mas inquietudes, que tal qual fervor de los que se perdonan con facilidad à la niñez. Fui bueno, porque no me dexaron ser malo; no fue virtud, fue fuerza. En todas las edades necesitamos de las correcciones, y los castigos; pero en la primera son indispensables los rigores. Una de las mas felices diligencias de la buena crianza es, coger à los muchachos un Maestro grave, devoto, y discreto, à quien teman, è imiten. Muchos mozos ay malos, porque no tienen à quien temer; y muchos viejos delinquentes, porque estàn fuera de la jurisdiccion de los azòtes. El Maestro, y

la zurriaga devian durar hasta el sepulcro, que hasta el sepulcro somos malos; y de otro modo no se puede hacer bõdad con el mas bien acondicionado de los hombres. Los años, la prudencia, la honra, y la dignidad son maestros muy apacibles, muy descuidados, y muy parciales de nuestros antojos, y apetitos; el zurriago es el maestro mas respetolo, y mas severo, porque no sabe adular, y solo sabe corregir, y detener. Muriò pocos años ha el Maestro de mis primeras letras, y lo temí hasta la muerte: oy vive el que me instruyó en la Gramatica, y aun lo temo mas que à las brujas, los hechizos, las apariciones de los difuntos, los ladrones, y los pedigueños; porque imagino que aun me puede azotar: estremecido estoy en su presencia, y à su vista no me atreverè à subir la voz à mas tono que el regular, y moderado. Ello parece disparate proferir, que se ayan de criar los viejos con azotes como los niños; pero es disparate apoyado en la inconstancia, soberbia, rebeldia, y amor proprio nuestro, que no nos dexa hasta la muerte. Ahora me estoy acordando de muchos sugetos, que si los huvieran azotado bien de mozos, y los azotàran de viejos, no serian tan voluntariosos, y malvados como son. En todas edades somos niños, y somos viejos, mirando à lo antojadizo de las pàsiones: en todo tiempo vivimos con

inclinacion à las libertades, y à los deleytes foragidos, y valen poco para detener su furia las correcciones, ni las advertencias. El palo, y el azote tiene mas buena gente, que los consejos, y los agasajos: finalmente en todas edades somos locos; y el loco por la pena es cuerdo.

Pasè desde mi pupilage al Colegio de Trilingue, en donde me vistieron una Veca, que alcanzò mi Padre de la Universidad de Salamanca. Fui examinado, como es costumbre, en el Claustro de Diputados de aquella Universidad; y segun la cuenta, ò me suplieron como à niño, ò correspondí à satisfaccion de los Examinadores, porque no me faltò voto. Empecè la tarèa de los que llaman Estudios mayores, y la vida de Colegial, à los trece años, bien descontento, y enojado, porque yo queria detenerme mas tiempo con el trompo, y la matraca, pareciendome, que era muy temprano para meterme à hombre, y encerrarme en la melancolia de aquel Casaron. Estava de Retor del Colegio en la coyuntura de mi entrada un Clerigo virtuoso, de vida irreprehensibles; pero yà viejo, enfermo, y aburrido de lidiar con los jovenes que se criaban encerrados en aquella Casa. Sus achaques, la vejez, y los anteriores trabajos lo tenian sujeto à la cama muchas horas del dia, y muchos meses del año: y con esta seguridad, y el exemplo de otros

otros Colegiales amigos del ocio, la pereza, y las diversiones inutiles, iba insensiblemente perdiendo la inocencia, y amontonando una poblacion de vicios, y desordenes en el alma. Hallème sin Guardian, sin Celador, y sin Maestro, y empezò mi espiritu à desarrebuja las locuras del humor, y las inconsideraciones de la edad con increíble desfuero, y insolencia. El gusto de mis padres, y el apoyo del Clerigo Retor me destinaron para que estudiase la Filosofia; y señalandome el Maestro à quien avia de oir, que fue el Padre Pedro Portocarrero de la Compañia de Jesus, comencè esta carrera descuidado, y menos medroso, porque yà me considerava libre de los castigos, dueño de mi voluntad, y señor absoluto de mis acciones, y disparates. Acudia tarde, è ignorante à las Conferencias: mirava sin atencion las lecciones: retozava, y reñia con mis Condiscipulos (no obstante las reverendas de la Vaca colorada) metime à bufon, y desvergonzado con los Nuevos, y professè de truhan, descomodo, y decidor con todos, sin reservar las gravedades del Maestro. Seguia en el Aula à pesar de las correcciones, avisos, y asperezas del Lector este genero de alegrías peligrosas, y en el Colegio continuava con mis compañeros otros desordenes, y libertades, que bastaron para hacerme olgazan, y perdulario.

Hu-

Huyendo muchos dias de la Aula, y no estudiando ninguno, lleguè arrastrando hasta las ultimas Questiones de la Logica. Viendo el Lector que perdia el tiempo, y que no me enmendavan los consejos, ni me contenian las correcciones, ni las amenazas, citò una tarde à mi padre, y al Retor del Colegio, para argüirme, avergonzarme, y reprehenderme en su presencia. Yo tuve noticia de esta prevención por un Condiscipulo; y antes que llegasen à cogerme en la junta, rompì delante del Lector los Cartapacios que le avia mal escrito, y le dixe con osada deliberacion, que no queria estudiar. Apretòme en respuesta unas quantas manotadas, y mandò que me agarrasen los demás muchachos, los que me tuvieron asido, hasta que llegaron el Retor, y mi padre. Metieronme à empujones en un apartamiento de la Sacristia, que llaman la Traftera, y allí me hicieron los cargos, y las datas. Aconsejabanme à coces, y advertianme à gritos: yo recogia de mala gana los unos, y los otros. Hice el sordo, el sufrido, y el enmendado: y despues que sali de sus uñas hice tambien el proposito de no bolver à la Aula; y como era malo, lo cumpli puntualmente. Y estas han sido todas las Lecciones, los Actos, los Cursos, y los Exercicios que hice en la Universidad de Salamanca. Unos retazos Logicos muy mal

vis-

vistos, fueron todos los adornos, y elementos de mis Estudios. Considere el que ha llegado hasta aqui leyendo, la materia de que se hacen los Doctores, y los hombres que escriven libros de moralidades, y doctrinas, y verà, que la necedad del vulgo, y la fortuna particular de cada uno tienen en su antojo la mayor parte de sus conveniencias, sus credits, y sus exaltaciones. Yo sè de mi, que gozo un vulgar ingenio, desnudo de la enseñanza, la aplicacion, los libros, los Maestros, y de todo quanto deve concurrir à formar un hombre medianamente erudito: y me han cãcareado las obras, y las palabras, à pesar de mis confesiones, mis rudezas, mis descuidos, y las continuas burlas, y desprecios con que las he satirizado. Arrimè desde este suceso la Logica, y cogì nuevo horror à las Ciencias, de modo que en cinco años no bolví à ver libro alguno de los que se rompen en las Universidades. Las Novelas, las Comedias, y los Autores Romancistas me entretuvieron la ociosidad, y el retiro forzado; y estos me dexaron descuidadamente en la memoria el tal qual estilo, y expresion Castellana con que me vandèò, para darme à entender en las conversaciones, los libros, y las correspondencias.

Hundido en el ocio, y la inquietud escandalosa, y sin averme quedado con mas obligacion,

cion, que la de asistir à la Cathedra de Retorica, que era la Advocacion de mi Veca, proseguì en el Colegio, sufrido, y tolerado de la laltima, y del respeto à mis pobres padres. En este Arte no adelantè mas que la libertad de poder salir de casa, y algun bien, que à mi salud le pudo dár el exercicio. Era el Cathedratico el Doctor Don Pedro de Samaniego de la Serna: los que conocieron al Maestro, y han tratado al Discipulo, podrán discurrir, lo que èl me pudo enseñar, y yo aprender. Acuerdo-me que nos leia à mi, y à otros dos Colegiales por un libro Castellano; y este se le perdiò una mañana viniendo à Escuelas: puso varios Carteles ofreciendo buen hallazgo al que se lo bolvièsse. El Papel no pareciò, con que nos quedamos sin Arte, y sin Maestro, gastando la hora de la Cathedra en conversaciones, chanzas, y novedades inútiles, y aun disparatadas. Los años me ivan dando fuerza, robustez, gusto, y atrevimiento para desear todo linage de enredos, diversiones, y disparates, y yo empecè con furia implacable à meterme en quantos desatinos, y despropósitos rodèan à los pensamientos, y las inclinaciones de los muchachos. Aprendì à baylar, à jugar la espada, y la pelota, torear, hacer versos; y parè todo mi ingenio en discurrir diabluras, y enredos, para librarme de la reclusion, y las tareas,

en que se deven emplear los buenos Colegiales de aquella Casa. Abria puertas, falseava llaves, hendia candados, y no se escapava de mis manos pared, puerta, ni ventana, en donde no pusiesse las disposiciones de falsearla, romperla, ò escalarla. Era grave delito en mi tiempo, romper de noche la clausura, y tomar de dia la capa, y la gorra: y todas las noches, y los dias quebrantava à rienda suelta estos preceptos. Mi quarto mas parecia garito de ladron, que aposento de Estudiante; porque en el no avia mas que emboltorios de sogas, espadas de esgrima, martillos, barrenos, y estacones. Di en hurtar al Retor, y Colegiales las frutas, los chorizos, y otros repuestos comestibles, que guardavan en la Despensa, y en sus quartos. Gracias à Dios que me contuve en ser ratero de estas golosinas, porque los deseos de enredar, reir, y burlarme, eran desesperados; que fue providencia del Cielo no acabar en vicio execrable, lo que empezò por huelga tolerada. Las trazas, las ideas, y las invenciones de que yo usè para hacer estos hurtillos, y abrir las puertas para huir de la sujecion, y la clausura, no las quiero declarar, porque el manifestarlas, mas seria proponer vicios que imitarassen los lectores incautos, que referir pueriles travessuras. Lo que puedo assegurar es, que en las *Vidas de Dominico Cartujo, Pedro*

Ponce, y otros ahorcados no se cuentan ardidés, ni mañas tan extravagantes, ni tan risibles, como las que inventava mi ociosidad, y mi malicia. En la memoria de mis coetaneos duran todavia muchos sucesos, que se recuerdan muchas veces en sus tertulias. El que los quisiere saber, acuda à sus noticias, que las relaciones passageras de una conversacion no dexa tan perniciosos deseos en los espiritus, como las que introducen las hojas de un impresso.

Acompañavanme à estas picardigueltas unos amigos forasteros, y un confidente de mi propio paño, tan reboltosos, maniacos, y atrevidos los unos como los otros. Callo sus nombres, porque yà estàn tan enmendados, que unos se sacrificàran à ser Obispos, y otros à Consejeros de Castilla, y no les puede hacer buena sombra la crianza que tuvieron conmigo treinta años ha. En todo quanto tenia aire de locura, desquaderno, y dissolucion ridicula, nos hallavamos siempre muy unidos, prompts, alegres, y conformes. Hicimos compaña con los Toreros; y amadrigados con esta buena gente, fuimos indefectibles alegradores en las novilladas, y torerías que son frequentes en las Aldéas de Salamanca. Profèsè de Xacaro, y me hice al trage, al idioma, y à la usanza de la picaresca con tal conformidad, que mas parecia hijo de Pedro Arnedo, que de Pedro de

Torres. Para todos los desconciertos de los que figuen tan licenciosa, y airada vida tuve disposiciones en mi genio, y en mi salud: y menos el vino (que hasta aora no lo he probado) y el tabaco de hoja, todos los demás vicios que componen un desvergonzado Gifero los mirava, y padecia en el ultimo grado de la dissolucion. Passava en el desorden de los viajes, y en el matadero muchos dias: y por la noche era el primer combidado à los bayles, los saraos, y las bodas de todas castas. Entretenia à los circunstantes con la variedad de muchas bufonadas, y tonterias, que se dicen vulgarmente habilidades, y aventajava en ellas à quantos concurrían en aquellos tiempos al reclamo de tales holgorios, y funciones. Difrazavame treinta veces en una noche, yà de vieja, de borracho, de Amolador Francès, de Sastre, de Sacristàn, de Sopòn, y me rebolvía en los primeros trapos que encontraba, que tuviesen alguna similitud à estas figuras. Representava varios versos, que yo componia à este proposito, y arremedava con propiedad ridiculamente extraordinaria los modos, locuciones, y movimientos de estas, y otras risibles, y extravagantes piezas. Tenia bolsa de Titiritero, y jugava con promptitud, y dissimulado las pelotillas, los cubiletes, y los demás trastos de embobar los concursos. Acompa-

ñava con la guitarra un gran caudal de tonadillas graciosas, y singulares, y danzava con ligereza, y con ayre de toda la Escuela Española, yà con la castañeta, yà con la guitarra, yà con la espada, y el broquel, dando sobre estos trastos variedad, y multitud de bueltas, que no me pudo imitar ninguno de los mancebos que andavan entonces en la maroma de las locuras, deseosos de parecer bien con estas gracias, habilidades, ò defenfados. Finalmente yo olvidè la Gramatica, las Sumulas, los miserables elementos de la Logica, que aprendi à tropicones, mucho de la Doctrina Christiana, y todo el pudor, y encogimiento de mi crianza; pero sali gran danzante, buen toreador, mediano musico, y refinado, y atrevido truhan.

Rebuelto en estas malas costumbres, y distracciones, gastè cinco años en el Colegio, y al fin de ellos bolví à la casa de mis Padres. Un mes poco mas estuve en ella mal contento con la sujecion, atemorizado del respeto, y escasamente corregido. Pero à pesar de los gritos que me davan mis Camaradas, y de los llamamientos de mis inclinaciones traviesas, vivia mas contenido, y retirado. Leía por engañar al tiempo, y entretener la opresion, tal qual librillo de los que por inutiles se avian quedado del remate, y desvarato de la Tienda de mis

mis Padres: y especialmente me deleytò con embelefo indecible un Tratado de la Esfera del Padre Clavio, que creo fue la primera noticia que avia llegado à mis oídos de que avia Ciencias Mathematicas en el mundo. Algunas veces, à hurtadillas de la vigilancia de mis Padres, y de mi obediencia, hice algunas salidas, y escapatorias, que se ordenavan à correr las cazuelas, y cubiletes de las Pastelerías, à hurtar las copiosas Cenas de la Capilla de Santa Barbara, à introducirme con mis amigotes en las casas de qualquiera de los barrios extraviados donde sonava el panderillo, o la guitarra, y à hacer burlas, embelecos, y bufonadas con todo genero de gentes, y personas. Desde este tiempo tomaron tal miedo à estos hurtos, y tan sobervio temor à los palos, y pedradas que se levantavan entre hurtados, y ladrones, que los Graduados, y Ministros de la Universidad, por Acuerdo suyo, repartian las Cenas à las tres de la tarde, quedandose solo con los huevos, el xigore, y la ensalada, para cumplir con la ceremonia, y el hambre de la noche. Omito el referir, y particularizar las trazas, y espantajos de que nos valiamos para lograr las presas, por no hacer mas prolixa esta Historia, y por no recordar con las relaciones los sentimientos, y los enojos de muchos que oy viven de

de los que padecieron tan pesadas burlas. Pareciale à mi espíritu, que eran pocas, y muy llenas de susto las libertades que se tomava mi industria escandalosa, aprovechandose del sueño, el descuido, y las ocupaciones de mi padre; y tratè en mi interior de entregarme à todas las anchuras, y correrías, à que continuamènte estava anhelando mi altanero apetito. Precipitado de mis imaginaciones una tarde que salieron al campo mis padres, y hermanas, y quedè yo en casa apoderado de los pocos ajuares de ella, tomè una camisa, el pan que pudo caber debaxo del brazo izquierdo, y doce reales en calderilla, que estavan destinados para las prevenciones del dia siguiente; y sin pensar en paradero, vereda, ni destino, me entreguè à la majaderia de mis deseos, y à la necesidad de la que llaman buena ventura; y una, y otra, acompañadas de la soltura de mis pies, me pusieron aquella noche en Calzada de Don Diego. Tomè posada en las gavillas de las Eras; tumbado entre las pajas, empecè à sacar pellizcos à la provisión que llevaba en la maleta de mi sobaco, y con el pan en la boca me agarrò un sueño apacible, y dilatado. Dormì hasta que el Sol me caldeò los hocicos con alguna aspereza, y despertè arrepentido de aver dexado la acomodada pobreza de la casa de mis padres, por la cierta desgracia del

qué camina sin conocimiento , y sin dinero. Estuve un breve rato , mientras me sacudia de las pajas , lidiando contra las razones , y los aciertos de bolverme : pero quedè vencido, ò del temor à las reprehensiones, que se me proponian, ò de los consejos de mi bribon apetito; y rompiendo por los trabajos , calamidades , y miserias que me pintò de repente la consideracion de mi cortedad , y poca industria para buscar la comida , me encaminè à Portugal, sin proponerleme descanso, parada, ni oficio à que me avia de poner.

Entrè por Almeida ; y por el camino iba discurriendo parar en Braga , en donde residia un Paisano , en cuya franqueza yà librava mi antojo el sustento , el ocio , y la diversion. Paslada la *Ponte de Cova* encontrè à un Ermitaño , que avia algunos años que rodava por aquel pedazo de tierra , que llaman los Portugueses *Detrás de os montes* ; y oliendome èste en la conversacion que emprendimos , y en los humos de mi vagage, que yo iba, como suelen decir , à buscar la vida, me combidò con las sollicitudes , y mañas que èl avia encontrado para sostener la suya. Propusome el descanso, quietud, libertad , y provechos de la Tablilla, la independencia de las gentes , y peligros del mundo ; los interèsses , y seguridades de la soledad , y el retiro ; y sus ponderaciones , y

unos

unos trozos de pernil que se asomavan por las roturas de una alforja , que llevaba su borrico, me arrastraron à probar la vida de Santero. A ratos espoleando arena, y à veces subido sobre el burro caminava yo con mi nuevo, y primero Amo àzia las cuestras de Mundin , donde me dixo, que tenia su habitacion, y no lejos de ella la Ermita que cuidava. Era el Ermitaño un hombre devoto, de buen juicio, desengañado, discreto , humilde , de corazon arrogante , y liberal ; y de un espíritu tan valiente , que nunca viò al miedo , ni entre la multitud , ni entre la soledad , ni entre las relaciones , ni los asombros. Fue en Barcelona Guarda Mayor, y Administrador de Rentas Reales , y fue el hombre temido entre las asperezas de Cataluña por su valor, su cortesia, y su buen modo. Retiraronlo de el bullicio del mundo las tiranias de una ingratitud ; y cuerdamente piadoso consigo , temiendo las continuaciones , y las cautelosas assechanzas que le avia empezado à poner la fortuna para derribarlo , se ocultò de sus revefes en las olvidadas situaciones del despoblado. Librava el sustento à los trabajos de su Demanda ; y ganava el pan con escasa fatiga , y dichosa recreacion. Los ratos que le sobravan despues de buscar el alimento los lograva rezando , leyendo , y meditando con despejada ternura , devota , y atenta alegria.

D 2

Ve-

Veneravanle en todos los pueblos vecinos con honrados aprecio: y porque además de no ser enfadoso como los regulares Demandantes, ni pedigueño importuno, sino un pobre, garvosísimo, y desinteresado, era cortesanamente apacible, y muy gracioso en la conversacion, la que seguia en qualquiera assunto de los civiles, limpia de adulaciones, hipocresias, embustes, y necias lisonjas. Estuvo aprovechando la vida algunos años este venerable hombre en la quietud de la soledad, hasta que lo sacó de ella una carestía, y hambre comun en aquellos países, á la que se siguió la pestilencia, y la muerte de muchas personas, y ganados. Llegó á guarecerse á Salamanca, en donde tuve la honra, y el gusto de verle segunda vez, y él el consuelo de encontrarme menos loco, mas acomodado, y viviendo con alguna honra en el pueblo donde nació. Viéndole viejo, fatigado, è inutil para proseguir los afanes de la Demanda, le rogué, que se quedasse hasta morir en mi casa: y aviendo aceptado un breve rincón de ella para su retiro, lo llamó Dios á otro apartamiento mas conforme, mas santo, y mas oportuno para su costumbre, y devocion. Llamase este humildísimo hombre Don Juan de el Valle; vive oy, y asiste en la Porteria de San Cayetano de Salamanca, en donde sirve de exemplo, y alegría á quantos

vén su afable, y devoto rostro. Los Padres de este observantísimo Colegio le aman, conocen, y tratan con respeto cariñoso. Vive contentísimo, porque le dan la comida, y el entierro. No ha querido recibir nunca dineros, ni mas alhajas que alguna chupa, capa, ó calzones viejos, quando ha tenido gran necesidad de cubrirse. Yo le guardo un amor paternal, y una reverencia respetosa, sin atreverme á hacerle mas ruegos que los que le encargo de que me encomiende á Dios.

Llegamos á la Ermita; y sacando de un arcón un saco viejo, capilla, y alpargatas, mandó que lo trocasse por mi ropa, lo que hice prontamente, y la guardó en el mismo parage donde avia sacado los atavíos de Santero. Me encargó las obligaciones de atizar la lampara, barrer la Ermita, y cuidar del borrico: dióme un par de defengaños, y muchos consejos, los que remató con la saetilla de haz aquello que quisieras aver hecho quando mueras, y quedè una fantasma de Beato tan propria, que me podia equivocar con el mas pagizo Padre del Yermo. Cobré con su presencia el rubor, y la humildad que avian arrojado de mi corazon los malos exemplos, y mis cavilaciones. A su vista respirava cobarde, confundido, y respetoso. Le amava, y le temia con especial inclinacion, y cuidado.

Trabajava con gusto , y deseava darselo con todas mis operaciones , y trabajos. Los ratos que me dexaban libres la lampara, la escoba, y el borrico los entretenia leyendo varios libros devotos , que repassava muy à menudo mi Padre Ermitaño. Y en estos oficios permaneci quatro meses, sin averme disgustado ni los recuerdos de mis travesuras , ni la mudanza de mis libertades à estas solitarias opresiones. Agradable con mis correspondencias ; y satisfecho de mi conducta , me embiava à la recaudacion de las limosnas mensuales con que le socorrian algunas personas aficionadas à la Ermita, y al Ermitaño. Tratabame con mucho amor, y con total confianza; y ambos viviamos contentos , pagados , y dichosos ; porque el trabajo no era mucho, la diversion bastante, la comida mas que moderada , y el descanso regular ; porque la noche toda la passabamos en quietud , y suspension, sin mas fatiga que leer, ò rezar dos horas , y dormir seis, ò siete. Toda la reparacion de mi vida , y la cobranza de mis perdidos talentos avia encontrado en la presencia , en el trato, y exemplares acciones de este defengañado Varon , y todo me lo bolverio à quitar mi desdicha , mi flaqueza , y mi poco juicio. Descuidòse en relinchar un poco mi juventud, en una ocasion que avia venido à visitar el Santuario unas familias Portugesas,

es-

estando ausente mi Amo , y mi Maestro : y medroso de que descubriessè la incontinencia de unas licenciosas , indiferentes , y equivocas palabras que le soltè à una muchachuela que venia en la tropa , tratè de huir de la aspereza con que yà me presumia reñido de la cordura de mi Maestro , y castigado del terrible rigor con que me pintava à su semblante mi conocimiento , mi delito , y su prudente queixa : y antes que se restituyessè à la Ermita , saquè mi ropa del arcòn donde estava depositada ; y dexando el reverendo sacò , marchè acelerado con los temores de que no me encontrassè en el camino de Coimbra , adonde me prometian mis ignorancias , y antojos alegre paradero.

Sin el susto del encuentro que temia , y sin aver padecido mas descomodidades que las que por fuerza ha de passar el que camina à pie , y sin dinero , lleguè à la celeberrima Universidad de Coimbra. Presentè à mi persona en los sitios mas acompañados del pueblo ; y ensartandome en las conversaciones , persuadi en ellas que yo era Quimico, y mi primer exercicio el de Maestro de danzar en Castilla. Contava mil felicidades de mis aplicaciones, en una, y otra facultad. Mentia à borbollones, y la distancia de los sucessos, y mi dissimulo , y las buenas tragaderas de los que me oian, hicieron creibles , y recomendables mis embu-

bustes. Confiado en las lecciones que avia tomado en Salamanca del Arte de danzar, y en unas Recetas desparramadas de un Medico Francès, que tenia en la memoria, me vendi por experimentado en uno, y otro Arte.

El ansia de ver el hombre nuevo (que es general en todas gentes, y Naciones) me juntò alegres discipulos, desesperados enfermos, y un millon de aclamaciones necias, hijas de la sencillez, de la ignorancia, y de el atropellamiento de la novedad. Yo sembrava unturas, plantava xaraves, ingeria cerotes, y rociava con toda el agua, y los aceytes de mi recetario, à los cronicos, hipocondriacos, y otros enfermos impertinentes, raros, y quasi incurables. Recogia el mismo fruto que los demàs Doctores sabios, afortunados, y estudiosos, que era la propina, el credito, la estimacion, el aplauso, y todos los bienes, è incienso que les dà la inocencia, y la esperanza de la sanidad. En orden à los suèssos tuve mejor ventura, ò mas seguro modo para lograrlos favorables, que el Hipocrates; porque à este, y quantos siguieron, y siguen sus aforismos, y lecciones, se le murieron muchos de los que curavan, otros salian à puerto, y otros se quedavan con los achaques: de mis emplastados, y ungidos, ninguno se murió, porque las Recetas no tenian virtud para sanar, ni para hacer daño:

al-

algunos sanavan con la providencia de la naturaleza, y à los mas se les quedava en el cuerpo el mal, y la medicina; y la aprehension les hacia creer algun alivio. Fui, no obstante mi necesidad, mi arrojo, è ignorancia, un Empirico considerado, y mas prudente que lo que se podia esperar de mi cabeza, y mis pocos años; porque no me meti con enfermo alguno de los agudos, ni tuve el atrevimiento de administrar purgantes, ni abonar, ni maldecir las sangrias. Bien penetrava mi poca Filosofia lo peligroso de estos, y lo poco importante de mis Apositos: y con esta seguridad, y conocimiento viviamos, todos mis dolientes con sus achaques, y yo con sus alabanzas, y dineros.

En la Danza tambien tuve que trabajar; pero en esta con mas satisfaccion, y sin ningun peligro, porque era mas diestro en los compases, que los Medicos en sus curaciones, y vivia fuera de las congoxas de que me capitulassen de necio en el exercicio. A pocos dias era yà la celebridad, y conversacion de los melancolicos, los desocupados, y noveleros. Y con sus solicitudes, y aprehensiones, arribè à juntar algunas monedas de oro, buenas camisas, y un par de vestidos, que me engalanavan, y promerian mi poco seso. La ridicula historia de unos indiscretos celos de un des-
tem-

templado Portuguès, cuya infame sospecha es digna de que se quede enterrada en el silencio, y el olvido, me obligò à dexas à Coimbra, y tomar seguridad en la Ciudad de Oporto, adonde me mantuve, gastando en figura de Cavallero lo que avia ganado en ocho meses à hacer cabriolas con los pies, y las manos.

Aunque procurava gastar el dinero con alguna dieta, llegò el caso de aniquilarse mi caudal, y de verme en la congoxa de elegir nuevo camino para buscar la vida, con là que andava de perdicion en perdicion. No discurrìa en vereda, en que no contemplasse mil estorvos, enfados, opresiones, y descomodidades; y pareciendome mas libre, y mas holgona la de Soldado, assentè Plaza en el Regimiento de los Ultramarinos, en la Compañia de Don Felix de Sousa. Pagaronme razonablemente la entrada; tomò un Sargento las señas de mi figura, con distincion bastante, y menudencia, y le dixe, que mi nombre era Gabrièl-Gilberto: y con este fingimiento corrì la temporada que anduve vestido con la librea verde. El miedo à los palos, à las baquetas, al potrò, y à los demàs castigos con que se reprehenden las faltas menudas en la Milicia, me hizo cumplir exactamente con las obligaciones de Soldado. Queriamè mucho mi Capitan, y yo le pagava el cariño con singular respeto, y prompta af-

asistencia à quanto se le ofrecia. Trece meses estuve bastantemente gustoso en este exercicio, y me parece que huviera continuado esta honrada carrera, si no me huvieran arrancado del camino las persuasiones de unos Toreros, hijos de Salamanca, que passaron à Lisboa à torear en unas Fiestas Reales, que se hicieron en aquella Corte. Facilitaron los medios de la desercion, disfrazandome con la Xaquetilla, el sombrero à la chamberga, y los demàs arneses de la bribia: yo consenti; porque aunque vivia gustoso, deseava ver à mis padres, y los muros de mi Patria. En el Convento de San Francisco de Lisboa me despojè del Uniforme; y vestido con las sobras de un Torero, llamado Manuel Felipe, me enquadernè en la tropa; y juntos todos tomamos el camino de Castilla, sin avernos sucedido acafo alguno, digno de ponerse en esta Relacion. Al passo que me iba acercando à Salamanca, iba creciendo en mi corazon el miedo, y la verguenza, y otros embarazos que me dificultavan la entrada à la casa, y la vista de mis padres. Nunca me resolvì à que me viesse con la gentecilla con quien venia incorporado; y fingiendo con mis camaradas que tenia precission de detenerme algunas semanas en Ciudad-Rodrigo, me dexaron como à una legua distante de Valde la Mula, libre del riesgo que amenazava à mi vida, si me

mantuviera en las posesiones de Portugal. Entré en Ciudad-Rodrigo, y me bolví à la ropa de Estudiante, prestandome por entonces, en la confianza de que lo pagarían mis padres, Don Juan de Montalvo, lo que era oportuno para ponerme delante de gentes de razon. Escriví à Salamanca à varios intercessores, para que templassen el justo enojo de mis padres, y les persuadiesen lo desengañado que bolvia de mis aventuras, y delirios; y el amor, la necesidad, y la consideracion de los peligros à que me bolveria à arrojar, y los ruegos de los interlocutores, me facilitaron con suavidad, y con dulzura su cariño, y acogimiento. Recibieronme gustosos; yo me eché à sus pies avergonzado, y con propósitos de no darles mas pesadumbres, y juré nuevamente mi obediencia. Las raras gentes que traté en las ridiculas aventuras de Químico, Soldado, Santero, y Maestro de Danza, el crecimiento de los años, y la mayor edad de la razon, me pasaron un poco el orgullo; de modo, que yá tomava algun asco à las desembolturas, y libertades que avia aprendido en la escuela de mi ociosidad, y en las maestrías de mis amigos. Yá conocia yo que ivan faltando de mi cerebro muchas de aquellas cavilaciones, y delirios, que me aguijoneavan à los disparates, y los despropósitos. Desamparado pues mi

se-

sefo de algunas turbaciones, y libre del mal exemplo de mis compatriotas (que yá faltavan todos de Salamanca) empecé una vida mas segura, y menos rodeada de entodos, bufonadas, y desverguenzas. No fui bueno; pero à ratos disimulava mis malicias. No dexé de ser muchacho; pero yá era un mozo mas tolerable, y menos aborrecido de las gentes de buena crianza. Era atento, y cortesano exquisitamente con los mayores, y los iguales, y con esta diligencia, y la de mi serenidad fui ganando el cariño de los que antes me aborrecian con razon, y con extremo. Con estas disposiciones bolví de Portugal à mi Patria; las aventuras que fueron sucediendo à mi vida, las verà el que leyere, ò oyere el tercer Trozo que se sigue.

*TROZO TERCERO DE LA VIDA,
à Historia de Don Diego de Torres: empieza desde
los veinte años, poco mas, ò menos, hasta los
treinta, sobre meses menos, ò mas.*

Por desarmar de las maldiciones, de los apodos, y las chufletas con que han acostumbrado morder los satiricos de estos tiempos à quantos ponen alguna obra en el publico; por encubrir con un desprecio fingido, y negociante mi entonada sobervia; por burlarme sin

es-

elcrupulo , y con sosiego descansado de la enemistad de algunos embidiosos carcomidos; y por reirme finalmente de mi propio , y de los que regañan por lo que no les toca , ni les tañe , puse en mi cuerpo , y en mi espíritu las horribles tachas , y ridiculas deformidades, que se pueden notar en varios Trozos de mis vulgarísimos Impresos: Muchas torpezas , y monstruosidades están dichas con verdad, especialmente las que he declarado para manifestar el genio de mis humores , y potencias ; pero las corcobas, los chichones, tiznes, mugres , y lagañas que he plantado en mi figura , las mas son iobrepuestas , y mentirosas ; porque me ha dado la piedad de Dios una estatura algo mas que mediana , una humanidad razonable , y una carne solida , magra , enjuta , colorada , y estendida con igualdad , y proporcion ; la que podía aver mantenido fresca mas Veranos que los que espero vivir , si no la huvieran corrompido los pestilentes aires de mis locuras , y malas costumbres. Pues para que sea verdad quanto se vea en esta Historia (que oy tiene tantos testigos como vivientes) pondré en este pedazo de mi Vida la verdadera facha antes de proseguir con las revelaciones de mis sucesos, acafos, y aventuras. Pintarème como aparezco oy, para que el que lea rebaxe , añada , y discorra como estaria à los veinte años de mi edad.

Yo

Yo tengo dos varas , y siete dedos de persona; los miembros que la abultan , y componen tienen una simetria sin reprehension : la piel de el rostro està llena , aunque ya me van asfomando àzia los lagrimales de los ojos algunas patas de gallo ; no ay en el colorido enfadoso, pecas , ni otros manchones desmayados. El cabello (à pesar de mis quarenta y seis años) todavia es rubio ; alguna cana suele salir à acusarme lo viejo , pero yo las procuro echar fuera. Los ojos son azules , pequeños , y retirados àzia el colodrillo. Las cejas , y la barba bien rebutidas de un pelambre alazan , algo mas pagizo que el vermejo de la cabeza. La nariz es el solecísimo mas reprehensible que tengo en mi rostro , porque es muy caudalosa , y abierta de faldones , remata sobre la mandíbula superior en figura de coraza , apaga humos de Iglesia , rabadilla de pabo , ò cubilete titiritero ; pero gracias à Dios no tienen trompicones , ni cavallette , ni otras señales Farisaicas. Los labios frescos , sin humedad exterior , partidos sin miseria , y rasgados con rectitud. Los dientes cabales , bien cultivados , estrechamente unidos , y libres de el sarro , el escorbuto , y otros asquerosos pegotes. El pie , la pierna , y la mano son correspondientes à la magnitud de mi cuerpo : este se va ya torciendo àcia la tierra , y ha empezado à descubrir

brir un semicirculo à los costillares , que los maldicientes llaman Corcoba. Soy todo junto un hombron alto , picante en seco , blanco , rubio , con mas catadura de Alemàn , que de Castellano, ò Estremeño. Para los bien hablados soy bien parecido ; pero los marcadores de estaturas dicen que soy largo con demasia, algo tartamudo de movimientos, y un si es no es derrengado de portante. Mirado à distancia parezco melancolico de fisonomia, aturdido de facciones, y triste de guñaduras ; pero examinado en la conversacion , soy generalmente risueño ; humilde , y afectuoso con los superiores ; agradable , y entretenido con los inferiores ; y un poco libre , y desvergonzado con los iguales. El vestido (que es parte essencia- lissima para la similitud de los retratos) es negro , y medianamente costoso ; de manera, que ni pica en la profanidad escandalosa , ni se mete en la estrechez de la hipocresia puerca, y refinada. El paño primero de Segovia, alguna añadidura de tafetan en el verano , y terciopelo en el invierno , han sido las frecuentes telas con que he arropado mi desvaído corpanchon. El corte de mi ropa es el que introduce la novedad , el que abraza el uso , y antojo de las gentes , y lo mas cierto el que quiere el Sastre. Guardo en la figura de Abate Romano la ley de la reforma Clerical , menos

en los actos de mis escuelas , que alli me aparezco con los demás Catones embainado en el bonete , y la sotana , que son los apatuscos de Doctor , las añadiduras de la ciencia , y la cobertera de la ignorancia. A diligencias de los criados voy limpio por de fuera , y con los melindres de mis hermanas por de dentro ; porque à pesar de mi pereza , y mi descuido, me hacen remudar el camison todos los dias. Llevo à ratos todos los cascabeles, y campanillas que cuelgan de sus personas los galanes, los ricos, y los aficionados à su vanidad: Relox de oro con sus borlones , que van besando la ingle derecha , fortijòn de diamantes , caxa de irregular materia , con tabaco escogido , sombrero de Inglaterra, medias de Olanda, evillas de Flandes , y otros generos, que por gritones, y raros publican la prolixidad , la locura , el antojo , el uso , y el asseo. Mezclado entre los Duques , y los Arcedianos, ninguno me distinguirà de ellos, ni le passará por la imaginacion que soy Astrologo , ni que soy el Torres , que anda en estos libros , siendo la irrision , y el moxarrilla de las gentes. He sido el espanto, y la incredulidad de los que buscan , y desean conocer mi figura ; porque los mas pensavan encontrarse con un Escolar monstruoso , viejo, torcido , jorovado , cubierto de cerdones,

rodeado de una piel de Camello, ò mal metido en alguna albarda, como abito proprio de mi brutalidad. Este soy en Dios, y en mi conciencia; y por esta copia, y la similitud que tiene mi gesto con la cara del mamarracho, que se imprime en la primera hoja de mis Almanagues, me entrefacará el mas rudo, aunque me vea entre un millon de hijos de Madrid.

El genio, el natural, ò este duende invisible (llamese como quisieren) por cuyas burlas, acciones, y movimientos rastreamos algun poco de las almas, anda copiado con mas verdad en mis Papeles: yá porque cuidadosamente he declarado mis defectos, yá porque à hurtadillas de mi vigilancia se han salido arrebuados entre las expresiones, las bachillerías, y las incontinencias, muchos pensamientos, y palabras que han descubierto las manías de mi propension, y los delirios de mi voluntad. Desmembrado, y escasamente repartido se encuentra en algunas planas el cuerpo de mi espíritu; y para cumplir con el assumpto que me he tomado, juntaré en breves parrafos algunas señas de mi interior, para que me vea todo junto el que quisiere quedar informado de lo que soy por dentro, y por fuera. Tengo, como todos los hijos de Adán, hígado, bazo,

corazon, tripas, hipocondrios, mesenterio, y toda la caterva de rincones, y escondrijos que asegura, y demuestra la docta Anatomia. Estos son (segun aseguran los Filósofos naturales) los nidos, y las chozas donde se esconden, y retiran los apetitos reboltofos, los afectos inescrutables, y las pasiones altaneras, y porfiadas. Dicen que habitan en estas interiores cavernas de la humanidad; y lo benigno, lo furioso, lo docil, y lo destemplado, lo arguyen de la disposicion, textura, qualidad, y temperamento de la parte. La pintura es galana, vistosa, y possible; pero yo no sé si es verdadera. Lo cierto es, que salga del hígado, del bazo, ò del corazon, yo tengo ira, miedo, piedad, alegria, tristeza, codicia, largueza, furia, mansedumbre, y todos los buenos, y malos afectos, y loables, y reprehensibles exercicios que se pueden encontrar en todos los hombres juntos, y separados. Yo he probado todos los vicios, y todas las virtudes, y en un mismo dia me siento con inclinacion à llorar, y à reír; à dár, y à retener; à holgar, y à padecer; y siempre ignoro la causa, y el impulso de estas contrariedades. A esta alternativa de movimientos contrarios he oído llamar locura; y si lo es, todos somos locos, grado mas, ò menos; porque en todos he advertido esta impensada,

y repetida alteracion. A la mayor, ò menor altura de los afectos, y à la mas furiosa, ò fofsegada exprefion de las pafiones, llaman genio, natural, ò crianza la mayor parte de la comunidad de las gentes; y fi el mio fe ha de conocer por las mas repetidas èxaltaciones del animo, aqui las pondrè con la verdad que las examino, apartando por efte breve rato el fon-rojo, que fe vâ viniendo à mi femblante.

Soy regularmente apacible, de trato fofsegado, humilde con los superiores, afable con los pequeños, y las mas veces defahogado con los iguales. En las conversaciones hablo poco, quedo, y moderado, y nunca tuve valor para mèterme à gracioso, aunque he fentido bullir en mi cabeza los equívocos, los apodos, y otras sales con que fazonan los mas politicos fus platicas. Hallome felizmente guftoso entre toda efpecie, fex, y deftino de personas; folo me enfadan los embufteros, los prefumidos, y los porfiados; huyo de ellos, luego que los defcubro, con que paffo generalmente la vida dichofamente entretenido. Tal qual refentimiento padece el animo en las precisas concurrencias, donde fon inefcusables los pelmazos, los tontos, y otras mezclas de majaderos que fe tropiezan en el concurfo mas efcojido: pero efte es mal de muchos, y confuelo mio: fufro

fus

fus difparates con conformidad, y ríferancia, y me vengo de fus defatinos con la pena que prefumo que les daràn mis defconciertos. Soy docil, y manejable en un grado vicioso, y reprehensible, porque hago, y concurro à quanto me mandan, fin examinar los peligros, ni las refultas infelices: pero bien lo he pagado, porque las congoxas, y defazones que he padecido en efte mundo, no me las han dado mis emulos, mis enemigos, ni la mala fortuna, fino es mi docilidad, y mi franqueza. Mi dinero, mis fuplicas, mi representacion, tal qual es, mi cafa, y mis ajuares los he franqueado à todos, fin exceptuar à mis defafectos. Lo mas de mi vida, yà en los paffages de mis venturas, y yà en las avenidas de mis abatimientos, la he paffado comiendo à cofta agena, hufped honrado, y querido en las primeras casaf del Reyno: y pudiendo fer rico con eftos ahorros, y las producciones de mis tarèas, fiempre andan iguales los gaffos, y las ganancias. He derramado entre mis amigos, parientes, enemigos, y petardiftas mas de quarenta mil ducados que me han puefto en cafa mis afortunados difparates. En veinte años de Efcritor he percibido à mas de dos mil ducados cada año, y todo lo he repartido, gracias à Dios, fin tener à la hora que efte efcribo mas repueftos que

al-

algunos veinte doblones que guardará mi madre, que ha sido siempre la tesorera, y repartidora de mis trabajos, y caudales. Si à algun embidiosillo, ò malcontento de mis fortunas, le parece mentira, ò exageracion esta ganancia, vengase à mi, que le mostraré las cuentas de Juan de Moya, y las de los demás Libreros, que todavia existen ellas, y vivo yo, y mis Administradores. Es publico, notorio, y demonstrable mi desinterès, tanto, que ha tocado en perdicion, desorden, y majaderia. He trabajado de valde, y con continuacion, para muchos que han hecho su fama, y su negocio con los desperdicios de mis fatigas. Aviendo sido el numero de mis tareas bastantemente copioso, son mas las que están en la lista de las regaladas, que en la de las vendidas. Sobre el caudal de mis Pronosticos, y mis necesidades, ha tenido letra abierta el mas retirado de mi amistad, y el mas extraño de mi conocimiento. El dicho Moya, que es el depositario de mis mercaderias, y disparates, jurará que le tengo dada orden para que no recatee mis Papeles, y que los dè graciosamente al que llegare à su Tienda, sin mas recomendacion que la de una buena capa. Siendo (como diré mas adelante, además de lo dicho) el Escritor mas desdichado, y pobre de esta Era, me he conducido
en

en las ciento y veinte Dedicatorias, que se pueden ver en mis librillos, con bizzarria tan gloriosa, que he desmentido los creditos de petardo, con que regularmente se miran estos cultos. Nunca miré à mas fines, ni à mas esperanzas que al agradecimiento, la veneracion, y el adorno de la obra. Al tiempo que expresava mis rendimientos, escondia mi persona: y las mas veces dedicava à los Heroes mas elevados, à los ausentes, ò à quien yo contemplava que estuviessè muy fuera de la retribucion, y que la ausencia, ò el retiro dificultassèn las comunes satisfacciones. Mis deseos, y mis sacrificios fueron siempre puros, atentos, cortesanos, y libres de las infecciones del interès mecanico, y la lisonja abominable. He puesto esta menudencia impertinente, para que se sepa que no tengo todas las condiciones de mal Autor, pues me falta la codicia con que muchos se sujetan à hacer las obras, confiados alegremente en que el Heroe à quien dedican, les ha de pagar à lo menos la impresion; y estos no cortejan, que roban. Hablo gordo, y entre los que me tratan, y conocen. Grite aora el Satirico que quisiere, ponga los manchones que le elija su rabiosa infidelidad à mi pobreza, y mi desasimiento, que aqui estoy yo que sabré limpiarme, y desmentirle con mis
ope-

operaciones, y los testigos mas memorables de la España.

Trato à mis criados como à compañeros, y amigos; y al passo que los quiero, me estoy lastimando de que los aya hecho la fortuna la mala obra de tener que servirme. Jamàs he despedido à ninguno; los pocos que me han acompañado, ò murieron en mi casa, ò han salido de ella con doctrina, oficio, y conveniencia. Los actuales que me asisten no me han oído reñir, ni à ellos, ni à otro de los familiares; y el mas moderno tiene ocho años de mi compañía. Todos comemos de un mismo guisado, y de un mismo pañ; nos arropamos en una misma Tienda; y mi vestido, ni en la figura, ni en la materia se distingue de los que yo les doy. El que anda mas cerca de mi es un Negro sencillo, candido, de buena ley, y de inocentes costumbres: à este le pongo mas de punta en blanco, porque en su color, y su destino no son reparables las extravagancias de la ropa: yo me entretengo en bordar, y en ingreir sus vestidos; y logro que lo vean galán, y à mi ocupado. Ni à este, ni à los demás los entretengo en las prolixidades, y servidumbres que mas autorizan la vanidad, que la conveniencia; y aun siendo costumbre por acá entre los Amos de mi carácter, y grado lle-

llevar à la cola un sirviente, en el trage de Escolar, en ningun tiempo he querido que vayan à la rastra. Yo me llevo, y me traigo solo donde he menester; me visto, y me desnudo sin Edecanes: escribo, y leo sin amanuenses, ni lectores; sirvo mas que mando; lo que puedo hacer por mi, no lo encargo à nadie; y finalmente yo me siento mejor, y mas acomodado conmigo, que con otro. Si este es buen modo de criar sirvientes, ò de portarse como servidos, ni lo disputo, ni lo propongo, ni lo niego; yo digo lo que passa por mi, que es lo que he prometido, y lo demás rebuelvanlo los Criticos como les parezca.

La valentia del corazon, la quietud del espíritu, y la serenidad de animo que gozo muchos años ha, es la unica parte que se le puede embidiar à mi naturaleza, mi genio, ò mi crianza. De niño tuve algun temor à los cuentos espantosos, à las novelas horribles, y à las frequentes invenciones, con que se estremecen, y se espantan las credulidades de la puerilidad, y los engaños de la juventud, y la vejez: pero yà, ni me asustan los calavernarios, ni me aterrorizan los difuntos, ni me produce la menor tristeza la posibilidad de sus apariciones. Crea el que lee, que segun fosiiega la tranqui-

lidad de mi espíritu, sospecho que no me inquietaría mucho ver aora delante de mi à todo el Purgatorio. Este valor (que mas parece desesperado despecho) aseguro que es hijo de una resignacion Christiana; pues siendo Dios el unico Dueño de mi vida, sè que estoy debaxo de sus disposiciones, y providencias, y es imposible rebelarme à sus decretos: para el dia que determine llamarme à juicio, estoy disponiendo, con su ayuda, mi conformidad, y no me acongoxa que el aviso sea à palos, à pedradas, à Medicos, à colicos, ò difuntos: sea como su Magestad fuere servido, que à todo estoy prompto, y resignado. Por la soledad, la noche, el campo, y las cruxias melancolicas me paseo sin el menor rezelo; y nunca se me han puesto delante aquellas fantasmas que suele levantar en estos sitios la imaginacion corrompida, ò el ocio, y el silencio, grandes artifices de estas fabricas de humo, y ventolera. Las brujas, las hechiceras, los duendes, los espiritados, y sus relaciones, historias, y chifres, me arrullan, me entretienen, y me sacan al semblante una burlona risa, en vez de introducirme el miedo, y el espanto. Varias veces he proferido en las conversaciones, que traigo siempre en mi bolsillo un doblon de à ocho, que en esta era vale mas de trescientos reales, para

para darselo à quien me quiera hechizar; ò regalarsele à una bruja, à una espiritada que yo examine, ò al que me quisiere meter en una casa donde habite un Duende; me he combidado à vivir en ella, sin mas premio que el ahorro de los alquileres: y hasta aora he pagado las que he vivido; y discurro que mi doblon me servirá para Missas, porque ya creo que me he de morir sin verme hechizado, ni forbido. Yo me burlo de todas estas especies de gentes, espíritus, y maleficios; pero no las niego absolutamente: las travessuras que he oído à los Historiadores credulos de mi tiempo; todas han salido embustes: yo no he visto nada, y he andado à montería de brujos, duendes, y hechizeros lo mas de mi vida. Algo avrá: sea enorabuena, y aya lo que huviere: para que no me coja el miedo, le sobra à mi espíritu la contemplacion de lo raro, lo mentiroso de las noticias, y la esperanza de que no he de ser tan desgraciado, que me toque à mi la mala ventura, y el mochuelo: y quando sea tan infeliz, que me pille el golpe de alguna de las dichas desgracias, me encaramo en mi resignacion catolica; y mientras llega el talegazo me rio de todos los chifres, y patrañas que andan en la boca de los credulos, y medrosos, y en la persuasion de algunos que

que comercian con este genero de drogas. Tengo presente al Torre Blanca, al Padre Martin del Rio en sus Desquificiones Magicas, y muy en la memoria los Años de Fè que se han celebrado en los Santos Tribunales de la Inquisicion, en los que regularmente se castigaban mas majaderos, tontos, y delinquentes en el primer Mandamiento de la Ley de Dios, que brujos, y hechiceros: y venero los conjuros con que la Santa Madre Iglesia espanta, y castiga à los diablos, y los espíritus; y todo me sirve para creer algo, disputar poco, y no temer nada.

En el gremio de los vivientes no encuentro tampoco espantajo que me asuste. Los xacaros de capotillo, y guadexeño, y el Zuizo con los vigotones, el sabre, y las pistolas, son hombres con miedo; y el que justamente presumo en ellos, me quita à mi el que me pudieran persuadir sus apatuscos, sus armas, y sus juramentos. Los mormuradores, los maldicientes, y los satiricos, que son los Gigantones que aterrorizan los animos mas constantes, son la chanza, la irrision, y el entretenimiento de mi defengaño, y de mi gusto. El mayor mal que estos pueden hacer es, hablar infamemente de la persona, y las costumbres; esta diligencia la he hecho yo repetidas veces contra mi, y con ellos,

ellos, y no he conocido la menor molestia en el espíritu: y despues de tantas blasfemias, injurias, y maldiciones me ha quedado sana la estimacion; tengo, bendito sea Dios, mis piernas, y mis brazos enteros, y verdaderos: no me han quitado nunca la gana de el comer, ni la renta para comprarlo; conque es disparate, y necesidad acoquinada vivir temiendo à semejantes fantasmones. En la cofradia de los ladrones, que es dilatadissima, ay muchos à quien temer; pero anda regularmente errado el temor; de modo, que estamos metidos entre las ladroneras, y tenemos miedo à los Lugares en que no ay robos, ni à quien robar. En los caminos, en los montes, y en los despoblados habita todo nuestro espanto, y nuestro miedo, y alli no ay que hurtar, ni quien hurte: Yo he rodado mucha parte de Francia, todo Portugal, lo mas de España, y cada mes passo los Puertos de Guadarrama, y la Fonfria, y hasta aora no he tropezado un ladron. Algunos hurtos veniales suceden en los montes, pero los granados, los sacrilegos, y los mas copiosos se hacen en las poblaciones ricas, que en ellas estan los bienes, y los ladrones: y à los pocos que ruedan los caminos, y à los muchos que tragan en las Ciudades, jamàs los temì, porque Astrologo ninguno ha perecido en sus ma-

manos, ni ay exemplar de que se les antoje acometer à gente tan pelona. Finalmente digo con ingenuidad, que no conozco al miedo; y que esta serenidad no es bizzarria de el corazon, ni atrevimiento de el animo, sino es defengaño, y poca credulidad en las relaciones, y los sucesos, y mucha confianza en Dios, que no permite que los diablos, ni los hombres se burlen tan à todo trapo de las criaturas. Los que producen en mi espíritu un temor rabioso entre susto, y asco, enojo, y fastidio son los Hipocritas, los Avaros, los Alguaciles, muchos Medicos, algunos Letrados, y todos los Comandones; siempre que los veo me santiguo, los dexo passar, y al instante se me passa el susto, y el temor. Con estas individualidades, y las que dexo descubiertas en los sucesos passados, y las que ocurriràn en adelante, me parece que hago visible el plan de mi genio. Ahora dirè brevemente de el ingenio, que tambien es pieza indispensable en esta Vida.

Mi ingenio no es malo, porque tiene un mediano discernimiento, mucha malicia, sobrada copia, bastante claridad, mañosa penetracion, y una aptitud generalmente proporcionada al conocimiento de lo liberal, y lo mecanico. Aunque han salido al publico tantas obras que pudieran aver demostrado con mas

fi-

fidelidad lo rudo, ò lo discreto, lo gracioso, ò lo infeliz de mi ingenio, es rara la que puede dàr verdaderas, y cumplidas señales de su entereza, de su bondad, de su miseria, ò de su abundancia, porque todas estàn escritas sin gusto, con poco asiento, con algun enfado, y con precipitacion desaliñada. Yo bien sè que alcanzo mas, y discurre mejor que lo que dexo escrito; y que si mi genio hubiera tenido mas codicia à los intereses, mas estimacion à la fama, ò lo que se dice Aura popular; y si mi pobreza no hubiera sido tan porfiada, y reboltosa, serian mis papeles mas limpios, mas doctrinales, mas ingeniosos, y mas apetecibles. Atropelladas salieron siempre mis obras desde mi bufete à las Imprentas; y jamás corregì pliego alguno de los que me bolvian los Impressores: conque todos se pasean rodeados de sus yerros, y mis descuidos. Yo los aborrezco, porque los conozco; y si oy me fuesse posible recogerlos, los entregaria gustosamente al fuego, por no dexar en el mundo tantos testigos de mi pereza, y de mi ignorancia, y tantas señales de mi locura, altaneria, y extravagante condicion. Solo me consuela en esta afliccion, en que espero morir, la inocencia de mis disparates, pues aunque son sobervios, y poderosamente plenarios, parece que

que no son perjudiciales, quando la vigilancia de el Santo Tribunal, y el desvelo de los Reales Ministros los ha permitido correr por todas partes, sin aver padecido ellos la mas pequeña detencion, ni yo la mas minima advertencia. Doy gracias à Dios, que aviendo sido tan loco, que me arrojè à escribir en las materias mas sagradas, y mas peligrosas, y professando una facultad que vive tan vecina de las supersticiones, no me despeñaron mis atrevimientos en las desgraciadas honduras de la infidelidad, la ignorancia, ò el extravio de los preceptos de Dios, de las ordenanzas de el Rey, y de los establecimientos de la Politica, y la naturaleza. Todo lo devo à su Magestad, y al respeto con que he mirado à sus substitutos en la tierra. Basta de ingenio, y bolvamos à atar el hilo de las principales narraciones.

Dexè esta ridicula Historia en el lance de la buelta de Portugal à Salamanca: y prosigo afirmando, que bolví menos credulo, y menos obediente à los faciles, è infelices consejos de la juventud, y mas medroso de las calamidades que se expone à padecer el que se entrega à los derrumbaderos de su ignorante, y antojadiza imaginacion. Passava en casa de mis padres la vida, escondido, y retirado muchas horas, sin padecer resentimiento alguno en el animo,

ni

ni con la mudanza à la reciente quietud, ni con la memoria de mis alegres traveluras. Insensiblemente me hallè aborreciendo las fatigas de la ociosidad, y muy mejorado en el uso, y descompostura de las huelgas, y las diversiones, porqze asistia solamente à los festejos de las personas de distincion, y de juicio; y baylava en los saraos, y concursos que disponia el motivo honesto, y la celebridad prudente, graciosa, y comedida. Ajustava en ellos mis acciones à una severidad agradable, de modo, que se conociesse que mi asistencia tenia mas de civilidad, y de politica, que de esparcimiento grofiero, y voluntario. Di en el extraño delirio de leer en las facultades mas desconocidas, y olvidadas, y arrastrado de esta mania, buscava en las librerias mas viejas de las Comunidades à los Autores rancios de la Filosofia natural, la Crisopeya, la Magica, la Transmutatoria, la Separatoria, y finalmente parè en la Mathematica, estudiando aquellos libros que viven enteramente desconocidos, ò que estàn por su extravagancia despreciados. Sin director, y sin instrumento alguno (de los indispensables en las ciencias Mathematicas) lidiando solo con las dificultades, aprendì algo de estas utiles, y gratias disciplinas. Las lecciones, y tareas à que me sujetò mi destino, y mi gusto, las tomè

al revès, porque leí la Astronomía, y Astrología, que son las ultimas facultades: sin mas razon, que aver sido los primeros librillos que encontré, unos Tratados de Astronomía, escritos por Andrès de Argolio, y otros de Astrología impresos por David Origano. A estos cartapacios, y à las conferencias, y conversaciones que tuve con el Padre Don Manuel de Herrera, Clerigo de San Cayetano, y fugeto docto, y aficionado à estos artes, deví las escasas luces que aun arden en mi rudo talento, y los relucientes antorchones que oy me ilustran Maestro, Doctor, y Cathedrático en Salamanca, quando menos. A los seis meses de estudio salí haciendo Almanagues, y Pronosticos; y detrás de mi salieron un millon de necios, y maldicientes, blasfemando de mi aplicacion, y de mis obras. Unos decian, que las avia hecho con la ayuda de el diablo: otros que no valian nada; y los mas asseguravan que no podian ser hechuras de un ingenio tan perezoso, y escaso como el mio. La coyuntura desgraciada en que salieron à luz mis Pronosticos; la brevedad de el tiempo en que yo me impuse en su artificio; la ignorancia, y el olvido comun que se padecia de estas ciencias en el Reyno; y sobre todo la indisposicion, y el aborrecimiento à los estudios que contemplavan en mi quantos inte-

rior-

riormente me tratavan, tenian por increíble mi adelantamiento, por sospechosa mi fatiga, y por abominable mi paciencia. Estavan, veinte y quatro años ha, persuadidos los Españoles, que el hacer Pronosticos, fabricar Mapas, erigir figuras, y plantar Epocas, eran unas dificultades invencibles; y que solo en la Italia, y en otras Naciones Estrangeras se reservavan las llaves con que se abrian los secretos arcones de estos graciosos Artificios. Estavan, mucho antes que yo viniera al mundo, governandote por las mentiras del gran Sarrabal, adorando sus juicios, y puestos de rodillas esperavan los quatro pliegos de embustes que se texian en Milán (con mas facilidad que los encaxes) como si en ellos les viniera la salud de valde, y las conveniencias regaladas. No vivia un hombre en el Reyno de los ocultos en las Comunidades, ni de los patentes en las Escuelas publicas, que como aficionado, ò como Maestro se dedicasse à esta casta de predicciones, y sistemas. Todas las Cathedras de las Universidades estavan vacantes, y se padecia en ellas una infame ignorancia. Una figura Geometrica se mirava en este tiempo como las brujerías, y las tentaciones de San Anton, y en cada circulo se les autojaya una caldera donde hervian à borbollones los pactos, y los comercios con el

F 2

de-

demonio. Esta rudeza, mis vicios, y mis extraordinarias libertades hicieron infelices mis trabajos, y aborrecidas con desventura mis primeras rareas.

Para sossegar las voces perniciosas, que contra mi aplicacion soltaron los desocupados, y los embidiosos, y para persuadir la propiedad, y buena condicion de mis fatigas, pedí à la Universidad la substitucion de la Cathedra de Mathematicas, que estuvo sin Maestro treinta años, y sin enseñanza mas de ciento y cinquenta; y concedida, lei, y enseñè dos años à bastante numero de discipulos. Presidí al fin de este tiempo un Acto de Conclusiones Geometricas, Astronomicas, y Astrologicas; y fue una funcion, y un exercicio tan raro, que no se encontró la memoria de otro en los monumentos antiguos que se guardan en estas felicísimas Escuelas. Dediqué las Conclusiones al Excelentísimo Señor Príncipe de Chalar, Duque de Jovenazo, que à esta sazón vivia en Salamanca, gobernando de Capitán General las Fronteras de Castilla. El concurso fue el mas numeroso, y lucido que se ha notado: y el exercicio tuvo los aplausos de solo, las admiraciones de nuevo, y las felicidades de no esperado. Con esta diligencia, y otros frutos que ivan saliendo de mi retiro, y de mi estudio,
aca-

acallè à los ignorantes, que se escandalizaron de la brevedad, y estraneza de mi aprovechamiento: pero empezò à rebolverse contra mis producciones otra nueva casta de vocingleros de tan poderosos livianos, que hasta aora no se han cansado de gritar, y gruñir; ni yo he podido taparles las bocas con mas de quatro mil resmas de papel que les he tirado à los hocicos. Rompiendo con mis defensados por medio de sus murmuraciones, satiras, y majaderias, continuava en escribir papelillos de diferentes argumentos, y en leer los tomos, que la casualidad, y la solitud me traía à las manos. Traveaseava con las Musas muchas veces, sin que me estorvasen sus retozos la leccion de la Theologia Moral, la que estudiava (mas por precepto, que por inclinacion) en los Padres Salmanticenses, y en el Compendio del Padre Larraga, de los que todavia podrè dár algunas señas, y bastantes noticias. Acometiòle à mi padre à este tiempo la dichosa vocacion de que yo fuesse Clerigo; y porque no se le resfriassen los propósitos, solicitò una Capellanía en la Parroquia de San Martin de Salamanca, cuya renta estava situada en una casa de la calle de la Rua; y sobre esta congrua, que eran seis-cientos reales al año, recibí, luego que yo cumplí los veinte y uno de mi edad, el Orden
de

de Subdiacono. En él he descansado, porque despues de recibido, parè mas à mi consideracion sobre las obligaciones en que me metia, los votos, y pureza que avia de guardar, y los cargos de que avia de ser responsable delante de Dios; y atribulado, y afligido me resolvì à no recargarme (hasta tener mas seguridad, y satisfaccion de mis talentos) con mas oficios que los que abracè con poco examen de mis fuerzas, y ninguna reflexion sobre las duraciones de su observancia. Hasta aora no he sentido en mi alma aquella mansedumbre, devocion, arrebatamiento, y candidez, que yo imagino que es indispensable en un buen Sacerdote. Todavia no me hallo con valor, ni con serenidad para ascender al altissimo Ministerio, cuyas primeras escalas estoy pisando indignamente: ni tampoco me ha acometido el atrevimiento, y la insolencia de meterme à desyventurado Oficial de Missas. He tenido hasta oy un seso altanero, importuno, desdioso, y culpablemente desahogado. La vigilancia, y la prudencia que contemplo por precissa para conducirse en tan excelente dignidad, ni yo las tengo, ni me atreverè à solicitarlas sin tenerlas. Nació tambien la pereza del ascenso à las demàs Ordenes, de un pleyto que me puso un tristissimo codicioso sobre la na-

turalaleza de la congrua con que me avia ordenado: y por no lidiar con el sulto, y con el enojo de andar en los Tribunales, siendo el *Susodicho* de los Procuradores, y los Escrivanos, hice dexacion gustosa de la renta. Encargòse del Purgatorio el avariento litigante, y yo me quedè con el voto de castidad, y el Breviario, sin percibir un bodigo del Altar. Por estos temores, y el de no parar en Sacerdote Mendicante, tuve por menos peligroso quedarme entrecallado entre la Epistola, y el Evangelio, que atropellar hasta el sagrado Sacerdocio, para vivir despues mas escandalosamente, sin la moderacion, el juicio, el recogimiento, decencia, y severidad que deven tener los Ecclesiasticos. Mis enemigos, y los maldicientes han cacareado otras causas: el que pudiere probarlas, hagalo mientras yo viva, y discurra, y hable lo que quisiere, que por mí tiene licencia, y perdon para inquirirlas, y propalarlas; que gracias à Dios no foy espantadizo de injurias.

Antes de cumplir la edad prescrita por el Concilio de Trento para obtener los Beneficios Curados, hice dos Oposiciones à los del Obispado de Salamanca. Confieso que la intencion fue poco segura, porque no me opuse por devocion, ni por la permitida solicitud de las

las conveniencias temporales, sino por contentar à mi soberbia, desvaneciendo las voces de mis enèmigos, que publicavan, que yo no conocia mas facultad que la de hacer malas coplas, y peores Kalendarios: y por obedecer à mis padres, que yà me consideravan Beneficiado de una de las mejores Aldèas del país. No obstante mi torpe disposicion, quiso la piedad de Dios, ò la caritativa diligencia de los Padres Examinadores, disponer que yo correspondiesse en la Theologia Moral con satisfaccion fuya, y honor mio; y logré que ambas veces me honrasen con la primera Letra. Todavia se refieren como dignas de alguna memoria algunas respuestas mias; porque el Ilustrissimo Obispo, y los Padres Examinadores, informados de mi buen humor, y promptitud, me hicieron algunas preguntas (despues del sério Examen) ò por probar mi genio, ò por divertirle un poco; y mis precipitaciones fueron la celebridad de muchos ratos. Remitome à las noticias que duran en los curiosos de mis ridiculeces, porque yo no sè declararlas sin confusion, y sin sonrojo. Apareciòse en este tiempo en la Univerfidad de Salamanca la ruidosa pretension de la Alternativa de las Cathedras; y como novedad extraordinaria, y espantosa en aquellas Escuelas, produjo notables altera-

cio-

ciones, y tumultuosos disturbios entre los Profesores, Maestros, y Escolares de todas Ciencias, y Doctrinas. Padecieron muchos el rencor particular de sus valedores, y con el atrafso de sus conveniencias, y otros daños desgraciadamente molestos à la quietud, y à la reputacion. A mi por mas desvalido, por mas mozo, ò por mas inquieto, me tocaron (ademàs de otros disgustos) seis meses de prision, padeciendo por el antojo de un Juez mal informado, los primeros dos meses tristissimamente en la carcel, y los otros quatro con mucha alegria, sobrada comodidad, crecido regalo, y provechoso entretenimiento en el Convento de San Estevan del Orden del Gloriosissimo Santo Domingo de Guzmàn. El motivo fue, aver hecho caído de una necia, y mentirosa voz (sin poderse descubrir la voráz boca por donde avia salido) que me acusava Autor de unas Satiras, que se estendieron en varias copias: y su argumento era herir à los que votaron en favor de la dicha Alternativa. En los seis meses de mi prision, se informò el Real Consejo con exquisita diligencia, y madurez de todos los sucesos de este caso: y despues de examinada una gran muchedumbre de testigos, y de un largo reconocimiento de letras, y papeles, encontró con la tropelia anticipada del Juez, y

con

con el la escondida verdad de mi inocencia; Salí por Real Decreto libre, y sin costas, añadiendome por piedad, ò por satisfaccion, la honra de que fuese Vice-Rector de la Universidad todo el tiempo que faltava, hasta la nueva eleccion por San Lucas. Así lo practiqué, y hice todos los oficios pertenecientes al Rectorato, con gusto de pocos, y especial congoxa, y resentimiento de muchos. No quiero descubrir mas los secretos de esta aventura, porque viven oy infinitos interesados, à quienes puede producir algun enojo la dilatada relacion de este suceso.

La caudalosa conjuracion que corriò contra mi despues de este ruidoso caso, y las dificultades que puso à mis conveniencias la astucia reboltosa de los que ponderavan con demasiada fuerza los impetus de mi mocedad, y los disculpables verdores de mi espiritu, me hicieron segunda vez insolente, libre, y desvergonzado, en vez de darme conformidad, sufrimiento, temor, y enmienda venturosa. Enojado con aspereza de las imprudentes correcciones, de el odio mal fingido, y de las perniciosas amenazas de aquellos repotentes varones, que se sueñan con facultades para atajar, y destruir las venturas de los pretendientes, di en el mal proposito de burlarme de su respeto,

de

de reirme de sus promessas, y de abandonar tus esperanzas. Di finalmente en la estremada locura de fiar de mi, y aburrir à estas, y à toda especie de personas. Bolvíme loco rematado, y festivo, pero nada perjudicial, porque nunca me acometiò mas furia, que la mania de zumbarme de la severidad que afectavan unos, de la presumpcion con que vivian otros, y de los poderes, y estimaciones con que sostienen muchos las reverencias que no merecen. Neguéme à la solitud de los Beneficios, Capellanias, y asistencias, por no passar por las importunidades, y sonrojos de las pretensiones; derreneugué de las Cathedras, y los Grados; y absolutamente de todo empleo, sujecion, y destino, deliberado à vivir, y comer de las resultas de mis miserables tarèas, y trabajos. Los despropósitos, y necedades que haria un mozo zumbon de achacoso seso, desembarazado, robusto, sin miedo, ni verguenza, y sin ansia à pedir, ni à pretender, se las puede pintar el que và leyendo, porque yo contemplo algunos peligros en las individuales relaciones, además de que ya se me han escapado de la memoria los raros lances de aquella alegre temporada. Ahora me acuerdo, que saliendo una tarde de el General de Theologia abochornado de arguir un Reverendo Padre, y Doctor, à quien yo mi-

rava con algun enfado , porque era el que me-
nos motivo tenia para ser mi defaecto, le dix-
e: Bien Reverendissimo ? es ya Lumen gloria totu
ratio agendi, ò no ? Dexaron decidida las patadas,
y las voces essa viejissima question ? Vaya nora-
mala (me respondió) que es un loco. *Todos so-*
mos locos (acudí yo) *Reverendissimo, los unos por*
adentro, y los otros por afuera. *A V. Reverendis-*
sima le ha tocado ser loco por la parte de adentro,
y à mi por la de afuera : y solo nos diferenciamos,
en que V. Reverendissima es maniatico, triste, y
mesurado ; y yo soy delirante de gresca, y tararira.
Bolví à reprehender con prisa , y con enojo
mi descompostura : y mientras su Reverendis-
sima se desgañitaba con desentonados gritos,
estava yo anudando en los pulgares unas casta-
ñuelas con bastante disimulo debajo de mi ro-
to mantèu ; y sin hablarle palabra , lo empecé
à bailar , saltando en torno de èl una alegrissi-
ma furia de pernadas. Fuimos disparatados
bastante trecho, èl menudeando la griteria con
rabiosas circunspecciones , y yo deshaciendo-
me en mudanzas, y castañetazos , hasta que se
acorrallò en otro General de las Escuelas
Menores, que por casualidad encontrò abierto.
Allí lo dexè aburrido , y escandalizado ; y yo
marchè con mi locura acuestas à pensar en
otros delirios, en los que (por algunos meses)

anduve exercitado , y exercitando à todos la
paciencia.

De esta burlona casta eran las travесuras con
que me entretenia , y me vengava del aborre-
cimiento , y entereza de mis enemigos : y ya
cansado de ser loco, y lo principal, afligido de
ver à mis padres en desdichada miseria , y
acongoxados con la poca esperanza de la cor-
reccion de mi indomito juicio , y mis malas
costumbres , determinè dexar para siempre à
Salamanca, y buscar en Madrid mejor opinion,
mas quietud , y el remedio para la pobreza
de mi casa. Omito referir la fundacion , y
extravagancias del Colegio del Querno , por-
que no son para puestas al publico tales lo-
curas. Solo dirè , que esta ridicula travесura
diò que reir en Salamanca , y fuera de ella,
porque los Colegiales eran diez , ò doce mo-
zos escogidos , ingeniosos , traviesos , y de-
dicados à toda huelga , y habilidad. Los Es-
tatutos de esta agudissima Congregacion estàn
impressos. El que los pueda descubrir , tendrà
que admirar , porque sus ordenanzas , aunque
poco prudentes , son utiles , entretenidas , y
graciosas. Oy viven todavia dos Colegiales,
que despues lo fueron Mayores , y oy son sa-
bios, astutos, y desinteresados Ministros de el
Rey. Otro està siendo exemplar de virtud en

una de las Cartuxas de España. Otro passò al Japon con la Ropa de la Compañia de Jesus: seis han muerto dichosamente corregidos; y yo solo he quedado por unico indice de aquella locura, casi tan loco, y delincuente como en aquellos disculpables años. Omito tambien las narraciones de otros enredos, y delirios, porque para su extension se necesitan largos tomos, y crecida fecundidad; y passò à referir, que dexè à mi patria, saliendo de ella sin mas equipages, que un vestido decente, y sin mas tren, que un borrico que me alquilò por pocos quartos un Arriero de Negrilla. Entrè en Madrid, y como en Pueblo que avia yà conocido otra vez, no tuve que preguntar por la posada de los que llevan poco dinero. Acomodème los tres, ò quatro dias primeros entre las xalmas del borrico en el Meson de la Media Luna de la calle de Alcalà, que fue el paradero de mi conductor, y en este tiempo hice las diligencias de encontrar casa, y plantè mi rancho en el escondite de uno de los casarones de la calle de la Paloma. Alquilè media cama, comprè un candelero de barro, y una vela de sebo, que me durò mas de seis meses, porque las mas noches me acostava à oscuras, y la vez que la encendia, me alumbrava tan brevemente, que mas parecia luz de relampago, que ilumi-

minacion de artificial candela. Añadi à estos ajuares un puchero de Alcorcon, y un cantaro, que llenava de agua entre gallos, y media noche en la fuente mas vecina; y un par de cuencas, que las arrebañava con tal detencion, la vez que comia, que jamàs fue necesario lavarlas: y este era todo mi vasar, porque las demás diligencias las hacia à pulso, y en el primer rincon donde me agarrava la necesidad. No obstante esta desdichada miseria, vivia con algun asèo, y limpieza; porque en un Pilon comun, que tenia la casa para los demás vecinos, lavava de quatro en quatro dias la camisa, y me plantava en la calle tan remilgado, y sacudido, que me equivocava con los que tenian dos mil ducados de renta. Padecì (bendito sea Dios) unas horribles hambres, tanto, que alguna vez me desmayò la flaqueza; y me tenia tan corrido, y acobardado la necesidad, que nunca me atrevì à ponerme delante de quien pudiesse remediar los ansiones de mi estomago. Huìa à las horas del comer, y del cenar, de las casas en donde tenia ganado el conocimiento, y grangeada la estimacion, porque concebía que era ignominia escandalosa ponerme hambriento delante de sus mesas. Yo no sè si esto era sobervia, ò honradèz: lo que puedo assegurar es, que de honrado, ò de sobervio me

me vi muchas veces en los brazos de la muerte.

Una de las primeras habitaciones, y la de mi mayor confianza, y veneracion que tratè en Madrid, fue la de Don Bartolomè Barban de Castro, oy Contador mayor de Millones. En èsta hacian una Tertulia virtuosa, y alegre los criados del Excelentissimo Señor Duque de Veraguas, y otros prudentes, y devotos sujetos, de los que fui tomando la doctrina de aborrecer el mal habito de mis locuras, y detenfados. Asegurava en esta casa en el agasajo de la tarde la xicara de chocolate, y me servia de alimento de todo el dia: y con este socorro, y el que hallè despues en casa de Don Agustín Gonzalez, Medico de la Real Familia, que fue el desayuno de la mañana, pasè algun tiempo sin especial molestia las rabiosas elcafezes, en que me avia puesto mi maldita temeridad. Aconsejome este famoso Físico, viendome vago, y sin ocupacion alguna, que estudiassè Medicina: y condescendiendo à su cariñoso aviso, madrugava à estudiar, y à comer en su casa; porque à la mia el pan, y los libros se assomavan muy pocas veces. Estudiè las Definiciones Medicas, los signos, causas, y pronosticos de las enfermedades, segun las pinta el Sistema antiguo, por un Compendio del Doctor

Chris-

Christoval de Herrera. Parlava de las especulaciones que leia con mi Maestro, y desde su boca, despues que recogia en la Conferencia lo mas escogido de su explicacion, partia al Hospital, y buscava en las camas el enfermo sobre quien avia recargado aquel dia mi estudio, y su cuidado. De este modo, y conduciendo de caritativo, ò de curioso el barreñon de sangrar de cama en cama, y observando los gestos de los dolientes, salí Medico en treinta dias; que tanto tardè en poner en mi memoria todo el Arte del Señor Christoval. Leí por Francisco Cipeyo el Sistema reciente: y creo que lo penetrè con mas felicidad que los Doctores que se llaman Modernos; porque para la inteligencia de esta pintura es indispensable un conocimiento practico de la Geometria, y de sus figuras, y èsta la ignoran todos los Medicos de España. Lllamanse Modernos entre los ignorantes; y han podido persuadir, que conocen el semblante de esta ingeniosidad, sin mas diligencia, que trasladar el Recetario de los Autores nuevos. El que pensare que escribo sin justicia, hable, ò escriba, que yo le demostrarè esta innegable verdad. El saber yo la Medicina, y averme hecho cargo de sus obligaciones, poco fruto, y mucha falibilidad, me aflustò tanto, que hice promessà à Dios de no practi-

G

car-

carla, sino es en los lances de la necesidad, y en los casos que juré quando recibí el Grado, y el Examen. Solo professan la Medicina los que no la conocen, ni la saben, ò los que hacen ganancia, y mercancia de sus rècipes. Esto parece satira, y es verdad tan acreditada, que tiene por restigos à todos, y los mismos que comen de esta dichosa, y facilissima Ciencia. Con los socorros diarios de estas dos casas, y con la amistrad de un Bordador, que me permitia bordar en su Obrador gorros, chinelas, y otras baratijas, que se despachaban à los primeros precios en una tienda portatil de la Puerta del Sol, vivia mal comido; pero juntava para calzar un par de zapatos, y ponerme unos decentes calzones, y alguna chupa sacada del Portal del Mercader. Entre las amistades de este tiempo ganè la piedad de Don Jacobo de Flon, el que se inclinò à mi, con el motivo de hablarme, y verme exercitar algunas habilidades en una concurrencia, donde por casualidad nos juntamos. Ofreciòme su poder; y agradecido, y deseoso de que mis Padres tuviesen por mi mano algun alivio en sus repetidas desgracias, le roguè, que se acordasse de ellos, y que no se lastimasse de mis miserias: que yo era mozo, y podia resistir los ceños de la fortuna, y que la vejez de los que me criaron no

tenia armas con que contrarestar sus impiedades. Movido de la lastima, y de mis honradas sùplicas, me diò la Patente de Visitador del tabaco de Salamanca, que dexo dicha en el resumen de la vida de mi Padre, y en ella todos mis consuelos, descuidos, y venturas.

Ya mi inconstancia me traia con la imaginacion inquieta, y cabilosa, trazando artificios para buscar nuevas tarèas, entretenimientos, y destino. Pensava unas veces en retirarme de la Corte à ver mundo, otras en meterme Frayle, y algunas en bolverme à mi casa. Rebolviòme los cascos, y puso à mi cabeza de peor condicion la compania de un Clerigo Burgales, tan buen Sacerdote, que empleava los ratos ociosos en introducir tabaco, azucar, y otros generos prohibidos: y oliendo este, que mi docilidad estaria pronta para seguir sus riesgos, aventuras, y despropósitos, me aconsejó que lo acompañasse à sus ociosidades, y entretenimientos, ofreciendo, que me daría una mitad de las ganancias; y para salir de Madrid, armas, cavallo, y capotillo. Yo, sin pararme en considerar el extravío, el riesgo, y el fin, le solté la palabra de seguirle, ayudarle, y exponer mi vida à las inclemencias, rigores, y tropelias, que forzosamente se figuen à tan estragado despeño. La misericordia de Dios, que

la usó con los mas rebeldes à sus avisos, estorvò tan infame determinacion, apartando mi vida de los insolentes riesgos en que la quiso poner mi loco despecho, y maldita docilidad. Por el medio mas raro, y estupendo que es imaginable, me librò su Magestad de las Galeras, de un balazo, de la carcel perpetua, de el Presidio, ò de el Castillo de San Anton, adonde fue à parar mi devoto Burgales. Bendita sea su benignidad, y su paciencia! Escrivirèlo con la brevedad possible, porque es el caso menos impertinente de esta Historia.

Yà estava yo puesto de xacaro, vestido de baladron, y rebentando de gancho, esperando con necias ansias el dia en que avia de partir con mi Clerigo Contravandista à la solitud de unas Galeras, ò en la horca, en vez de unos talegos de tabaco, que (segun me dixo) aviamos de transportar desde Burgos à Madrid, sin licencia del Rey, sus Celadores, ni Ministros: y una tarde muy cercana al dia de nuestra delincente resolucion, encontrè en la calle de Atocha à Don Julian Casquero, Capellan de la Excelentissima Señora Condesa de los Arcos. Venia èste en busca mia, sin color en el rostro, poseido del espanto, y lleno de una horrorosa cobardia. Estava el hombre tan trèmulo, tan pagizo, y tan arrebatado, co-
mo

mo si se le huviera aparecido alguna cosa sobrenatural. Balbuciente, y con las voces languidas, y rotas, en ademàn de enfermo que habla con el frio de la calentura, me diò à entender, que me venia buscando, para que aquella noche acompañasse à la señora Condesa, que yacia horribilmente atribulada con la novedad de un tremendo, y extraño ruido, que tres noches antes avia resonado en todos los centros, y extremidades de las piezas de la casa. Ponderòme el tristísimo pavor que padecian todas las criadas, y criados; y añadió, que su Ama tendria mucho consuelo, y serenidad en verme, y en que la acompañasse en aquella insoportable confusion, y tumultuosa angustia. Prometì ir à besar sus pies sumamente alegre, porque el padecer yo el miedo, y la tubacion, era dudoso, y de cierto assegurava una buena cena aquella noche. Llegò la hora; fui à la casa, entraronme hasta el Gavinete de su Excelencia, en donde la hallè afligida, pavorosa, y rodeada de sus Asisientas, todas tan palidas, inmobiles, y mudas, que parecian estatuas. Procurè apartar con la rudeza, y desenfado de mis expresiones, el assombro que se les avia metido en el espiritu: ofrecì rondar los escondites mas ocultos; y con mi ingenuidad, y mis promessas, quedaron sus corazones mas tratables.

bles. Yo cenè con sabroso apetiro à las diez de la noche; y à esta hora empezaron los Lacayos à facar las camas de las habitaciones de los criados, las que tendian en un salon, donde se acostava todo el monton de familiares, para sufrir sin tanto horror con los alivios de la sociedad el ignorado ruido que esperavan. Capitulóse à bulto entre los timidos, y los inocentes à este rumor por juego, locura, y ejercicio de Duende, sin mas causa, que aver dado la mania, la precipitacion, ò el antojo de la vulgaridad este nombre à todos los estrepitos nocturnos. Apiñaron en el salon catorce camas, en las que se fueron mal metiendo personas de ambos sexos, y de todos estados. Cada una se fue desnudado, y haciendo sus menesteres indispensables con el recato, decècia, y silencio mas pòsible. Yo me apoderè de una silla, puse à mi lado una hacha de quatro mechas, y un espadon cargado de orin; y sin acordarme de cosa de esta vida, ni de la otra, empecè à dormir con admirable serenidad. A la una de la noche resonò con bastante sentimiento el enfadoso ruido: gritaron los que estavan empanados en el paitelòn de la pieza: despertè con prontitud, y oì unos golpes vagos, turbios, y de dificultoso examen en diferentes sitios de la casa. Subì, favorecido de mi luz, y de mi es-

padon, à los desvanes, y azotèas, y no encontrè fantasma, esperezo, ni bulto de cosa racional. Bolvieron à mecerse, y repetirse los porrazos: yo tornè à examinar el parage donde presumì que podian tener su origen, y tampoco pude descubrir la causa, el nacimiento, ni el actor. Continuava de quarto en quarto de hora el descomunal estruendo; y en esta alternativa durò hasta las tres y media de la mañana. Once dias estuvimos escuchando, y padeciendo à las mismas horas los tristes, y tonitruosos golpes: y cansada su Excelencia de sufrir el ruido, la descomodidad, y la vigilia, tratò de esconderse en el primer rincon que encontrassè vacio, aunque no fuesse abonado à su persona, grandeza, y familia dilatada. Mandò adelantar en vivas diligencias su deliberacion; y sus criados se pusieron en una precipitada obediencia, yà de reverentes, yà de horrorizados con el suceso de la ultima noche, que fue el que dirè.

Al prolixo llamamiento, y burlona repeticion de unos pequeños, y alternados golpecillos que sonavan sobre el techo del salon donde estava la tropa de los aturdidos, subì yo, como lo hacia siempre, yà sin la espada, porque me desengañò la porfia de mis inquisiciones, que no podia ser viviente racional el artifice

de aquella espantosa inquietud: y al llegar à una crugia, que era quartel de toda la chusma de librea, me apagaron el hacha, sin dexar en alguno de los quatro pavilos una morcena de luz, faltando tambien en el mismo instante otras dos que alumbraban en unas lamparillas en los extremos de la dilatada habitacion. Retumbaron, inmediatamente que quedè en la obscuridad, quatro golpes tan tremendos, que me dexò sordo, asombrado, y fuera de mi lo irregular, y desentonado de su ruido. En las piezas de abaxo, correspondientes à la crugia, se desprendieron en este punto seis quadros de grande, y pesada magnitud, cuya Historia era la Vida de los siete Infantes de Lara, dexando en sus lugares las dos argollas de arriba, y las dos escarpas de abaxo, en que estavan pendientes, y sostenidos. Inmobil, y sin uso en la lengua, me tirè al suelo; y ganando en quatro pies las distancias, despues de largos rodèos, pude atinar con la escalera. Levantè mi figura; y aunque posseido de el horror, me quedò la advertencia para baxar à un patio, y en su fuente me chapucè; y recobrè algun poco de el sobresalto, y el temor. Entrè en la sala, vi à todos los contenidos en su ojaladre abrazados unos con otros, y creyendo que les avia llegado la hora de su muerte. Supliqué

à la Excelentísima, que no me mandasse bolver à la solitud necia de tan escondido portento: que yà no era buscar defengãos, sino desesperaciones. Así me lo concedió su Excelencia, y al dia siguiente nos mudamos à una casa de la calle del Pez, desde la de Foncarral, en donde sucedió esta rara, inaveriguable, y verdadera historia. Dexo de referir, yà los preciosos chistes, y los risibles fustos que pasaron entre los medrosos de el salón; y yà las agudezas, y las gracias, que sobre los assumptos del espanto, y la descomodidad se le ofrecieron à Don Eugenio Gerardo Lobo, que era uno de los encamados en aquel hospital del aturdimiento, y el espanto: y passo à decir, que su Excelencia, y su caritativa, y afable familia se agradaron tanto de mi prontitud, humildad, y buen modo, (fingido, ò verdadero) que me obligaron à quedar en casa, ofreciendome su Excelencia la comida, el vestido, la posada, la libertad, y lo mas apreciable, las honras, y los intereses de su proteccion. Aceptè tan venturoso partido, y al punto partí à rogar à mi Clerigo Contravandista, que me soltasse la palabra que le avia dado de ser compañero en sus peligrosas aventuras, porque me prometia mas seguridad esta conveniencia, mas honor, y mas duraciones, que las de sus fatales derrumbade-

ros. Consintió pesaroso à mi instancia : èl se fue à sus desdichados viages, y en uno de ellos lo agarrò una Ronda , que le puso el cuerpo por muchos años en el Castillo de San Anton: yo me quedè en la casa de esta Señora quieto, honrado, seguro, y dando mil gracias à Dios, que por el ridiculo instrumento de este Duende, ò Fantasma, ò nada, me entrefacò de la melancolica miseria , y de las desventuradas imaginaciones en que tenia atollado el cuerpo , y el espiritu. Estuve en esta casa dos años , hasta que su Excelencia casò con el Excelentissimo Señor Don Vicente Guzmàn , y fue à vivir à Colmenar de Oreja. Yo pasè à la del Señor Marquès de Almarza , con el mismo hospedage , la misma estimacion , y comodidad : y en estas dos Casas me hospedè solamente despues que me echò el Duende del angustiado casaron de la calle de la Paloma. Vivía entretenido, y retirado, leyendo las materias que se me proporcionavan al humor , y al gusto , y escribía algunos Papelillos, que se los tirava al publico, para ir reconociendo la buena , ò mala cara con que los recibia. Passaron por mi estos, y otros sucessos (que es preciso callar) por el año de mil setecientos y veinte y tres , y veinte y quatro : y aviendo puesto en el Pronostico de este la nunca bien llorada muerte de

Luis

Luis Primero, quedè acreditado de Astrologo, de los que no me conocian , y de los que no creyeron , y blasfemaron de mis Almanagues. Padió esta prolacion la enemistad de muchos majaderos , ignorantes de las licitas , y prudentes congeturas de estos practicos, y prodigiosos artificios, y observaciones de la Filosofia, Astrologia, y Medicina. Unos quisieron hacer delinquente al Pronostico , è infame , y mal intencionado al Autor : otros voceavan, que fue casualidad lo que era ciencia ; y antojo voluntario, lo que fue sospecha juiciosa , y temor amoroso , y reverente : y el que mejor discurria , dixo que la prediccion se avia alcanzado por arte del demonio. Salieron Papeles contra mi ; y entre la turba se entremetió el Medico Martin Martinez con su *Juicio final de la Astrologia* , haciendo Protector de su Escrito al Excelentissimo Señor Marquès de Santa Cruz. Yo respondí con las *Conclusiones à Martin* , dedicadas al mismo Excelentissimo Señor, y otros Papeles , que andan impressos en mis Obras ; y quedò , si no satisfecho , con muchas señales de arrepentido. Serenòse la conjuracion; despreciò el vulgo las necias, è insolentes satiras, y salí de las uñas de los maldicientes sin el menor arañon en un assumpto tan triste, reverente, y expuesto à una tropelia rigurosa.

gurofa. Quedamos afidos de las melenas Martin, y yo; y desafiendome de sus garras, sali con la determinacion de visitar sus enfermos, y escribir cada semana, para las Gacetas, la historia de sus difuntos. Vióle perdido, considerando mi desahogo, mi razon, y la facilidad con que impresionaria al publico de los errores de su practica, en la que le iba la honra, y la comida. Echóme empeños, pidió perdones: yo cedí, y quedamos amigos.

Vino à esta fazon à ser Presidente del Real Consejo de Castilla el Ilustrísimo Señor Herrera, Obispo de Sigüenza; y aficionado à la soltura de mis Papeles, y à lo extraño de mi estudio; ò lastimado de mi ociosidad, y de lo peligroso de mis esparcimientos, mandò que me llevassen à su casa: y en tono de premio, de cariño, y ordenanza, me impuso el precepto de que me retirasse à mi País à leer à las Cathedras de la Universidad, y que volviesse à tomar el honrado camino de los Estudios. Dixome, que parecia mal un hombre ingenioso en la Corte, libre, sin destino, carrera, ni empleo, y sin otra ocupacion que la peligrosa de escribir inutilidades, y burlas para emborrichar al vulgo. Predicóme un poco, poniendome à la vista su desagrado, y mi perdicion: y me remató la platica con el pronóstico de una
ruin,

ruin, y desconsolada vejez, si llegava à ella; porque la fama, la salud, y el buen humor se cansarian; y à buen librar, me quedava sin mas arrimos, que una muleta, y una mala capa, expuesto à los muchos rubores, y escafo alivio que produce la limosna. Medroso à su poder, asustado del posible paradero en una mala ventura, y resentido de perder la alegre, y licenciosa vida de la Corte, prometí la restitution à mi Patria, y oponerme à qualquiera de las siete Cathedras raras, que entonces estavan todas vacantes, por hallarme sin medios, ni modo para seguir las eternas Oposiciones de las otras. Dióme muchas gracias, muchas honras, y muchas promessas con su favor, y su poderío: besè su mano, me echò su bendicion, y partí de sus pies asustado, y agradecido, triste, y temeroso, impaciente, y cobarde; y finalmente lleno de sustos, confusiones, y esperanzas. Los nuevos sucesos, acciones, y aventuras que passaron por mi en la nueva vida, à que me sujetè en Salamanca, lo verà en el siguiente, y penultimo Trozo de ella el que no estè cansado de las insipideces de esta leccion.

QUAR-

QUARTO TROZO DE LA VIDA DE DON
Diego de Torres, que empieza desde los treinta
años hasta los quarenta, poco mas,
ò menos.

QUando yo empezava à estrenar las fortunas, los deleytes, las abundancias, las monerías, y los dulcíssimos agasajos, con que lisonjean à un mozo mal entretenido, y bien engañado los juegos, las Comedias, las mugeres, los bayles, los jardines, y otros espectaculos aperecidos: y quando yà gozava de los antojos del dinero, de las bondades de la salud, y de las ligerezas de la libertad, poseyendo todos los idolos de mis inclinaciones sin el menor susto, estorvo, ni moderacion; porque ni me acordava de la Justicia, las enfermedades, las Galeras, la horca, los Hospitales, la muerte, ni de otros objetos de los que ponen la tristeza, el dolor, la fatiga, y otros sin sabores en el animo, salí de la Corte para entretexerme segunda vez en la nebulosa piara de los Escolares, adonde solo se trata del retiro, el encogimiento, la esclavitud, la porqueria, la pobreza, y otros melancolicos desasosos, que son ayudantes conducentes à la pretension, y la codicia de los honores, y las rentas. Vivía mal hallado, y

ra-

rabioso con esta inútil abstraccion, y muy aburrido con las consideraciones de lo empalagoso, y durable de esta vida: pero por no fallar à mi palabra, ni à la mania de los hombres, que juzgan por honor indispensable el cautiverio de una ocupacion violenta, en la que muchas veces ni se sabe, ni se puede cumplir, juré permanecer en ella contra todos los impetus de mi inclinacion.

Defenajava muchos dias à mis enfados, huyendo de las molestas circunspecciones del habito talar à las anchuras, y libertades de la Aldea: tratava con agasajo, pero sin confianza, à los de mi ropage. Iva paladeando à mi desabrimiento con las huelgas del País, los ratos que vacava de mis tareas escolasticas; y en los assuetos marchava à Madrid à buscar los alhagos de las diversiones, en que continuamente se hundía mi meditacion. Con estos pisitos, y otros muerdos que le tirava al Curso, fui passando hasta que la costumbre me hizo agradable, lo que siempre me proponia aborrecible. Luego que entré en Salamanca hice las diligencias de leer à la Cathedra de Humanidad; y sabiendo que estava empeñado en su lectura, y en su posesion, mi primer Maestro el Doctor Don Juan Gonzalez de Dios, desistí de el gusto, y la conveniencia que avia apren-

di-

dido en mi instancia. Yo queria esconder el hediondo nombre de Astrologo con el apreciable Apellido de Cathedratico de otra qualquiera de las disciplinas liberales; pero contemplando utilidad mas honrada la de no servir de estorvo al que me ilustrò con los primeros principios de la Latinidad, y las buenas costumbres, me rendì à quedarme atollado en el cenagoso mote del Piscator. Por este cortesano motivo determinè leer à la Cathedra de Mathematicas: hice mi pretension con irregularidad, y sin apetito à quedarme por Maestro, porque me gritavan las dulces grescas, las sabrosas bullas, los deleytes urbanos, y las licencias alegres de la Corte, que las apetecia en aquel tiempo con mas ansia, que todos los honores, y comodidades del mundo. Saliò otro Opositor à dicha Cathedra; y este esperaba mas felicidad en la multitud de los Votos, persuadido à que por sus años maduros, su encogimiento, su moderacion, y sus acciones juiciosas, ò impedidas, y à la vista de mis inquietudes, escandalos, y libertades, seria mas justo acreedor al premio, y à las aceptaciones. Trabajaron sobradamente mis enemigos, yà ponderando las virtudes del uno, yà las malicias, y los vicios del otro, y yà assegurado, que la tropelia de mi genio, y la poca sujecion de mi es-

espíritu produciria notables inquietudes en la pacifica union de los demás Doctores: y temiendo que yo podia aventajarle en las noticias de la Ciencia, ò en los lucimientos de los ejercicios, intentaron que no se leyese en publico, sino que nos comprometiessemos los dos Opositores à las serenidades de un Examen secreto. Resistìme poderosamente à esta novedad, diciendo con sobervia cautelosa, que no avia Examinadores tan oportunos que pudiesen sentenciar en nuestras habilidades, y aptitudes: ademàs de que mi intencion no era la de ser Cathedratico, sino la de hablar en publico, para desmentir à los que me avian marcado de ignorante, y cumplir con las prevenciones de los Edictos, que estos pedian una hora de leccion de puntos en el Almagesto de Ptolomeo, Argumento de los Opositores, y sufrir tercer examen en el Claustro pleno de la Universidad: que esto se avia de executar; y faltando al cumplimiento de alguna de estas circunstancias, ò à la mas venial providencia, ò costumbre de la Escuela en orden à la Oposicion de Cathedras, darìa parte al Rey, y le suplicaria que me permitiese leer en los patios, yà que se tratava de cerrar los Generales. Serenòse con mi resistencia, y mi razon la mañosa novedad, que quiso introducir la debil Con-

gregacion de algunos miembros descarriados de aquel robustísimo, y sapientísimo Senado. Tomè puntos la vispera de Santa Cecilia del año mil setecientos y veinte y seis: elegì de los tres, que se encargan à la suerte, y ventura, explicar el segundo, que fue el movimiento de Venus en el Zodiaco, y al dia siguiente, al cumplir las veinte y quatro horas del termino prescripto por las leyes de la Universidad, marchè à las Escuelas Mayores con algun miedo, mucha desvergüenza, y culpable satisfaccion.

Para expresar con alguna viveza los estre-
mados regocijos, los locos aplausos, y las incre-
cibles aclamaciones que hizo Salamanca en
esta ocasion en honra del mas humilde de sus
hijos, era mas decente otra pluma mas libre,
menos sospechosa, y mas autorizada que la
mia; pues aunque ninguna de las que oy bue-
lan en el publico es mas propensa à la claridad
de las verdades, que la que yo gobierno; no
obstante en las causas tan proprias se descuida
insensiblemente el amor interessado. Pero,
pues este lance es el mas digno, y mas honrado
de mi Vida, y no es oportuno solicitar à otro
Autor que lo escriba, lo referirè con la menor
jactancia, y vanagloria que pueda. A las nueve
de la mañana fui à entrar en el General de Ca-

nonas de las Escuelas Mayores, y à esta hora
estavan las barandillas ocupadas de los Cava-
lleros, y graduados de el Pueblo, y los bancos
tan cogidos de las gentes, que no cabia una
persona mas. En este dia faltaron todas las
ceremonias que se observan indefectibles en
estos Concurfos, y exercicios. Los Rectores de
las Comunidades Mayores, y Menores, y sus
Colegiales, estavan en pie en los vacios que
encontraron. Los plebeyos, y los Escolares ya
no cabian en la linea del patio frontero al Ge-
neral, y los demàs angulos, y centro estavan
quaxados de modo que llegava la gente hasta
las puertas que salen à la Iglesia Cathedral. El
Auditorio seria de tres à quatro mil personas,
y los distantes, que no podian oir, ni aun ver,
otros tantos. Nunca se viò en aquella Univer-
sidad, ni en funcion de esta, ni otra classe un
concurso tan numeroso, ni tan vario. A empu-
jones de los Ministros, y Vedeles entrè à esta
hora, condenado à estàr expuesto à los ojos, y
à las murmuraciones de tantos, hasta las diez
en punto, que era la hora de empezar. Subì à
la Cathedra, en la que tenia una Esfera armi-
liar de bastante magnitud, compases, lapiz,
reglas, y papel, para demonstrar las doctrinas.
Luego que sonò la primera campanada de las
diez, me levantè; y sin mas arengas que la

señal de la Cruz, y un Distico à Santa Cecilia, cuya memoria celebrava la Iglesia en aquel dia, empecé à proponer los puntos, que me avia dado la suerte; los que estendí con alguna claridad, y belleza, no obstante de estår remotísimo de las frases de la Latinidad. Concluí la hora sin angustia, sin turbacion, y sin aver padecido especial fusto, encogimiento, ni desconfianza; al fin de la qual resonaron repetidos Vitores, infinitas alabanzas, y amorosos gritos, durando las entonaciones plausibles, y la alegre gritería casi un quarto de hora: celebridad nunca escuchada, ni repetida en la severidad de aquellos Generales. Serenóse el rumor del aplauso; y en la proposicion de titulos, y meritos, que es costumbre hacer, mezclè algunas chanzas ligeras (que pude escusar) pero las recibió el Auditorio con igual gusto, y agasajo. Arguyóme mi Coopositor; y entre los silogismos le ofrecieron otros chistes, que no quiero referir, por repetidos, y celebrados entre las gentes, y porque no encuentro yo con el modo de contar gracias mias, sin incurrir en el necio deleyte de una lisonja risible, y una vanidad muy desgraciada. Finalizóse el Acto, y bolvió à sonar descompasadamente la vocería de los Vitores, y continuando con ella, me llevò sobre los brazos hasta mi casa una tropa de

de Estudiantes, que assombravan, y aturdián las calles por donde ivamos passando. Esta aceptacion, y universal aplauso hizo desmayar à mis enemigos en las diligencias de obscurecer mi estudio, y destruir mi opinion, y mi comodidad. Passados tres dias tuvo su exercicio mi Coopositor: llenò su hora, y quedò el Auditorio en un profundo silencio. Antes de poner el primer silogismo (mirando à la Universidad que estava en las varandillas) dixè, que me diese licencia para arguir fuera de los Puntos, porque no avia leído à ellos el que estava en la Cathedra, pues aviendole tocado leer de los Ecliptes de la Luna, avia hecho toda su Leccion sobre la Tierra, disputando de su redondèz, magnitud, y estabilidad: y añadì, que le mandasse baxar, que yo subiria à leer de repente. Fue locura, soberbia, y fanfarronada de mozo; pero lo huviera cumplido. Arguí finalmente à los Puntos de su estudiada Leccion: precipitòme la poca consideracion de mancebo à soltar algunos equívocos, y raterías: y acabado el argumento (porque dixo el Opositor, que se dava por concluido) sonaron otra vez muchos Vitotes à mi nombre, y cayeron horrosos silvos, y befas sobre mi desdichado Opositor. La moderacion humilde, y el disimulo prudente, y provechoso, que se deve ob-

observar en las alabanzas propias, le están regañando à mi pluma las sobervias, y presuntuosas relaciones de este suceso; la integridad de la obra, y la disculpable ambicion à los decentes aplausos, me empujan tambien à describir con alguna distincion la multitud de sus mayores circunstancias: pero pues he determinado callar algunas, concluirè las que pertenecen à este asunto con mas aceleracion, y mas miseria. Faltò pues el Examen de las Facultades Mathematicas en el Claustro pleno, para hacer cabal la funcion. Yo sè el motivo de este defecto, y sè tambien, que es importante no decirlo. Votòse entre setenta y tres Graduados, que tanto era el numero de los Doctores, y tuve en mi favor setenta y uno. Mi Coopositor tuvo un voto, y el otro se encontró arrojado de la caxa. Estavan las Escuelas, y las calles vecinas rodeadas de Estudiantes gorriones, cargados de armas, y esperando con mas impaciencia que los Pretendientes, la resolución de la Universidad: y luego que la declaró el Secretario, dispararon muchas bocas de fuego, saltaron las campanas de las Parroquias inmediatas, echaron muchos cohetes al ayre, y me acompañò hasta casa un tropel numeroso de gentes de todas esferas, repitiendo los vivas, y los honrados alaridos sin cessar un punto. A la

noche siguiente salió à cavallo un esquadron de Estudiantes, hijos de Salamanca, iluminando con hachones de cera, y otras luces un tarjeton, en que iba escrito con letras de oro sobre campo azul mi Nombre, mi Apellido, mi Patria, y el nuevo titulo de Cathedratico. Pusieron luminarias los vecinos mas miserables, y en los miradores de las Monjas no faltaron las luces, los pañuelos, ni la voceria. Alternavan Musicas, y Vitores por todos los barrios, y pareció la noche un dia de juicio. Este fue todo el suceso; y todo este clamor, aplauso, honra, y griteria hizo Salamanca por la gran novedad de ver en sus Escuelas un Maestro rudo, loco, ridiculamente infame, de extraordinario genio, y de costumbres sospechosas. Cada hora se escuchan en aquellas Aulas doctissimas Lecciones, y admirables proyectos de Escolares prudentes, ingeniosos, y aplaudidos; y cada dia se ven empleados en las Cathedras, Obispos, y Garnachas excelentes, sugetos de singular virtud, ciencia, y conducta; y con ninguno ha hecho semejantes, ni tan repetidas aclamaciones. Averiguen otros la razon, ó deslumbramiento de este vulgo, mientas yo le doy con esta memoria nuevas gracias, y me quedo con singulares gratitudes.

Mas docil, mas erguido, y mas sesudo que lo
que

que yo esperaba de mi cabeza, empecè la nueva vida de Maestro, enseñando con quietud, cariño, y seriedad à una gran porcion de oyentes, que se arrimaron à mi Cathedra los primeros Cursos: quiza presumiendo, que entre las Lecciones Mathematicas avia de rebolter algunas coplas, ò ingeniosidades del chacorro espiritu que todos han presumido en mi humor, gobernandose por las violentas, y burlonas majaderias de mis Papeles. Fuese por esta causa, ò por la de probar los fundamentos, y principios en que estriva un estudio tan misterioso, temido, y olvidado, yo logrè ver muchas veces lleno de curiosos à mi General en la hora que explicava. Los cosarios à escribir la materia siempre fueron pocos; pero en el numero de entrantes, y salientes puedo contar à todos los mancebos que embian sus padres à seguir otras Ciencias, que dan mas honra, y mas dinero, pero menos descanso, y mas peligro. Nunca se oyeron en mi Aula las bufonadas, gritos, y perdiciones del respeto, con que continuamente estàn aburriendo à los demàs Cathedraticos los enredadores, y mal criados discipulos. A los mios les advertì, que aguantaria todos los postes, y preguntas que me quiesesen hacer, y dar sobre los argumentos de la tarde; pero que tuviese crei-

creido el que se quisiera entrometer à gracioso, que le romperia la cabeza, porque yo no era Cathedratico tan prudente, y sufrido, como mis compañeros. Un salvage ocioso, hombre de treinta años, cursante en Theologia, y en deshonestidades, me soltò una tarde un equivoco fucio; y la respuesta que llevò su atrevimiento, fue tirarle à los hocicos un compàs de bronce (que tenia sobre el tablon de la Cathedra) que pesava tres, ò quatro libras. Su fortuna, y la mia estuvo en baxar con aceleracion la cabeza; y esta mañosa prisa lo librò de arrojar en tierra la meollada. Este disparate puso à los asistentes, y mirones en un miedo tan reverencial, que nunca bolviò otro alguno à arguirme con gracias. Continuava sin pesar desacomodado los Cursos en mi Universidad; y los veranos, y vacaciones huia de las seriedades de la Escuela, à desenojarme del encogimiento, y tristeza Escolastica à Madrid, y à Medina-Coeli, adonde me hospedava con gusto, con regalo, y sin ceremonia mi intimo amigo Don Juan de Salazar, que yà descansaba en paz. Passavan sin sentir por mi los dias, y los años, dexandome gustoso, sin desazon, sin achaques, y entretenido con las muchas diversiones que se me ofrecian en los viages, en la Corte, y en la casa de este, y otros amigos de

de mi humor, de mi cariño, y de todo mi genio. Era Don Juan de Salazar (que fue el que me arrastrava entonces, mas que otro, todo mi cuidado, y amor) un Cavallero discretisimo, sabio, alegre, y aficionado à la varia lectura; inteligente en los chistes de la Mathematica, en los entretenimientos de la Historia, en las delicadezas de la Filosofia, y en las severidades de la Jurisprudencia. Montava à cavallo con arte, con garbo, y seguridad: hacia pocos, pero buenos versos: era muy practico, y muy frequente en la campiña, en el monte, y en la selva: matava un par de perdices, un javalì, y un conejo con donaire, con destreza, y sin fatiga; y era finalmente buen professor de todas las Artes de Cavallero, de Politico, de Rustico, y de Cortesano. Viviamos muchas temporadas en una sabrosissima amistad, y ocupacion, yà en su Libreria, que era rica, escogida, y abundante; yà en el monte en el dulce cansancio de la caza, y en el estrado de su muger Doña Joaquina de Morales, mi señora, donde sonavan los versos, la conversacion, los instrumentos musicos, y toda variedad de gracias, y alegrías. Representavanse entre nosotros, los familiares, y vecinos, diferentes Comedias, y piezas Comicas (que algunas están en mi segundo Tomo de

Poe-

Poesias) en los dias señalados por alguna celebridad Ecclesiastica, politica, ò de nuestra eleccion. Escrivia tambien, yà en los ratos que le sobravan à mis deleites, yà por las posadas, por huir siempre del ocio, por burlarme del mundo, y por juntar moneda, los Papelillos que oy se van cosiendo en Tomos grandes. De las sátiras que arrojavan contra ellos, y contra mi, hacia tambien divertimiento, risa, y chanzoneta. Burlavame de ver sus Autores cargados de embidia, y de laceria, mas que de razon, intentando quitarme el sosiego, la libertad, y el aplauso. Alegravame mucho siempre que me soltavan algunos Papelones maldicientes, porque al instante se seguia la mayor venta de mis Papeles, y el especial regocijo de ver sus Autores encorajados, è iracundos contra un mozo picaron, que se le dava un ardite de toda Constantinopla.

Lleno de risa, y de desprecio contra la necedad de estos furiosos, y provocativos salvajes; rodeado de los requiebros de los aficionados à mis boverias; embevido en la variedad de gustos, y festejos; con bastantes abundancias de fortuna; y sin conocer la cara al sinsabor, al mal, ni al quebranto, vivì cinco años, que fueron los intermedios desde que entré en la Cathedra, hasta que recibí el Grado de

Doc-

Doctor. Detuveme en proporcionarme à tan honroso empleo, por estàr mas desatado para mis aventuras, porque considerava como estorvo impertinente à mis correrías, la sujecion à los Claustros, à las fiestas, à las Conclusiones, y otros encargos de este apreciablesimo carácter. Medroso à las Leyes, y Estatutos, que mandan despojar de los titulos, y rentas de Maestro al que no se gradúa en determinado tiempo, huve de rendirme à las ordenanzas, y al cumplimiento de las obligaciones con bastante dolor de mis altanerías. Tomè el Grado el Jueves de Ceniza del año de mil setecientos y treinta y dos, en el que no hubo especialidad que sea digna de referirse: solo que el Martes antes, que lo fue de Carnestolendas, saliò à celebrarlo con anticipacion festiva el Barrio de los Olleros, imitando con una mogiganga en borricos el pasèo, que por las calles publicas acostumbra hacer la Universidad con los que gradúa de Doctores. Ivan representando las Facultades sobrevestidos con variedad de trapajos, y colores: llevaban las trompetas, y tamborilillos los Vedales, Reyes de Armas, y Maestros de Ceremonias; y concluyeron la festividad, y la tarde con la corrida de Toros, con que se rematan los serios, y costosos Grados de aquella

Es-

Escuela. Dixose entonces, que yo iba tambien entre los de la mogiganga, disfrazado con mascarilla, y con una ridicula Borla, y Muceta azul; pero dexemoslo en duda, que el descubrimiento de esta picardiguela no ha de hacer desmedrada la Historia. Con la circunspeccion en que me meti, y con la mayor quietud à que me sujetè, empezaron à engordar mis humores, à circular la sangre con mas pereza, à llenarse de cocimientos errados el estomago, y à rebutirse los hipocondrios de impurezas crudas, de tristisimos humos, y de negras afecciones. Subieron à ser males penosos todas estas indisposiciones desde el dia veinte de Enero del año de treinta y dos, que pasè à las inclementes injurias del ayre, y la nieve en el Puerto de Guadarrama en los montes que tiene el Conde de Santistevan entre las Navas, y Valdemaqueda. Dirè brevemente el suceso. Yo perdí el camino: y al anochechar roguè à un Pastor, que venia de una de las casas de los Guardas de aquel sitio, que me pusiese en la Calzada Real. Recibi erradas las señas; y despues de aver dexado el carril, que seguia à la distancia que el Pastor me dixo, entrè en otra carretera bastante trillada, y reducida. Caminamos sumidos en el rebozo de la capa mi

cria,

criado, y yo, huyendo el azote de el ayre, y la nieve, y à corto trecho de mi, oygo un grito luyo, que dixo: *Señor, que me ha tragado la tierra.* Rebolvíme con promptitud para socorrerle, y al tomar media buelta sobre la derecha, se hundiò mi cavallo con un estruendo terrible, y diò conmigo en tierra, lastimandome con curable estrago todo un muslo. Sali como pude; y à pesar de las obscuridades de la noche percibi que avia sacado mi cavallo una pierna atravesada de unos clavos de hierro, introducidos en dos trancas horrorosas de madera, à quien llaman cepos los cazadores de los lobos. Acudí à mi criado, y lo hallè tendido debaxo de su animal, que estava tambien cogido en otro cepo. Hice muchas diligencias para ver si podia quitarles las pesadas cormas; y como en mi vida avia visto semejante artificio, no encontrè con los medios de librar de èl à mis cavallos. Medrosos de no caer en otras trampas, y desesperados de no poder levantar del suelo à nuestros animales, hicimos rancho, expuestos toda la larga noche à los rigores, y asperezas del frio, y el viento. Con los pedernales de las pistolas, polvora, y los trapos de una camisa, que saqué de mi maleta, encendiamos lumbre; pero luego se nos bolvia à morir con la humedad. En esta tristis-

simia fatiga, y con el desconuelo de no oír ni un silvo, ni un cencerro, ni seña alguna de estàr cercanos à algun chozo, majada, ò alqueria, nos encontrò la luz de la mañana, à la que vimos el estrago, y perdida de nuestros rozinantes. Cargamos con nuestras maletas à pie; y à breve rato dimos con el Lobero: sacò este los pies de los cavallos de los cepos: reconocimos que el uno tenia cortados los musculos, nervios, y tendones de la pierna, y que el otro solamente los tenia atravesados. Guiònos à la casa de un Guarda, llamado el Calabrès, y en su chimenea nos reparamos del frio de la noche: nos diò para almorzar una gran taza de leche; puso para comer una estupenda olla con nabos, y tocino, y gracias à Dios passamos felizmente el dia. Muriò el un cavallo, y el otro se curò con mucha dificultad en las Navas; y en dos jacos de alquiler de este Lugar proseguimos nuestra derrota hasta Avila de los Cavalleros: y en la casa del Marquès de Villa-Viciosa acabè de combalecer de mi tormenta con sus favores, sus regalos, y mi conformidad.

Prologo fue de el libro de mis desgracias esta melancolica aventura: porque detras de ella se vino passò à passò mi ruidoso destierro, en el que padeci prolixas desconveniencias, irregulares sustos, y consideraciones infelices:

pero fui al mismo tiempo tan afortunadamente dichoso, que vi sobre mi una lastima universal de los nacionales, y estraños, una aclamacion increíble, y un amor tan honrado, que jamás aspirara à presumir. Si yo pudiera poner en esta escritura, sin irritar à los actores, y testigos, que todavia han quedado en el mundo, las particulares menudencias, y circunstancias que estoy deteniendo en mi pluma, creo que seria este passage el unico que pudiesse alguna enseñanza, algun gusto, y dilatada estimacion en esta Historia. Yo conozco que es importante, que esten ocultos los primeros principios, y muchas circunstancias de los medios, y los fines de este escandaloso suceso: por lo que determino contentar al Lector con instruirle de las verdades mas publicas, para que pueda entretenerse sin el resentimiento de los fabricantes de mi pasada penalidad. Es cierto que en los libros de las Novelas, ya fingidas, ya certificadas, y en los lances Comicos inciertos, ò posibles, no se encuentra aventura tan prodigiosa, ni tan honrada, como la que me arrojò à padecer los rigores de un largo, y enfadoso destierro. El que quisiere quedar instruido, registre algunos papeles mios, que con facilidad se tropiezan en las Librerias, y hallará (aunque rebueltos con estudiada confu-

sion)

sion) los motivos de mi ignominia, y mi desgracia. En las Dedicatorias de mis Almanques de los años de 34. y 35. hechas à los Excelentissimos Señores Marqués de Grimaldo, y Don Joseph Patiño, que aun duran en el Libro intitulado : *Extracto de Pronosticos de Torres*, està patente mi inocencia, y embozada con los rodeos de una astucia loable, la raiz principal de las conjuraciones que labraron mis desconfuelos, y desdichas. En dos membretes impressos en Bayona de Francia, el uno dictado por Don Juan de Salazar, compañero en la conturbacion, en la fatalidad, la fuga, y la fatiga; y el otro proferido por mi al Rey nuestro Señor, suplicando à su piedad con lastimosos, y rendidos ruegos, para que nos oyesse su justicia, aparecen tambien algunas luces de la clara verdad de este suceso. En estos Papeles, en la representacion que los Ministros hicieron à su Real Magestad, y en la confesion de Don Juan consta solamente, que provocado este Cavallero de las injurias de un Clerigo poco detenido, se dexò coger de las insolencias de la colera, y abochornado de sus azufres, tirò de la espada, y abrió con ella en los cascos del provocante un par de roturas de mediana magnitud. Dicen que fue el herido con las manos en la cabeza, no à curarse, sino à solicitar la ira

I

de

de un contrario poderoso , en cuya confianza, y valimiento apoyava su reprehensible temeridad. Arbitraron (para prevenir con mas eficacia sus rencores , y nuestras pesadumbres) que con las heridas frescas partiesse quexoso à informar al Presidente de Castilla. Así lo hizo el buen Sacerdote , y marchò colerico sanguino con las dos faltriqueras en los cascós, y ante su Tribunal dixo , que aquellas heridas se las avia impresso Don Juan de Salazar ; y añadió (falsamente) que Don Diego de Torres avia tenido la culpa. Este es todo el hecho publico, y esta es la historia que se cantava en aquel tiempo. Los antecedentes motivos , y crueles assechanzas , que pusieron à Don Juan en la precision de examinar ciertas osladias de el herido, y otras diligencias de sus alianzas, quedaràn encubiertas hasta el fin del mundo. Lo que yo asseguro, aora que estoy libre, y por la misericordia de Dios perdonado de las sospechas en que impusieron al animo piadoso de el Rey , es, que no consentí la menor tentacion, ni tuve la mas leve culpa en orden à las estocadas del Clerigo , ni hablè jamàs ni en chanza, ni en veras, ni con la insinuacion, ni con el deseo en semejante assunto : y en todos los ardidés, probanzas , y juramentos con que intentò la malicia destruir mi fidelidad , mi honor , y
bue-

buena correspondencia , juro por mi vida que fueron falsos ; y esto jurare à la hora de mi muerte. Deseo con ansia sacar à mi discurso de este atolladero : crea el letor lo que gustare, y venga se conmigo à saber (si le agrada) lo que yà puedo decir con verdad , con descanso , sin peligro, y sin ofensa.

Los que tomaron el corage, la voz, y los poderes de el herido, dieron cuenta al Rey, probando el delito sin nuestra confesion, examen, ni disculpa ; y temerosos de que la providencia regular nos pusiesse en prision , salimos de Madrid al Esquileo de Sonfote, y tres casás, en donde esperamos ocultos la resolucíon de la consulta. Llegò como mala nueva , breve , y compendiofa , sin aver padecido la mas leve detencion en el viage desde Sevilla (donde estava à esta sazón la Corte) hasta el Real Consejo. Contenia el Real Orden pocas palabras, porque solo mandava , que por ciertas causas fuesse Don Juan de Salazar por seis años al Presidio del Peñon , y Don Diego de Torres estrañado sin termino de los Dominios de España. Nos diò esta buena noticia el Clerigo caritativo de la cabeza rota , que à un tiempo le hacia su buen corazon parcial con el arrepentimiento de la injuria, y la venganza, y con la enemistad furiosa de nuestros contrarios , y

enemigos. Antes que las diligencias judiciales nos encontraran en donde pudieffen notificarnos el Real Decreto, huimos, aconsejados del temor, y la reverencia, del Esquileo de Sonfotó, con la deliberacion de no parar hasta la Francia. El dia doce de Mayo à las dos de la tarde salimos del expreffado lugar à cavallo; y con el alivio de seiscientos doblones, y dos criados, que nos servian con puntualidad, y con cariño. Llegamos al anochecer à la Granja del Pualar de Segovia, donde nos regalò, y consolò tres dias el V. Padre Don Luis Quilez, Procurador de aquella silenciosa Comunidad de vivientes bienaventurados. Dadas desde allí todas las prevenciones, è industrias para lograr los avisos, y las cartas, que informassen de nuestra vida, y nuestros negocios; y advirtiéndolo à los criados, que nos trataffen como amigos, y camaradas, trocados los nombres, el de Don Juan de Salazar en Bernardo de Bogarín, y el mio en Manuel de Villena, tomamos la bendicion de aquellos enterrados Religiosos, y nuestra derrota con alguna melancolia, pero felizmente conformes con los trabajos, y el paradero con que nos tenia amenazados el odio, y la fortuna. Enderezamos nuestro destino à la Francia; eran las Ermitas, y Conventos de Frayles nuestro refugio, sagrado, y abri-

go; y quando estos lugares no se proporcionavan à la regularidad de las jornadas, se disponia el rancho en las campañas; y sobre la tierra de Dios, que estava bien mullida de las lluvias, asentavamos los catres, los aparadores, y los repueños, que lo eran las mantas, y albardones de nuestros cavallos, que ivan bien almidonados de mataduras, y costrones. Los avisos frequentes, que nos dieron de la Corte, de que avian salido en nuestra solicitud varias Requiritorias, encargando à los Intendentes, Corregidores, ò Alcaldes de qualquiera Pueblo, que nos aprisionassen, y detuvieffen en el lugar donde pudiessemos fer avidos. En los mesones, en los Conventos, y otros parages, en donde nos cogia el medio dia, la noche, y la gana de comer, se mezclava nuestra astucia, y curiosidad en la conversacion de los peregrinos, los Arrieros, y otros concurrentes, preguntando; què avia de nuevo en Madrid? y entre las novedades salia al punto à danzar nuestra tragedia. Mormuravamos de nosotros mismos con quantos se nos ponian delante. Afeavanse las ligerezas de los hechos: maldecianse los escandalos de los delinquentes, y se glossava sobre el assunto con libertad extraordinaria. Nosotros atizavamos con dissimulo importante el fuego de la mormuracion, y es-

pecialmente quando el relator era algun critico aficionado à la poca caridad, ò algun hipocrita de los que quitan los creditos por amor de Dios, y las honras por el bien de las Almas. Divertia mucha parte de nuestros sustos, y desvelos este juguete, y la ridicula variedad con que oíamos referir nuestra lastimosa historia. Unos asseguravan, que nos vieron ahorcados; otros, que yà comiamos el bizcocho de munición en las Alucemas: y muchos se mantenian en la verdad de nuestra fuga. El suceso se contaba en cada sitio de diferente modo, y substancia. Decíase por unos, que una Dama principal era el agente, y motivo de nuestra desolación; por otros, que una Comedia satirica representada contra el Gobierno; y los mas asseguravan, que por aver muerto à un Cura, y herido à otro: y à estas mentiras las rodeavan de unas circunstancias tan infames, è impossibles, que mas nos producian la risa que el enfado. La ignorancia de nuestras personas puso tambien à muchos en una curiosidad aventurada, y à nosotros en nuevos, y evidentes peligros. En Burgos nos marcaron por Frayles Apostatas, porque en un Convento de aquella Ciudad nos oyeron arguir en Filosofia, y Theologia; y como esta accion era estraña del tragacorto, y picaresco, que elegimos para disimular-

larnos, se persuadieron los oyentes à que nuestro estudio, y modestia no podia salir de otro lugar que de los Claustros Religiosos. Entre los que no nos tratavan passamos plaza de Contravandistas, governando su presumpcion por los informes del vestido, del gesto, y de las armas. La pesadumbre con que caminavamos no era mucha; porque la esperanza de que llegaria (aunque tarde) el conocimiento de mi inocencia, y el perdon de la destemplanza de mi Amigo; el gusto de ir viendo Países nuevos, y gentes no tratadas; el alivio de los seis-cientos doblones, que llevavamos en nuestros bolsillos, y los buenos cavallos que nos sufrian, y autorizavan, nos ivan templando la mayor prolixidad de nuestras penas, enojos, y fatigas. No quiero poner aqui el monton de angustias que padecimos à ratos en nuestro viage, yà producidas del miedo de no dár en una prision, yà del cuidado que nos acosava el espiritu con la memoria de nuestras casas, y familias, porque no se me aburran los lectores con la vulgaridad de la relacion de unos lances tan indefectibles, que se los puede presumir el mas rudo: imagínelos el que lea, y quedará menos enojado con su discurso, que con la torpeza de mis enfadasas expresiones.

Llegamos à Bayona de Francia, y en esta Ciu-

Ciudad nos detuvimos algunos dias, esperando en las cartas los consuelos de alguna ternidad, y arrepentimiento de los conjurados, que se avian enardecido contra nuestra quietud. Nos certificaron los avisos de los Agentes de Madrid el mal estado de nuestra libertad, y las pocas esperanzas que por entonces podiamos tener en orden à reconciliarse los animos de los unos, y los otros: y mi Amigo, que llevaba al cuidado de su discrecion las resoluciones de las dos voluntades, determinò que al punto partièsemos à Paris. Hallò prompta mi obediencia, mi amistad, y mi gusto; y al dia siguiente marchamos, persuadidos à que el favor del Señor Marquès de Castelar, que se hallava Embaxador de España en aquella Corte, seria el unico medio, y remedio contra las adversidades que nos empezavan à perseguir. Reconociendo con puntualidad las Ciudades, Caferiòs, y Villages intermedios, llegamos à Burdeos, en donde nos encontrò un criado de Don Juan, que traia cartas mas recientes que las que recibimos en Bayona. Tuvo con ellas la mala novedad de que le avian embargado sus bienes, y que los enemigos adelantavan à tal extremo sus rencores, que avian irritado sumamente à los Jueces; y por ultimo le persuadian à bol-

ver-

verse à España à presentarse à la Justicia, porque este solo era el unico modo de bolverse à su hacienda, casa, y opinion. Con este aviso, y este consejo mudò el proposito de continuar las jornadas à Paris, consultando conmigo sus deliberaciones: y como yo no me avia quedado con mas obligacion, ni mas voluntad que la de conformarme à sus ideàs, assenti en esta sin la menor repugnancia, ni disputa. Cargaron sobre Don Juan todas las resoluciones, y las diligencias judiciales; porque como era publico, que mis muebles no podian valer para pagar un Alguacil, ni mis raices para satisfacer un Pedimento, ni mi persona podia ser util sino para añadir un estorvo à la carcel, y un comedero mas à la Cofradia de la Misericordia, no se acordaron de ella para nada. Don Juan embargado, y yo sin embargo, nos bolvimos desde Burdeos para España con el dolor de las malas nuevas de nuestra libertad, y con el sentimiento de no yèr à Paris, adonde nos guiava aun mas el gusto, que la esperanza de nuestros alivios. A entender en los medios, y las astucias de no ser sorprendidos de las Rondas de las Aduanas, à cuya estratagemas, y desvelo estava cometida nuestra prision; y à imprimir los dos Memoriales, de que ya hice memoria en los

par-

parrafos antecedentes, parámos segunda vez en Bayona. Desde alli remitimos à Sevilla (donde à esta fazon estava la Corte) trescientos Memoriales à diferentes Señoras, Señores, Ministros, y Agentes, para que sollicitassen el buen despacho de nuestras suplicas, que todas se encaminavan à que el Rey nos oyese en justicia, y que se nos examinasse en el Tribunal que su piedad, y su rectitud se dignasse de elegir. La resulta fue, que à Don Juan se le oyese en justicia: y mi nombre no pareció para nada en el decreto. Disfrazados en el traje de Arrieros (que esta fue la resolucion que pensamos por oportuna para escaparnos de las Rondas) con los vestidos de unos Mercaderes de Fuentelaencina, que casualmente tropezamos en Bayona, salimos de ella, capitulando llegar à un tiempo mismo à su Lugar, y satisfacer en las Aduanas los derechos que se pagan al Rey por los generos estraños. Ellos galanamente adornados con nuestros vestidos, y cavallos, y nosotros forvados en unos coletos mugrientos, en mangas de camisa, con los botines abigarrados, la vara en el cinto, governando los ramales de seis mulos, y gruñendo votos, y porvidas, nos desaparecimos de Bayona por diferentes carriles, sin mas diferencia que una hora de tiem-

tiempo. Fuimos passando por los Lugares donde paravan las Requisitorias: nos encontramos muchas veces con las Rondas, y ninguno de los Jueces, ni de los Guardas nos pudo descubrir, ni aun sospechar, porque es cierto que ivamos discretamente disfrazados. Con dos horas de diferencia (sin avernos acaecido aventura singular en el viage) llegamos à Fuentelaencina, entregamos los machos, los generos, y la cuenta, y dimos mediana razon de nuestras personas, y muchas gracias à los Mercaderes. Despedidos de ellos, discurrió mi amigo en que el medio mas seguro para empezar à tratar de nuestro negocio era el dividirnos: en esto quedamos, y Don Juan se cargó con el cuidado de asistir à mi Madre, y darla quinientos reales cada mes; lo que cumplió como Cavallero, y hombre de bien, que sabía mi inocencia, y la injusticia que los enemigos me avian hecho en quitarme la opinion, la comida, y la libertad. Engendró en los contrarios algunos zelos esta liberalidad; pero sepan los que oy viven, que despues que bolví de mi destierro à mis honores, y à mis conveniencias, pagué à Don Juan toda la cantidad con que su garvoso genio remedió la desventura en que mi Madre quedava: y aunque no lo dió con el fin de la cobranza, yo lo recibí con

con el deseo de la satisfaccion.

Tristísimamente desconsolados, sin acertar con las palabras de la despedida, ni con las voces de los contuelos, nos dividimos, tomando Don Juan el camino de Madrid, y yo el de Salamanca. Apenas llegó, se presentó en la Carcel de Corte, y desde ella le colocaron en el Convento de San Felipe el Real, donde hizo judicialmente una declaracion horrorosa, y verdadera de todos los hechos: y vista por los Señores del Real Consejo de las Ordenes, de quienes era subdito, por ser el delinquente Cavallero de la Orden de Santiago, fue absuelto de los seis años del Peñon, y nuevamente sentenciado à un año de residencia en el Convento de Uclès de la misma Orden. Mientras Don Juan estava padeciendo los enfados de los Interrogatorios, las comisiones de los Alguaciles, los consejos de los impertinentes, y la reclusion en aquella venerable Casa, estava yo passeando las calles de Salamanca lleno de dudas, y sospechas, disponiendo la conformidad à quanto me quisiere remitir la providencia, la desgracia, ò la fortuna. Un mes estuve en esta suspension, sin que mi Gefe el Maestre Escuela, ni el Corregidor de el Lugar, ni otra ninguna persona me hablasse una palabra en orden à mis aventuras.

Lle-

Llegué à persuadirme, que estaria perdonado, ò à que fue ficcion de mis enemigos la voz tan válida, y acreditada del destierro: y una mañana, quando mas olvidado vivia yo de mis desgracias, se entrò por mis puertas el Alcalde Mayor Don Pedro de Castilla, y me notificò la Orden del Rey, en que su Magestad se dignava de que fuesse estrañado de sus Dominios. Salí en aquella tarde con dos Corchetes, y un Escrivano, y en treinta horas me puse en Portugal, sujeto à las Leyes del Señor Don Juan Quinto, el Justiciero, y piadoso Monarca de aquel breve Mundo. Yà tengo escrito este passage en la Dedicatoria al Excelentísimo Marqués de la Paz en el Pronostico del año mil setecientos y treinta y quatro: acudan à el los curiosos, pues es molestia demasiadamente enfadola repetir en estos pliegos lo que yà tengo escrito en otras planas. Hallè, gracias à Dios, en los politicos, y los rusticos de aquel Reyno piadosísimas atenciones, dadas cortesès, lastimas graciosas, y una caridad imponderable. Ni en el escrupuloso genio de los Portugueses, ni en la delicadeza de mi estimacion produjo el mas leve perjuicio el mal olor de delinquente, con que yà estavan apestados, ni el contagio de infame, con que me presentè à sus ojos, llevando sobre

bre mi el fayo de capitalmente condenado. Recibieronme, gracias à Dios, con un gozo, y un agasajo que jamás pude presumir. Rodando las Aldéas, Caseríos, y Ermitas cercanas à las hermosas Ciudades de Coimbra, Villa-Real, y Lamego, anduve quatro meses bien divertido, y regalado en las casas de los Curas, los Fidalgos, los Jueces, los Medicos, y otras personas de gusto, y conveniencias. Repasava muchos ratos felizmente gustoso con la memoria, y la narracion de mis anteriores aventuras, quando me vieron aquellos montes con el ropon de Ermitaño. Los recuerdos del dichoso Don Juan del Valle eran frequentes assumptos de las conversaciones, siendo gozo de los que le trataron, y fatiga bien empleada de los que no-lo conocieron, la repeticion de sus virtudes escondidas. Parlava con los Abades, y los Hidalgos instruidos (de que ay abundancia en aquel Reyno) de los Sistemas de la Filosofia reciente: componiamos el Mundo de los atomos, de la materia sutil, de la striada, y globulosa: regañavamos con *Aristoteles*, y se decia entre nosotros, que no supo explicar un Fenòmeno de la naturaleza, y con la repeticion de los disparates de *Cartesio*, de las presumpciones de *Regis*, y las vanidades de los que oy garlan en

el mundo con sus Librillos repletos de rayas, círculos, y figuras los tenia ansiosamente embelesados. Resollava con los Medicos muchas pataratas Astrologicas: disculpava los embustes, astucias, y engaños de su facultad, y lo dudoso de sus juicios, y recetas; pero con tal advertencia, que no los enojasse mi poca fe, y el escarnio, con que me quedo contra la credulidad de los que no piensan que ay muerte, y que para todo ay remedio. Echava mis párrafos de Politica, de Aulica, de Guerra, y de quanto imaginava oportuno à la inclinacion de los oyentes. Afleguro al que lee, que en mi vida he hablado, ni tan varia, ni tan disparatadamente como entonces; pero era disculpable mi garrulidad, porque la precisison de tenerlos gustosos, y parciales, hizo alborotar con demasia à mi natural silencio.

Con este trato humilde, agradable, y astuto vivia en aquellos cortos lugares, hasta que cansado de su brevedad, me mudè à Coimbra, adonde no pude detenerme sino muy poco tiempo, por causa de que aun vivia (aunque muy viejo, y postrado) el majadero zeloso, que me diò motivo para dexar la vez primera que la pisè aquella hermosissima Ciudad. No obstante este ridiculo estorvo, y persuadido à que la mudanza de mi nombre, y trage le

144 *Vida, Ascendencia, Crianza, &c.*
le avrian yà borrado de su memoria los accidentes de mi figura, quise alicionarme con el trato, y la conferencia de algunos de los Doctores de aquella grande por todos modos Universidad. Bautizado tercera vez con el nombre de Francisco Bermudez, hablè de mi verdadero nombre, y persona con varios sugetos de la primera distincion, gobierno, y sabiduria de aquella Escuela; y me significaron el especial honor que lograrian, en que el Doctor Don Diego de Torres fuesse à servir la Cathedra de Mathematicas, que tenian vacante por muchos años por falta de Opositor, y pretendiente. Yo les assegurava, que conocia à Torres, y que estava olvidandose del mundo en uno de los Lugares de la raya, obedeciendo al Real decreto de su Rey, que le tenia estrañado de sus dominios. Prometi que le significaria lo mucho que tenia que agradecer à sus buenos deseos, manifestando las honradas proposiciones con que procuravan premiar sus fatigas, y desvanecer sus desconsuelos. Añadieron à estas favorables promessas, que perdonarian los gastos de la incorporacion del Grado, el examen, y exercicios, y consultarian al Rey, para que sin exemplar aumentasse los salarios de la Cathedra. Antes que pudiesse la casualidad, ò la malicia descubrir
que

del Doctor Don Diego de Torres. 145
que yo era el Torres que solicitavan, dexè à Coimbra, y vine à parar por otro par de semanas à Mirandela, y à la Torre de Moncorbo; y de este lugar escrivi à los Doctores de la Comission, que Don Diego de Torres solo atendia à los cuidados de manifestar al Rey su veneracion, su inocencia, y todas las operaciones de fidelissimo vassallo, y que perderia todas las esperanzas, y comodidades de honra, y de riqueza que le padiesse dár el mundo hasta demostrar su fidelidad, su zelo, y su inalterable esclavitud. Persuadilos en la carta lo agradecido que quedava à la altissima honra de tan gloriosa Universidad, y otras expresiones muy rendidas, muy reverentes, y muy verdaderas. Vago, y ocioso de uno en otro Pueblo vivia yo, esperando en el Examen de los Jueces, y en la piedad del Rey la restitucion à mi Patria; pero mi mala suerte me retardava los alivios. Muchas veces me vi acometido de los pensamientos de ponerme en Lisboa, yà agassajado de los deseos de bolver à instruirme en aquella gran Corte, yà incitado de las cartas, y las proposiciones con que me llamaron algunos Principes; pero conociendo que me exponia à la infamia de ser ingrato, ò à la angustia de hacer imposible la buelta à Castilla, no me determinè à consentir ni à los honrosos
K lla-

llamamientos de los Proceres, ni à los alegres gritos de mi curiosidad. Mientras que yo andava desocupado, sin destino seguro, y lleno de indeliberaciones, idèas, arrepentimientos, y propósitos, cumplió Don Juan su reclusion de Uclès; y aviendose restituido à Madrid, continuava con fervor incansable las diligencias, y oficios de mi libertad, y restitucion. Escriviòme, que seria oportuno, que alguna de mis hermanas se apareciesse en la Corte à besar los pies del Rey, y à suplicar à su Real animo por mi libertad, por su alivio, y el de mi pobre Madre: y en pocos dias se pusieron desde Salamanca en el camino de Balsaín (adonde estava la Corte) mi hermana Manuela, mi sobrina Josepha de Ariño, y mi primo Antonio Villarroel. Encontraron en el Ministro un agrado piadoso, en los grandes sugetos de la Corte una lastima cariñosa, y en los mas ignorados una inclinacion favorable, y una promptitud increíble, llena de consuelos, alivios, y breves esperanzas. El puro llanto de mis inconsolables parientes, y la porfiada asistencia à las puertas del Ministro, y la general misericordia con que todos miravan à mi pobre hermana, y sobrina, me sacaron del tristísimo cautiverio al puerto de la felicidad, y la ventura. El Eminentísimo Señor Cardenal de Molina, mi Señor, de orden
del

del Rey me bolvió mejorada la libertad, y la honra en una carta, que guardo para mi confusion, mi gratitud, y mi seguridad. Bolvió à mi Patria, y en ella me recibieron muchos con contento, algunos con desazon, y los mas con una indiferencia sospechosa, y aun fuga reparable; porque juzgavan, que lo desterrado era enfermedad pestilente, y que el odio de los enemigos podia introducirse en sus deseos, esperanzas, y conveniencias. No me admirè, porque este es un temor comun en los espíritus desdichados, y una enfermedad incurable en todo lugar de pretendientes.

Tres años durò la privacion de mi libertad; y aunque tuve en ellos la paciencia, y alivios que dexo expressados, tambien padecí en este intermedio otra conjuracion no tan poderosa; pero mas terrible, y abominable, que la que fue causa del destierro. Callarè su naturaleza, los productores, y el lugar del delito, porque la caridad que devo tener con el proximo me estorva la quexa, y la noticia. Viven muchos, que pudieran ofenderse de mi descubrimiento: y no es justo dar que sentir à ninguno, quando no importa à mi opinion, ni à mi quietud, que se queden en el silencio su arrojo, y mi conformidad. Solo puedo decir para mi confusion, que el Real Consejo de las Ordenes tomò la

providencia de averiguar la torpeza de la accion; y examinada con muchos testigos, defen-
gaños, y papeles, hallò al reo oculto, encon-
trò con mi inocencia ahogada, y fue sobrecogido de una lastimosa compafsion de ver los
cruelles enojos, y facinerosas asfechanzas con
que dava en aborrecerme la fortuna. Padecì
en este tiempo en estremada soledad, con mu-
cha pobreza, y riguroso defabrigo dos enfer-
medades agudas, que me affomaron à la boca
del sepulcro. Fue la una un sobervio, y execu-
tivo garrotillo, que me agarrò bien descuida-
damente en una miserable Aldèa de Portugal
en la casa de un pobre Pescador honrado, pia-
doso, y diligente. En el angosto cubierto de su
estrecha habitacion, resumida toda à un negro
portal, y à una cocina poco ahumada, y sobre
un desmembrado xergòn, compuesto de los
destrozos de sus viejas redes, estuve lidiando
con las zozobras de tan maligna, y traidora
enfermedad. Fui en un tomo el Dotor, el Ci-
rujano, y el Enfermo; y quiso la providencia
de Dios, que en un sitio tan retirado, tan mise-
ro, y tan inculto no me faltasse lo conducente
para detener las atrevidas prontitudes del
afecto. Tenia mi Angel Pescador arrojadas
sobre unos tablones muchas simientes de cala-
baza, y de melon, que reservava su economia,

Y.

y su industria para sembrar en un pedazo de
terreno, que tenia arrendado, y una cazuela
barrigona de barro Zamorano mas que me-
diada de azucar (provision indispensable en la
casa mas pobre de aquel Reyno) y con estas si-
mientes me dilponia unas orchatas medianamente
frescas en la garapiñera del sereno, las
que bevia por tarde, y por mañana. Davame
en las horas oportunas unos caldos de coles, y
tocino; y con aquella golosina, y remedio,
estas substancias, y seis sangrias, que reparti
entre los brazos, y las piernas, me libré de
morir ahorcado entre las garras de tan violento,
è implacable verdugo. Nunca fui tan agra-
decido, ni tan apasionado à los cortos elemen-
tos de la Medicina como en esta ocasion: y el
aver leído, que à esta idea de achaque se ocurre
con las sangrias, y los refrescos, me sirvió de
un notable alivio, y una confianza saludable.
Para que al Lector no le quede confusion algu-
na en orden al modo, y la prontitud de exe-
cutar las evacuaciones de sangre, sepa, que ha
muchos años que llevo en mi bolsillo, y espe-
cialmente à los viages, un estuche con herra-
mientas de Cirugia, pluma, tintero, hilo, y
abuja, y otros trastos con que divertir, y re-
mendar la vida, y el vestido. Fue la otra enfer-
medad una calentura ardiente, que me asfaltò

en

en el Convento de San Francisco de Trancofo, en la que fui asistido dichosamente de un Confessor sabio, y devoto, y de un Medico necio, è ignorante. En este peligro librò con mas ventajas mi conciencia que mi cuerpo; porque en aquella no quedò rastro, ni reliquia de escrupulo, y de mi humanidad aun no he podido ver sacudidas las maldades que dexò en ella, ò plantò de nuevo con sus malaventuradas zupias, y brevages. Despues de diferentes recaídas vino à parar en una destilacion al pecho, que me puso en las agonias de una Física incipiente, y huviera passado à la tercera especie, à no aver escapado de sus uñas. Desesperado con la asistencia, y la ignorancia de este bruto Dotor, determinè que un Lego Enfermero de la casa me diessè un boton de fuego entre tercera, y quarta vertebra del espinazo, para que abriendo una fuente en este sitio, se viniesse à este conducto la destilacion, que corria precipitada à los pulmones. Con la esperanza de esta medicina, dictada por mi antojo, y sin temor à mi flaqueza, ni à las injurias del temporal, me mudè à *Ponte de Abad*, Lugar en donde, por la misericordia de Dios, no avia Medico, ni Boticario. Con la falta de estos dos enemigos, con mucha paciencia, y el consuelo de ir palpando las buenas noticias, que me da-

va mi albañal, me vi libre en pocos dias de tan rebelde, y desesperada dolencia. Otros trabajos, y desdichas sufrí en esta larga, y penosa temporada, pero los suavizò mucho mi conformidad, y los deleytes, que no dexavan de encontrarme à cada passo; de modo que iba corriendo mi vida como la del mas dichoso, el mas rico, y el mas acompañado, pues para todos vienen las pesadumbres, y los gustos, la salud, y la enfermedad, el ocio, y el entretenimiento, la miseria, y la abundancia; porque la vida de el mas feliz, y el mas desgraciado està llena de sobras, y faltas, alteraciones, y serenidades, tristezas, y alegrías, y con todo se vive hasta la muerte.

Gozando de la quietud de mi casa, de la compañía dulce de mi madre, y hermanas, de la conversacion de mis amigos, y de las adulaciones de mi tintero, y de mi pluma, me estuve un año en Salamanca, hasta que con la licencia de el Eminentísimo Cardenal de Molina mi Señor vine à Madrid. Apofentòme (con admiracion, y lusto de los contrarios, y honrado gozo de los afectos) D. Juan de Salazar en su casa: y con esta accion volcò muchos juicios, y arruinò mil conjeturas poco favorables à nuestra amistad, y confianza: corrimos en su coche passeos publicos, visitamos con ancha ale-

alegría à nuestros apasionados, con política estrecha à nuestros enemigos, y con reservada prudencia à los indiferentes en las noticias; y acciones de nuestros trabajos, y sucesos. Nuestra presencia, y amistad produjo muchos defengãos, desató muchas dudas, y puso respeto à no pocas jaçtancias, y mentiras. Con esta diligencia, y la demonstracion de la constancia inseparable de nuestro cariño, se ferenaron las inquietudes, y se enterraron todas las ideas, y maquinas de los genios reboltofos, noveleros, y desocupados. Paísè con mi amigo felizmente todo el Verano; y pocos dias antes de San Lucas me bolví à Salamanca à cumplir mis juramentos, y mis obligaciones; y al año siguiente, que fue el de 1736. despues de finalizadas mis tareas, empecè à satisfacer varios votos, que avia hecho por mi libertad, y mi vida en el tiempo de mi esclavitud, y mis dolencias. Fue el mas penoso el que hice de ir à pie à visitar el Templo del Apostol Santiago, y fue sin duda el mas indignamente cumplido; porque las indevotas, vanas, y ridiculas circunstancias de mi peregrinacion, echaron à rodar parte del merito, y valor de la promessa. Sali de Salamanca rebentando de Peregrino, con el bordon, la esclavina, y un vestido mas que medianamente costoso. Acompañavame

Don

Don Agustín de Herrera, un amigo muy conforme à mi genio, muy semejante à mis ideas, y muy parcial con mis inclinaciones; el que tambien venia tan fanfarron, tan hueco, y tan loco como yo, afectando la gallardia, la gentileza, y la pompa del cuerpo, y del traje, y descubriendo la vanidad de la cabeza. Detras de nosotros seguian quatro criados con quatro cavallos del diestro, y un macho donde venian los repuestos de la cama, y la comida. Atravesamos por Portugal, para salir à la Ciudad de Tuy, y en los pueblos de buenas vecindades nos deteniamos, yà por el motivo de descansar, yà por el gusto de que mi compañero, y mis criados viesèn sin prisa los lugares de aquel Reyno, que yo tenia medianamente repassado. Divertiamos poderosamente las fatigas del viage en las casas de los Fidalgos, en los Conventos de Monjas, y en otros lugares, donde solo se trataba de oir musicas, disponer danzas, y amontonar toda casta de juegos, diversiones, y alegrías. Convocavanse en los lugares del passo, y la detencion las mugeres, los niños, y los hombres à ver el *Piscator*, y como à Oraculo acudian llenos de fe, y de ignorancia à solicitar las respuestas de sus dudas, y sus deseos. Las mugeres infecundas me preguntavan por su succession; las solteras por sus bodas; las aborre-

ci-

154 *Vida, Ascendencia, Crianza, &c.*
cidas del marido me pedian remedios para reconciliarlos; y detrás de estas soltavan otras peticiones, y preguntas raras, necias, è increíbles. Los hombres me consultavan sus achaques, sus escrúpulos, sus perdidas, y sus ganancias. Venian unos à preguntar, si los querian sus damas, otros à saber la ventura de sus empleos, y pretensiones; y finalmente venian todos, y todas à ver cómo son los hombres que hacen los Pronósticos: porque la sinceridad de el vulgo nos creen de otra figura, de otro metal, ò de otro sentido que las demás personas; y yo creo, que à mi me han imaginado por un engendro mixto de la casta de los diablos, y los brujos. Este viage le tengo escrito en un Romance, que se hallará en el segundo Tomo de mis Poesias, y en el Extracto de Pronósticos, en el del año de 1736. en donde están con mas individualidad referidas las jornadas: aqui solo expreso, que sin duda alguna huviera buuelto rico à Castilla, si huviesse dexado entrar en mi desinterès un poco de codicia, ò un disimulo con manos de aceptacion; porque con el motivo de concurrir à la mesa del Ilustrissimo Arzobispo de Santiago el Señor Yermo, el Medico de aquel Cabildo Don Thomàs de Velasco, hombre de mucha ciencia, mucha gracia, y honradèz, hablava de mi en todos los concursos

del Doctor Don Diego de Torres. 155
fos (claro està que por honrarme) con singularrissimas expresiones de estimacion àzia mi persona, y mis bachillerias. Agregaronse à su opinion, y su cortesania los demás Medicos, y no hubo achacoso, doliente, ni postrado, que no solicitasse mi visita. Atento, caritativo, y espantado de la sencillez, y credulidad de las gentes iba con mi Doctor sabio, y gracioso à ver, consolar, y medicinar sus enfermos; los que querian darme quanto tenian en sus casas. Agradeci sus bizarras, sus agasajos, y les dexè sus dones, y sus alhajas, contentando à mi ambicion con la dicha confianza, y el atentissimo modo con que me recibieron. Mucho tendria de vanidad, y quixotada este desvio en un hombre de mi regular esfera; pero tambien era infamia hacer comercio con mis embustes, y sus sencilleces, no teniendo necesidad, ni otro motivo disculpable.

Dexando contentos à los Medicos, y muy distraídos de aquel error comun, que me capitula de enemigo grosero, y rencoroso de las apreciables experiencias de su facultad, y consolados à los enfermos, aquietando à unos sus aprehensiones, y realidades con remedios dociles, y persuadiendo à otros, que la carencia de los medicamentos era el mas oportuno socorro para sus dolencias, pasè à la Coruña,
en

156 *Vida, Ascendencia, Crianza, &c.*
en donde me sucedió el aplauso, y el honor de aquellos honrados genios con el mismo alborozo que en Santiago. Desde aquel alegre, y bellissimo Puerto de Mar tomé el camino de Castilla por distintos lugares, en los que merecí ser huésped de las primeras personas de distincion, agasajandome en sus casas con las diversiones, los regalos, y los cariños. En medio de estar ocupado con los deleytes, las visitas, y los concursos, no dexava de recoger algunos ratos para mis tareas. La que me impulsó en este viage, fue *la Vida de la Venerable Madre Gregoria de Santa Teresa*, la que concluí en el camino con el Almanak de aquel año antes de bolver à Salamanca; adonde llegué desocupado para proseguir, sin estrañas fatigas, las que por mi obligacion tengo juradas. Cinco meses me detuve en este viage, y fue el mas feliz, el mas venturoso, y acomodado que he tenido en mi vida; pues sin aver probado la mas leve alteracion en la salud, ni en el animo, salí, y entré alegre, vanaglorioso, y dichosamente divertido en mi casa. En la quietud de ella cumplí el *quarto Trozo* de mi edad, que es el asunto de esta Historia: y desde este tiempo hasta oy, que es el dia veinte de Mayo del año de mil setecientos y quarenta y tres, no ha pasado por mi aventura,
ni

del Doctor Don Diego de Torres. 157
ni suceso, que sea digno de ponerse en esta Relacion. Voy manteniendo, gracias à Dios, la vida sin especial congoxa, ni mas pesadumbres, que las que dan à todos los habitantes de la tierra el Mundo, el Demonio, y la Carne. Vivo, y me han dexado vivir desde este termino los impertinentes que viven de resistenciar las vidas, y las obras ajenas, quieto, y apacible, y ocupado sin reprehension, y sin molestia. Me ayudan à llevar la vida con alguna comodidad, y descuido la buena condicion, y compania de mis hermanas, y mis gentes, y mil ducados de renta al año: que con ellos, y las añadiduras de mis afortunadas majaderias, junto para que descansen mi madre, y mis hermanas, ayuden à nuestros miserables parientes, y den algunas limosnas à los pobres forasteros de nuestra familia. Vivo muy contento en Salamanca, y con los propositos de dár los huesos à la tierra donde respiré el primer ambiente, y à la que me dió los primeros frutos de mi conservacion. Varias veces me ha acometido la fortuna con las proposiciones de bienes mas crecidos, y mas honrados que los que gozo; pero conociendo mi indignidad, y la mala cuenta que avia de bolver de sus encargos, me he hecho sordo à sus gritos, sus promessas, y sus esperanzas. Hago todos los años dos, ò tres escapatorias à Madrid, sin
el

el menor desperdicio de mi casa, porque en la de la Excelentísima Señora Duquesa de Alva mi Señora, logro su abundantísima mesa, un alojamiento esparcido, poltron, y ricamente alhajado; y lo que es mas, la honra de estar tan cercano de sus pies. Por los respetos à esta Excelentísima Señora, me permiten las mas de su carácter, y altura la frecuencia en sus estrados, honrando à mi abatimiento con afabilísimas piedades. Los Duques, los Condes, los Marqueses, los Ministros, y las mas personas de la sublime, mediana, y abatida esfera, me distinguen, me honran, y me buscan, manifestando con sus solicitudes, y expresiones el singular asiento que me dan en su estimacion, y su memoria. No he tocado puerta en la Corte, ni en otro Pueblo, que no me la ayan abierto con agasajo, y alegría. El que imagine, que este modo de explicar las memorables aficiones que devo à las buenas gentes, es ponderacion, ò mentira absoluta de mi jactancia, vengalo à ver, y le cogerà el mismo espanto que à mi que lo toco. Vengase conmigo el incredulo pesoso de mi estimacion, y se ahitarà de cortesias, y buenos semblantes. Lo que mas claramente descubre esta Relacion es una vanidad disculpable, y un engrimiento bien acondicionado; porque sabiendo yo, que no merece mi cuna, mi em-

pleo,

pleo, mi riqueza, ni mi ingenio mas expresiones, que las que se hacen por christiandad, y por costumbre, no dexa de hacerme cosquillas en el amor proprio, de que esta casta de general, y venerable agasajo se endereza à mi persona, à mi humildad, y à mi correspondencia. Tambien creo, que me avrà dado tal qual remoquete cortesano la extravagancia de mi estudio; pero otros hacen coplas, y Pronosticos, y los veo aborrecidos, y olvidados. Confiesen mis emulos, y envidiosos, que Dios me lo presta, y que yo me ayudo con el respeto, y buen modo con que procuro hacerme parcial à todo genero de gentes: que yo tambien confieso, que escrivo estas escusadas noticias por darles un poco de pesadumbre, y un retazo de motivo para que recaygan sobre mi sus murmuraciones, y blasfemias. Guardo con especial veneracion, respeto, y confusion mia las Cartas, y la correspondencia con algunos Cardenales, Arzobispos, Obispos, Duquesas, Duques, Generales de las Religiones, y otros Principes, y Personas de la primera altura, y soberania. Estas son las alhajas, y preciosidades que venero especialísimamente, y las que mandarè à mis herederos, que muestren, y vinculen por unica memoria de mi felicidad, y para testigos del honor que sabe dár el mundo à los desventurados, que procuran vivir

con

con desinterès, abatimiento de sí mismos, y respeto à todos. No me faltan algunos enemigos veniales, y maldicientes de escalera abaxo, aunque yà tengo pocos, y malos; y siento mucho, que se me aya hundido este caudal, porque à estos tales he debido mucha porcion de fama, gusto, y conveniencia, que oy hace feliz, y venturosa mi Vida.

Esta es la verdadera Historia de ella. Espero en Dios acabar mis dias con la serenidad que estos ultimos años. Estoy en irme muriendo poco à poco, sin matarme por nada. Discurro que yà no me bolveràn à coger las desgracias, ni los acaños memorables; porque mi vejez, mis desengaños, y mis encarnientos me tienen retirado de los bullicios, y con el ojo alerta à las assechanzas, y los tropicaderos: y si me buelven à agarrar las persecuciones, consolarè me con la consideracion de lo poco durable que serà mi desdicha, porque la muerte ha de acabar con ella, y yà no puede estàr muy lexos. Y en fin venga lo que Dios quisiere, que todo lo he de procurar sufrir con paciencia, y con resignacion, y con alegria catholica, que este es el modo de adquirir una buena muerte, despues de esta mala Vida.

F I N.

Tambien se encontraràn, donde esta Vida, los Sueños Morales, del mismo Don Diego de Torres.